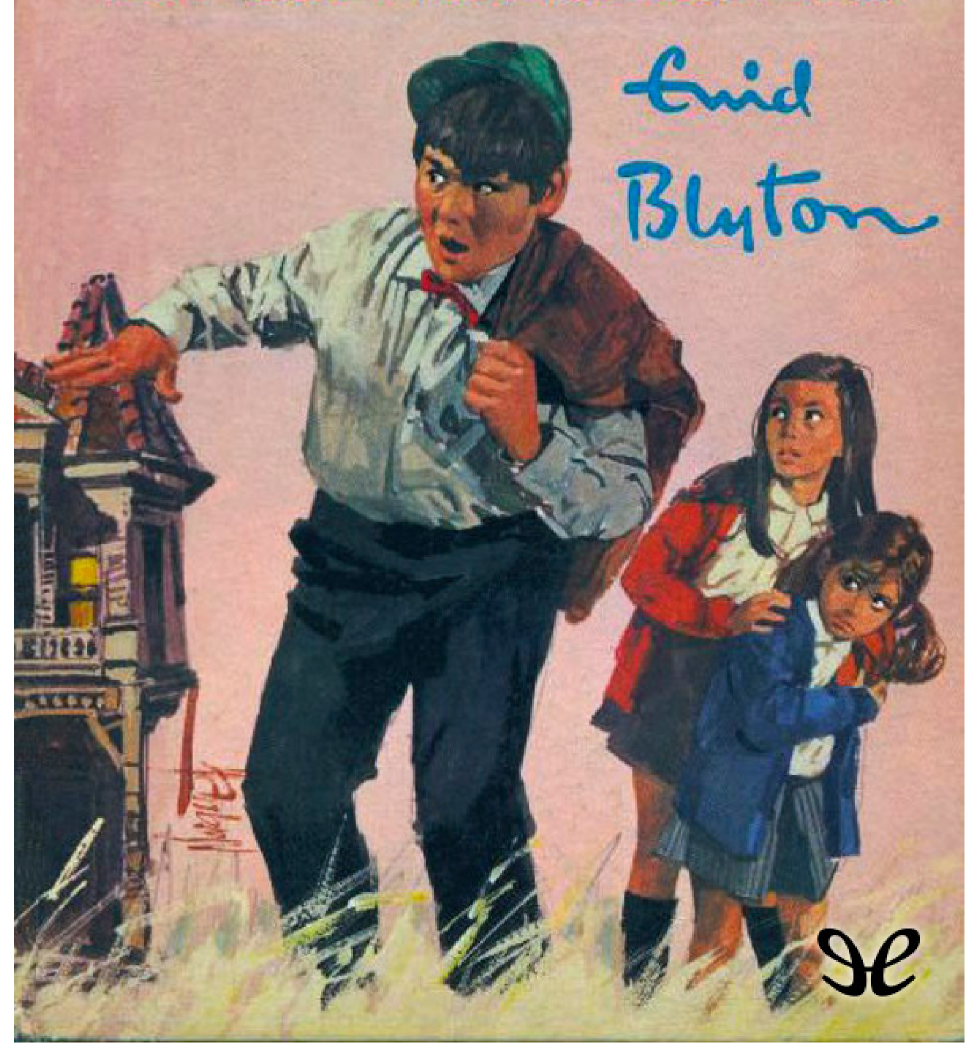
MISTERIO DEL PRINCIPE DESAPARECIDO



El joven Bongawah, príncipe de un convulso y lejano país donde existe una disputa por el trono, acaba de desaparecer sospechosamente de un campamento de verano cerca de donde se encuentran los Cinco Pesquisidores, los cuales no dudarán en pasar a la acción para esclarecer dicho misterio.



Enid Blyton

Misterio del príncipe desaparecido

Colección Misterio 09

ePub r1.0
gimli 08.02.14

Título original: *The Mystery of the Vanished Prince*
Enid Blyton, 1951
Traducción: María Dolores Raich Ullan
Ilustraciones: Treyer Evans
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Preámbulo

He aquí un nuevo libro de aventuras de los cinco jóvenes investigadores Fatty, Larry, Daisy, Pip, Bets y «Buster» el perrito, que resuelven una vez más, tras ardua tarea, otro «misterio». El señor Goon interviene también, pero no siempre de acuerdo con Fatty.

Volvemos a encontrar a Ern, al que ya conocéis desde «El misterio en la casa escondida», esta vez con Sid y Perce sus hermanos; ¡y qué trío forman!

Este libro, el noveno de la serie «Misterio», constituye una novela completa. Los títulos anteriores han sido:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada
Misterio de los anónimos
Misterio del collar desaparecido
Misterio en la casa escondida
Misterio del gato comediante
Misterio del ladrón invisible

Espero que os guste el noveno volumen tanto como los anteriores.

Con mis mejores deseos,

ENID BLYTON

Capítulo primero

¡Qué lástima de vacaciones!

—Estas vacaciones estivales no me han gustado ni pizca —lamentóse Bets—. Sin Larry, ni Daisy, ni Fatty han sido unas vacaciones perdidas.

—Pero me has tenido «a mí» —protestó Pip—. Y conste que te he llevado a merendar al campo, a hacer excursiones en bicicleta y a todas partes a donde he podido.

—Sí, pero porque te lo dijo mamá —replicó Bets, tristemente—. No tuviste más remedio que hacerlo porque mamá no cesaba de pedirte que me distrajeras un poco. Has sido muy amable, pero me consta que lo hiciste exclusivamente por cumplir con tu obligación.

—Eres una desgraciada —gruñó Pip, contrariado.

—¡Vaya! —suspiró—. ¡Ya has vuelto a enojarte! ¡Qué pena que nuestros amigos no estén aquí! Son las primeras vacaciones que pasamos separados.

—De todos modos, los otros tres estarán de regreso dentro de unos días —consolólala Pip—. Eso significa que aún podremos pasar juntos las dos o tres últimas semanas de estas vacaciones.

—¿Pero crees que nos dará tiempo a desentrañar un misterio? —inquirió Bets, deslizándose por el húmedo césped, en busca de un rincón más umbrío—. Casi «siempre» surge algún misterio durante nuestras vacaciones. No siempre me han gustado nuestros misterios, pero la verdad es que los echo de menos cuando no contamos con ninguno.

—En este caso, tendrás que fabricártelo —gruñó Pip—. Al que «más» echo de menos es el amigo «Buster».

—¡Lo «mismo» te digo! —convino Bets, evocando al alegre y

juguetón perrito de Fatty—. Yo también lo echo mucho de menos. En cambio, «a todas horas» tropiezo con la única persona a quien no quisiera ver, con el señor Goon.

El señor Goon era el policía del pueblo, un individuo fatuo y presumido, siempre a la greña con los cinco amigos. Bets solía encontrarle tres o cuatro veces al día, pedaleando pesadamente en su bicicleta y tocando estrepitosamente el timbre del vehículo cada vez que doblaba una esquina.

—Mira, ahí está el cartero —advirtió Pip—. Ve a ver si trae algo para nosotros, Bets. A lo mejor, hay alguna postal de Fatty.

Bets se puso en pie. Hacía mucho calor y, aunque la niña llevaba sólo un vaporoso vestidito de algodón propio para tomar el sol, tenía la sensación de que iba a derretirse. Yendo al encuentro del cartero, que ascendía en su bicicleta por la calzada, la chiquilla le gritó.

—¡Hola, señor cartero! ¿Trae alguna carta?

—Sí, muchacha —asintió el hombre—. Dos postales, una para ti y otra para tu hermano. Eso es todo.

—¡Qué bien! —exclamó Bets, tomándolas—. ¡Una es de Fatty y va dirigida a mí!

—¡Una postal para ti de Larry y Daisy, y otra de Fatty para mí! Vamos a ver qué dicen…

Pip leyó la suya en voz alta:

«Estaremos de regreso pasado mañana, a Dios gracias. ¿No ha surgido ningún misterio? Si no descubrimos uno pronto, no nos dará tiempo a desentrañar ninguno durante estas vacaciones. Estamos morenos como gitanos. ¡No nos conoceréis! ¡Veréis qué disfraz! Hasta pronto. Recuerdos a Bets. - Larry y Daisy».

—¡Qué «estupendo»! —exclamó Bets, regocijada—. Apuesto a que mañana los tendremos aquí. Ahora escucha lo que dice «mi» postal, Pip.

«¿Cómo estáis Bets? Supongo que disponéis de un buen misterio que me permita utilizar la materia gris en cuanto regrese a ésa pasado mañana. ¿Cuándo vuelven Larry y Daisy? Ya es hora de que los Cinco Pesquisidores (y el Perro) entren en acción. Me alegrará

mucho volver a veros a los dos. - Fatty».

Bets frotóse las manos, con el rostro radiante de alegría.

—¡Mañana «todos» los Pesquisidores estaremos reunidos de nuevo! Y aunque no hay ningún misterio a la vista, apuesto a que Fatty dará con alguno en cuanto regrese.

—Ojalá no te equivoques —murmuró Pip, tendiéndose otra vez en el césped—. Reconozco que estas vacaciones han sido aburridísimas. Al menos, si al final surgiese algún emocionante misterio para compensarnos un poco…

—¡Quién sabe! —suspiró Bets.

Tendido en el césped, Pip evocó todos los misterios resueltos por él, Bets, Larry, Daisy y Fatty (sin olvidar al perro «Buster», naturalmente). Recordaba especialmente el de la Villa Incendiada, el del Gato Desaparecido y el de la Casa Escondida, entre otros varios. ¡Caracoles! ¡Ya contaban con una buena colección!

De pronto, el chico sintió verdaderas ansias de dar con un nuevo misterio e incorporándose del suelo dijo a Bets:

—Propongo que echemos un vistazo al periódico de hoy para ver si trae algo interesante, ocurrido en estos contornos. Así podríamos poner en antecedentes a Fatty en cuanto regrese y, a lo mejor, se nos presenta algo que hacer.

Bets fue a por el periódico, alborozada. Ya de vuelta con él, ambos hermanos examináronlo cuidadosamente. Pero, al parecer, no había nada de particular.

—Sólo hay fotografías de mujeres con esa moda tan horrible, noticias de las carreras de caballos, comentarios sobre el calor y…

—Partidos de criquet… —gruñó Bets, tan desilusionada como Pip.

—¿Y te parece poco? —protestó su hermano al punto—. Al menos los partidos de criquet son «interesantes». ¡Fíjate en esta relación de boletos!

Pero como a Bets no le interesaba ni pizca el criquet, la recomendación del muchacho fue desatendida y la niña dio vuelta a la página.

—¡Chicas tenías que ser! —profirió Pip, en tono aún más disgustado—. ¡Lo único importante que trae el periódico es el

criquet y tú ni siquiera lo miras!

—Aquí hay algo sobre Peterswood, nuestro pueblo —declaró Bets, leyendo un pequeño suelto en el ángulo inferior de la plana—. Y, además, habla de Marlow, la población vecina.

—¿Qué dice? —preguntó Pip, interesado.

Pero tras leer la gacetilla, resopló.

—¡Bah! Eso no es ningún misterio, ni siquiera una noticia interesante.

Bets leyó en voz alta:

—«Los Campamentos Escolares acampados en los montes que discurren entre Peterswood y Marlow, han gozado de un tiempo muy propicio. Esta semana se han incorporado a los campamentos dos o tres turistas relevantes, entre ellos el pequeño príncipe Bongawah del Estado de Tetarua, que regocijó a todos los presentes, presentándose con una Sombrilla de Ceremonial. Excuso decir que sólo la usó una vez».

—Bien, ¿y qué? —espetó Pip—. Si crees que a Fatty puede «interesarle» una bobada como ésta, es que te has vuelto tonta del todo. ¿Qué nos importa ese príncipe Bonbangabing o como se llame?

—Bongawah —corrigió Bets—. ¿Dónde está el Estado de Tetarua, Pip?

Pip no lo sabía, ni le interesaba saberlo. Poniéndose boca abajo, el chico masculló:

—Voy a dormir un rato. Hace demasiado calor para hablar. Llevamos cinco semanas de sol tropical y estoy hasta la coronilla de él. Lo malo de nuestro clima es que tiene rachas de frío o de calor.

—El tiempo me tiene sin cuidado —exclamó Bets, alegremente —. ¡Con tal que Fatty y los otros estén aquí lo mismo me da que llueva a que haga sol!

Larry y Daisy fueron los primeros en regresar. Llegaron a su casa a la mañana siguiente y tras ayudar a su madre a deshacer las maletas, les faltó tiempo para ir a saludar a Pip y a Bets.

—¡Larry! ¡Daisy! —gritó Bets, ebria de alegría, al verles entrar en el jardín—. ¡No os esperaba tan pronto! ¡Caramba! ¡Qué morenos estáis!

—Tú tampoco estás pálida, que digamos —comentó Daisy,

abrazando a la pequeña Bets—. ¡Parece que hace siglos que no nos vemos! ¡Qué lástima de vacaciones! ¡Si no podemos dedicarlas a desentrañar misterios juntos las doy por perdidas!

—Hola, Bets; hola Pip —saludó Larry—. ¿Alguna novedad? Siento decirte que eres muy perezoso para escribir, Pip. ¡Pensar que te mandé cuatro postales y tú, en cambio, no me has escrito ni una sola vez!

—¿Quién ha dicho que «tú» las mandaste? —protestó Daisy, indignada—. ¡Así se escribe la historia! ¡Las escribí todas yo! ¡Tú ni siquiera te tomaste la molestia de ponerles la dirección!

—¡Pero fui el que las «compré»! —defendióse Larry—. Ea, ¿sabéis algo de Fatty? ¿No ha vuelto todavía?

—Le esperamos hoy —respondió Bets, alborozada—. Estoy atenta al timbre de su bicicleta o a los ladridos de «Buster». ¿No os parecerá maravilloso que nos reunamos los cinco, ¡y «Buster»!, de nuevo?

Todos asintieron. Bets contemplaba al pequeño grupo, feliz de tener a su lado a Larry y Daisy, pero parecíale que faltaba algo sin Fatty, el amigo socarrón, atrevido y talentudo. Sólo de pensar que pronto volverían a disfrutar de su compañía, la chiquilla no cabía en sí de gozo.

—Está sonando el teléfono —observó Pip, al oír un sonoro y estridente timbre procedente de la casa—. Ojalá no sea para mí. Creo no podría levantarme. Estoy pegado a la hierba.

A poco, asomóse a la ventana la señora Hilton, o sea la madre de Pip.

—Ha telefoneado Federico —les gritó—. Ya está de regreso y dice que pasará a veros cuanto antes. Os aconseja que agucéis la vista porque está tan moreno que, a lo mejor, no lo reconocéis. Probablemente, también a él le costará «reconoceros». ¡Parecéis unos gitanillos!

Al oír semejante noticia, todos se incorporaron.

—¡«Ojalá» hubiese contestado yo al teléfono! —lamentóse Bets —. Fatty tiene una voz muy graciosa por teléfono.

—Sí, semejante a un cloqueo —corroboró Larry—. ¡Daría cualquier cosa por estar siempre tan seguro de mí mismo como Fatty! Nunca se altera por nada.

—Y «siempre» sabe lo que conviene hacer, suceda lo que suceda —encomió Bets—. ¿Qué os parece? ¿Vendrá disfrazado para gastarnos una broma?

—Seguramente —murmuró Larry—. Apuesto a que ha vuelto cargado de nuevos trucos y disfraces y no me sorprendería que le faltase tiempo para comprobar el efecto que nos producen. ¡Le conozco!

—En este caso, propongo que nos fijemos en el primer tipo raro que veamos —aconsejó Daisy, excitada—. ¡No debemos «consentir» que nos engañe a las primeras de cambio! ¿No es verdad?

Fatty era un artista en el arte de disfrazarse. Podía incluso conferir un aspecto si cabe más rollizo a sus gordinflonas mejillas metiéndose en la boca unas almohadillas postizas, debidamente colocadas entre las encías y la parte interior de los carrillos. Poseía, además, una serie de dentaduras postizas perfectamente adaptables a la suya propia y profusión de cejas y pelucas.

De hecho, el muchacho se gastaba casi todo el considerable dinero de que disponía para sus gastos en esas bagatelas, y sus múltiples disfraces constituían una fuente inagotable de diversión y regocijo para sus compañeros, ya fueran ellos u otras personas los engañados.

—Ahora, pongámonos en guardia —propuso Pip—. Pensad que todo aquél que se acerque al portillo, sea hombre mujer o niño, es un sospechoso. ¡«Podría» ser el propio Fatty!

La espera no fue muy larga. A poco, percibieron un rumor de pasos ascendentes por la calzada y, casi simultáneamente, un enorme sombrero de plumas apareció fluctuando sobre el seto que discurría a lo largo del sendero conducente a la puerta de la cocina. Una cara muy morena y gordinflona miróles por encima del seto. De las orejas de su propietaria pendían largos pendientes dorados, y bajo el horrible sombrero asomaban varias hileras de bucles negros.

Los chicos contemplaron a la desconocida de hito en hito.

—¿Queréis comprarme un ramito de brezos blancos? —preguntó la mujer con expresión sonriente—. ¡Os traerán suerte!

Casi sin transición, la desconocida dobló el ángulo formado por el seto. Era una alta y robusta gitana, vestida con una larga falda negra, una sucia blusa rosa y un chal encarnado. Su sombrero de

plumas mecíase constantemente sobre sus negros rizos.

—¡Fatty! —exclamó Bets al punto, precipitándose a su encuentro—. ¿Eres Fatty, verdad? ¡He reconocido tu voz! ¡No la has desfigurado bastante!

Capítulo II

Fatty hace su aparición

Los otros tres muchachos no despegaron los labios ni hicieron ademán de acercarse a la desconocida. Ésta parecía demasiado alta para ser Fatty, aunque últimamente el chico había crecido mucho. La gitana retrocedió un poco al ver llegar a la pequeña Bets, chillando de alegría.

—¡«Ea»! —exclamó la mujer con voz ronca—. ¿Quién es ese Fatty? ¿Qué estás diciendo, muchacha?



Bets se detuvo en seco, mirando a la mujer, que, a su vez, mirábala insolentemente, con los ojos entornados. De improviso, la gitana, agitando un ramo de ajados brezos casi en las propias narices de Bets, suplicó:

—Cómprame un ramito de brezos de la suerte, chiquilla. No he vendido ni uno desde ayer.

Bets retrocedió, mirando a los demás, que contemplaban la escena sonrientes al ver el susto que acababa de llevarse la chiquilla. Ésta volvió junto a sus tres compañeros, ruborosa y

avergonzada.

La mujer siguióla, agitando los brezos con ademán amenazador.

—Si no quieres mis brezos, déjame leer tu mano —gruñó la desconocida—. Ya sabes que trae mala suerte enojar a una gitana.

—¡Bah, tonterías! —intervino Larry—. Váyase usted de aquí, por favor.

—¿Por qué me ha llamado Fatty? —protestó la mujer, señalando a la pobre Bets—. ¡No soporto que me insulten las mocosas como ella!

Súbitamente, apareció la cocinera con una bandeja de gaseosas para los muchachos, y al ver a la gitana, le gritó:

—Lárguese usted en seguida. Ya estamos hartos de ver gitanas por aquí en estos últimos días.

—¡Vamos, cómpreme un ramita de brezos! —gimió la mujer, agitándolo materialmente en la cara de la indignada cocinera.

—¡Oye, Bets! —exclamó ésta—. Ve a decirle a tu padre que hay otra gitana por aquí.

Bets corrió a cumplir el encargo y la gitana puso pies en polvorosa por la calzada. A poco, los chicos volvieron a ver su enorme sombrero de plumas asomando a lo largo de la parte superior del seto.

Todos echáronse a reír.

—¡Cáscaras! —comentó Pip—. ¡Ya me extrañaba a mí que Bets no hiciese una plancha de las suyas! ¿A quién se le ocurre pensar que esa horrible vieja era Fatty? De todos modos, reconozco que tenía la voz algo recia para ser una mujer. Probablemente eso fue lo que despistó a Bets.

—Y lo que estuvo a punto de despistarme a mí también —confesó Daisy—. ¡Mirad, ahí viene otra persona!

—Es un repartidor de carne —precisó Pip, al tiempo que un muchacho en bicicleta ascendía silbando por la calzada, con una cesta de carne en la parte anterior del vehículo.

—«A lo mejor» es Fatty —murmuró Bets tímidamente—. Pero antes tendremos que cerciorarnos. En todo caso, el disfraz sería estupendo.

Todos se levantaron para examinar al muchacho, que, a la sazón, hallábase ya junto a la puerta de la cocina. El chico lanzó un

fuerte silbido y la cocinera respondióle con estas palabras:

—Te reconocería entre cincuenta mil, Tom Lane. Ese silbido tuyo me traspasa los oídos. Pon la carne encima de la mesa, ¿quieres?

Los cuatro amigos contemplaron al chico por detrás. Cabía la posibilidad de que fuera Fatty con una peluca de rizado cabello castaño. Bets estiro el cuello hacia delante para tratar de averiguar si aquel pelo «era» una peluca o no. Por su parte, Pip fijóse en los pies del repartidor a fin de comprobar si éstos correspondían al tamaño de los de Fatty.

Al notar que le miraban, el chico volvióse hacia ellos y, haciéndoles unas burlonas muecas, espetó:

—¿Qué os pasa? ¿Es la primera vez que veis un repartidor de carne?

Y girando sobre sus talones, con pose de modelo, añadió concisamente:

—Fijaos bien. ¡Soy un magnífico ejemplar de carnicero! ¿Ya estáis listos? ¿Os habéis convencido?

Los muchachos observábanle desconcertados. Por su contextura aquel chico «podía» ser Fatty, pero sus dientes resultaban muy conejunos. ¿Eran propios o postizos?

Pip avanzó un paso con ánimo de comprobarlo. Entonces el repartidor retrocedió, sintiéndose de pronto algo asustado ante la curiosa mirada de los cuatro chicos.

—¿Qué os pasa? —farfulló el muchacho, mirándose a sí mismo —. ¿Tengo monos en la cara?

—¿Es tuyo ese pelo? —inquirió Bets, casi convencida de que se trataba de una peluca, y de que, por tanto, se las habían con Fatty.

El repartidor no contestó. Con expresión realmente desconcertada, levantó la mano para palparse el cabello. Luego, muy alarmado ante los graves rostros de sus interlocutores, saltó a su bicicleta y alejóse por la calzada como alma que lleva el diablo, sin acordarse ya de silbar.

Los cuatro muchachos le siguieron con la mirada.

—Bien —aventuró Larry al fin—, si «no era» Fatty, era uno muy parecido a él. No sé qué pensar.

—Vayamos a echar una ojeada a la carne que ha dejado encima

de la mesa —propuso Pip—. No creo que Fatty llevase carne de verdad aunque tratara de hacerse pasar por un repartidor. Las salchichas resultan mucho más baratas.

Todos se acercaron a examinar la carne dispuesta sobre la mesa. Naturalmente, la cocinera llevóse una sorpresa al entrar y verles inclinados sobre la vianda.

—¿Tanta hambre tenéis? —exclamó, ahuyentándoles—. ¿Serías capaz de hincar el diente en esa carne cruda, Pip?

Parecía, en efecto, que Pip se dispusiera a morderla, tan de cerca la miraba en su intento por averiguar si era carne de verdad o simplemente uno de los numerosos «accesorios» que completaban los varios disfraces de Fatty. Pero no cabía duda: era carne comestible.

De pronto, oyeron que alguien llamaba a la puerta anterior de la casa, y apresurándose a salir de nuevo al jardín.

—¡Es Fatty! —gritó Bets, precipitándose por el sendero en dirección a la puerta principal.

Junto a ésta había un muchacho con un telegrama en la mano.

—¡Fatty! —repitió Bets, sabedora de que su amigo habíase disfrazado muchas veces de repartidor de telegramas, con excelentes resultados.

Y abalanzándose hacia él, rodeóle con sus brazos.

¡Qué chasco! Apenas el chico dio media vuelta, la pequeña Bets comprobó que no era Fatty, sino un muchacho de cara pálida y menuda, y ojos de pulga. A pesar de la pericia de Fatty en el arte de la caracterización, habríale resultado imposible adoptar aquel semblante. Bets se puso como la grana.

—Lo siento mucho —disculpóse la chiquilla, retrocediendo—. Creí… que era usted un amigo mío.

La señora Hilton contemplaba la escena, asombrada, de pie ante la puerta abierta. ¿Qué hacía Bets abrazando a aquel muchacho? Éste entregó el telegrama a la dueña de la casa sin pronunciar una palabra, tan aturdido como la propia Bets.

—Repórtate, Bets —reprendió la señora Hilton severamente—. Me sorprende que te conduzcas así. Haz el favor de no gastar estas bromas.

Bets alejóse, avergonzada. El chico repartidor siguióla con la

mirada, sin salir de su asombro. Larry, Pip y Daisy echáronse a reír a mandíbula batiente.

—Vosotros todo lo arregláis riendo —lamentóse Bets, resentida—. Ahora mamá me pondrá como un trapo sucio. ¿Verdad que era exactamente igual que Fatty?

—Si por el mero hecho de que Fatty posea un uniforme de repartidor de telegramas vas a tomarle por todos los repartidores que veas, tenemos diversión para rato —bromeó Pip—. ¡Cáscaras! Estoy deseando que Fatty se presente de una vez. —Hace siglos que telefoneó. Apuesto a que la primera persona que aparezca ahora «será» él.

Así fue, en efecto. Fatty apareció en la calzada, montado en su bicicleta, rollizo como siempre y esbozando una amplia sonrisa, en tanto «Buster» corría violentamente junto a los pedales.

—¡Fatty, FATTY! —chillaron todos a una.

Y antes de darle tiempo a dejar su bicicleta junto al seto, los cuatro le rodearon. «Buster» brincaba a su alrededor, ladrando sin cesar y loco de contento. Todos saludaron a Fatty, dándole palmadas en la espalda, y Bets pudo abrazarle al fin.

—¡Cuánto has tardado en venir, Fatty! —exclamó la niña—. Supusimos que vendrías disfrazado y hemos estado todo el tiempo al acecho.

—¡Y Bets ha hecho varias planchas de las gordas! —explicó Pip—. Ni corta ni perezosa ha abrazado al repartidor de telegramas, dándole un susto mayúsculo.

—Aún tenía cara de asustado cuando nos hemos cruzado en el portillo —comentó Fatty, sonriendo a Bets—. Iba mirando a su alrededor como si temiese que Bets le siguiera para darle más abrazos.

—¡Oh, Fatty, qué dicha volver a verte! —profirió Bets, regocijada—. No sé «cómo» se me ocurrió pensar que podías ser una de las personas que han estado aquí esta mañana… aquella horrible gitana, el carnicero y el repartidor de telegramas.

—Estábamos seguros de que vendrías disfrazado —afirmó Larry—. ¡Cáspita! ¡Qué moreno estás… casi negro! Pareces un extranjero. ¿No te has puesto pintura de ninguna clase? Nunca te había visto tan tostado.

—No, voy al natural —repuso Fatty modestamente—. No llevo polvos, ni afeites, ni cejas postizas, ni nada. La verdad es que vosotros también estáis todos muy morenos.

—¡Guau! —ladró «Buster», tratando de subirse a las rodillas de Bets.

—«Buster» dice que él también está tostado —explicó Bets, siempre capaz de aclarar el significado de los «guaus» de «Buster»—. Lo que pasa es que a él no se le nota. ¡Querido «Buster»! ¡Cuánto te «hemos» echado de menos! .

Todos se dispusieron a saborear la gaseosa fresca que quedaba. Entonces Fatty, mirando a sus amigos con expresión risueña, hizo esta sorprendente declaración:

—Bien, Pesquisidores. ¡No sois tan listos como me figuraba! Habéis perdido vuestra sagacidad. ¡No me reconocisteis esta mañana cuando vine disfrazado!

Todos le miraron desconcertados, depositando sus respectivos vasos en el suelo. ¿Disfrazado? ¿De qué estaba hablando Fatty?

—¿Disfrazado de qué? —interrogó Larry—. Ahora no vas disfrazado. ¿Qué guasa es ésta?

—No es ninguna guasa —replicó Fatty tomando un sorbo de gaseosa—. Esta mañana vine acá disfrazado para poner a prueba las facultades de mi fiel tropa de detectives…, pero vosotros no reconocisteis a vuestro jefe. ¿No os da vergüenza? La única que me preocupaba un poco era Bets.

Pip y Bets pasaron revista a las personas que habían acudido a su casa desde la hora del desayuno.

—La señora Lacy… no. El cartero… tampoco. El pizarrero que vino a reparar el tejado… imposible, tenía la boca completamente desdentada. La vieja gitana… no, era demasiado alta, y además echó a correr como una liebre cuando pensó que yo iba a buscar a papá —enumeró Bets.

—El chico del carnicero… tampoco —descartó Larry.

—Y nos consta que no era el chico de los telegramas —concluyó Daisy—. Tenía la cara mucho más pálida y pequeña que la tuya. Nos estás engañando, Fatty. Tú no has estado aquí antes. Vamos, ¡confiesa!

—Nada de engaños —protestó Fatty, tomando otro sorbo de

gaseosa—. A propósito, esta gaseosa es el non plus ultra. Pues sí: «estuve» aquí esta mañana y Bets fue la única que por poco me reconoce.

Todos le miraron con incredulidad.

—Bien, ¿y quién eras? —inquirió Larry al fin.

—¡La gitana! —declaró Fatty, sonriente—. Total que os engañé como chinos, ¿eh?

—No lo creo —repuso Daisy—. Nos estás tomando el pelo. Si la hubieses visto, no pretenderías hacerte pasar por ella. ¡Qué mujer más horrible!

Fatty metióse la mano en el bolsillo, y sacando un par de largos pendientes dorados, se los prendió en las orejas. De otro bolsillo sacó una peluca de grasientos bucles negros y se la puso en la cabeza. Por último, mostró una mustia ramita de brezos y, agitándosela a Daisy, profirió con voz ronca, al tiempo que su rostro cobraba la misma expresión que el de la morena gitana:

—¡Cómprame un ramito de brezos blancos!

Los otros le miraron en silencio, realmente sobrecogidos. ¡Aún sin el gran sombrero de plumas, ni el chal, ni la cesta, ni la larga falda negra, saltaba a la vista que Fatty era la gitana!

—¡Eres terrible! —farfulló Daisy, apartando los brezos con la mano—. A veces me das miedo. Tan pronto eres Fatty, como te conviertes en una auténtica gitana. ¡Vamos! ¡Quítate esa horrible peluca!

Fatty obedeció, sonriendo.

—¿Y ahora me creéis? —preguntó—. ¡Cáscaras! ¡Por poco me torcí el tobillo cuando eché a correr por el sendero! ¡Temí que la pequeña Bets fuese a buscar a su padre! Llevaba unos zapatos de tacón muy alto y apenas podía correr.

—Ahora comprendo por qué parecías tan alto —coligió Pip—. ¡Claro! ¡Aquella falda larga te ocultaba los pies! Bien, chico, reconozco que nos engañaste con todas las de la ley. ¡Qué listo eres, Fatty!… ¡Brindemos a su salud, Pesquisidores!

Mientras bebían todos solemnemente a su salud con la última reserva de gaseosa, apareció la señora Hilton. Habíase enterado de la llegada de Fatty y deseaba darle la bienvenida. Fatty se puso en pie cortésmente, haciendo honor a sus excelentes modales.

Al tenderle la mano, la señora Hilton miróle asombrada.

—La verdad, Federico, es que no apruebo esa bisutería —dijo.

Bets lanzó un grito regocijado.

—¡Fatty! ¡Pero si no te has quitado los pendientes!

El pobre Fatty despojóse de ellos al punto, tratando de murmurar algo cortés al tiempo que estrechaba la mano de la señora. Bets le miró complacida. ¡Buen amigo Fatty! ¡Qué dicha tenerle de nuevo a su lado! ¡Cuando Fatty estaba presente «siempre» ocurrían cosas graciosas e inesperadas!

Capítulo III

Disfraces

Bets esperaba que con el regreso de Fatty surgiría inmediatamente alguna aventura o misterio y, a la mañana siguiente, despertóse con la agradable sensación de que iba a ocurrir algo.

Aquella mañana debían reunirse todos en el cuarto de jugar de Fatty, situado al fondo del jardín, donde el chico guardaba muchos de sus disfraces y afeites, y ponía a prueba la eficacia de sus nuevas ideas.

Muchas veces, al llegar ante el cobertizo, sus amigos habían visto aparecer en el marco de la puerta a un feísimo vagabundo, o a un sonriente muchacho repartidor, todo dientes y carrillo, e incluso a una vieja cargada de enaguas, con las mejillas arrugadas y la dentadura incompleta.

En efecto, Fatty podía dar la impresión de que le faltaban algunos dientes pintándoselos de negro, de forma que cuando sonreía apareciesen negros huecos a lo largo de su dentadura. La primera vez que Bets le vio con, al parecer, tres dientes menos, quedóse paralizada de espanto.

Pero aquella mañana abrió la puerta el propio Fatty. Esparcidos por el suelo veíanse varios libros abiertos. Los cuatro chicos inclináronse a examinarlos, tras sortear al bullicioso «Buster».

—¡Huellas dactilares! ¡Interpelación de testigos! ¡Disfraces! —exclamó Bets, leyendo los títulos de varios de los libros—. ¡Oh, Fatty! ¿Hay algún otro misterio por desentrañar?

—No —replicó Fatty, cerrando los libros y colocándolos cuidadosamente en la librería dispuesta en un extremo de la

estancia—. Pero, al parecer, ando un poco desentrenado con lo de mi ausencia y estaba despejando la sesera. ¿Alguno de vosotros ha visto al viejo Goon recientemente?

Todos asintieron, pues habían tropezado con él aquella mañana mientras se dirigían a casa de Fatty en sus bicicletas. Como de costumbre, el policía había tocado tan fuerte el timbre de la suya que no oyó el de los vehículos de los chicos y encontróse en medio de ellos sin darse cuenta.

—Y se cayó —declaró Daisy—. No me explico por qué, pues fue el «único» en hacerlo. Se dio un buen batacazo, pero, como estaba tan encolerizado, no nos atrevimos a detenernos para ayudarle a levantarse, y le dejamos sentado en el suelo, vociferando.

—Eso es lo que le gusta —mascullό Fatty—. Ojalá se quedase allí sentado, gritando. ¡Así no se metería con «nosotros»!

—¡Guau! —convino «Buster».

—¿Qué haremos el resto de estas vacaciones si no surge ningún misterio? —inquirió Pip—. Supongo que todos estamos hartos de excursiones, meriendas y demás zarandajas. Para colmo, Peterswood resulta siempre muy aburrido en verano. No ofrece ningún aliciente.

—No tendremos más remedio que emprenderlas con el viejo Goon —suspiró Fatty con gran regocijo por parte de sus amigos—. O eso o telefonear al inspector Jenks preguntándole si necesita alguna ayuda en sus investigaciones.

—¿Tú crees? —exclamó Bets, sabedora de que Fatty era capaz de todo si se lo proponía.

El inspector Jenks era muy buen amigo de los muchachos. En muchas ocasiones habíase mostrado profundamente satisfecho de su colaboración en el desentrañamiento de complicados misterios. Pero el señor Goon no compartía ese entusiasmo. El irascible policía del pueblo había deseado infinidad de veces que los cinco chicos y su perro viviesen a cien millas de distancia.

—Bien, quizá será mejor no molestar aún al inspector —decidió Fatty—, al menos hasta que oigamos algo concreto. No obstante, he pensado que deberíamos ejercitarnos un poco en algo, como por ejemplo, en los disfraces. Llevamos semanas sin hacer nada y, si surgiese algún misterio, cometeríamos una porción de torpezas por

falta de entrenamiento.

—¡«Sí»! —instó Bets—. ¡Hagamos práctica de disfraces! ¿Todos nosotros, Fatty?

—Por supuesto. Tengo una serie de disfraces nuevos que tumban de espaldas. Los adquirí durante mi travesía.

Fatty había efectuado un largo viaje por mar y visitado muchos lugares exóticos y excitantes. Abriendo un baúl, mostró a sus cuatro amigos un montón de vistosas prendas de vestir.

—Lo compré todo en Marruecos —explicó—. Fui solo de compras a varios bazares indígenas y, como todo resultaba tan barato, compré vestidos para todos nosotros diciéndome que podríamos utilizarlos para disfrazarnos.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Daisy, emocionada—. ¿Por qué no nos los probamos?

Al tiempo que hablaba, la muchacha eligió una llamativa falda de seda roja con franjas blancas.

—Esta falda va con una blusa blanca —dijo Fatty, sacando esta última del baúl—. Fíjate, está toda bordada de rosas rojas. Te sentará maravillosamente, Daisy.

—¿Y a mí qué me has traído, Fatty? —preguntó Bets, sacando más prendas del baúl—. Eres una persona sorprendente. A nadie se le ocurre lo que a ti. Estoy segura de que Pip nunca se traería un vestido como éstos si fuese a Marruecos.

—¡Ni pensarlo! —ratificó Pip, sonriendo—. Por otra parte, no soy un millonario como el amigo Fatty.

Efectivamente, Fatty disponía siempre de mucho dinero. Bets decíase que, en este aspecto, el muchacho parecía una persona mayor. Por lo visto, tenía infinidad de parientes ricos que le regalaban dinero a manos llenas. Sin embargo, el chico mostrábase siempre generoso y dispuesto a compartir su efectivo con el resto de sus amigos.

A Bets habíale traído una curiosa túnica larga hasta los tobillos que se ceñía con una faja. La niña se la puso y todos la miraron maravillados.

—¡Parece una princesita extranjera! —ensalzó Larry—. Tiene la cara tan tostada por el sol que parece una india. ¡Podría «pasar» por india! ¡Qué estupendo disfraz!

Bets paseóse pomposamente por la estancia, gozando de lo lindo. Al verse en el grande y claro espejo que Fatty tenía en aquel cuarto, la chiquilla se sobresaltó. ¡Parecía realmente una pequeña extranjera! Poniéndose la capucha del traje, dio una mirada circular con los ojos entornados.

—¡Magnífico! —celebró Fatty, aplaudiendo—. ¡Una princesa india de carne y hueso! Toma, Larry, ponte esto. Y esto es para ti, Pip.

Los chicos pusiéronse sendos trajes orientales y Fatty les enseñó a arrollarse unas tiras de tela en la cabeza hasta formar vistosos turbantes. Todos estaban tan morenos que en un abrir y cerrar de ojos quedaron convertidos en seres de otra raza. Nadie les hubiese tomado por ingleses.

Fatty contemplóles sonriente mientras desfilaban por el cobertizo. Por entonces, el chico procedía ya a darle vueltas al magín tratando de idear un plan para sacar partido de aquellos llamativos disfraces. ¿Una princesa de viaje por el país? ¿Una visita a Goon con cualquier pretexto? El chico devanábase los sesos en busca de una buena idea.

—Podríamos hacernos pasar por parientes del pequeño príncipe Bongawah, del Estado de Tetarua —propuso Bets súbitamente—. ¡Estoy segura de que tenemos el mismo aspecto!

—¿Y quién es ese Bongawah? —inquirió Larry.

—Es un principito extranjero que se hospeda en uno de los Campamentos Escolares de las montañas entre Peterswood y Marlow —explicó Bets—. Leímos la noticia en el periódico. El príncipe trajo consigo una Sombrilla de Ceremonial, pero, según el periódico, sólo la usó una vez.

—Ya me lo figuro —sonrió Larry—. ¿Tienes tú una de esas sombrillas, Fatty?

—No —repuso Fatty, contrariado.

Y mirándolos alternativamente con admiración, exclamó seguidamente:

—¡Estáis francamente despampanantes! Con esas caras tan morenas y esos trajes, «cualquiera» os tomaría por gente de color. ¡Ojalá pudierais pasearos por el pueblo!

—¡Vístete tú también, Fatty, y salgamos a la calle! —propuso

Bets.

Pero Fatty no pudo contestar a esta petición porque en aquel momento «Buster» se puso a ladrar sonoramente y salió por la puerta abierta a sesenta millas por hora.

—¿Qué «le» pasa a ese chucho? —farfulló Fatty, sorprendido—. ¿No será que el viejo Goon anda por estos alrededores?

Bets atisbo el sendero del jardín por la puerta abierta.

—Son tres chicos —declaró la chiquilla—. ¡Cielos! ¡Ya conozco a uno de ellos! ¡Es ERN!

—¿Ern? —repitieron los demás, precipitándose a la puerta.

Tres muchachos avanzaban por el sendero en dirección al cobertizo, en tanto «Buster» retozaba en torno a los tobillos de Ern, ladrando bulliciosamente.

Fatty cerró la puerta de la estancia y, encarándose con los demás, dijo con ojos centelleantes:

—¡Es Ern Goon! ¡El sobrino del viejo Goon! Fingiremos que sois personajes reales de un país exótico y que habéis venido a visitarme. Si habláis en inglés, hacedlo todo lo mal que podáis. Y si os hablo en un idioma imaginario, contestadme de igual modo. ¡Veremos si conseguimos engañar al amigo Ern!

Ern era, como acababa de decir Fatty, sobrino del señor Goon, el policía. En cierta ocasión habíase pasado una temporada con su tío y vióse complicado en un misterio. El señor Goon mostróse muy poco benévolo con él, pero los Cinco Pesquisidores extremaron su amabilidad con el muchacho y éste profesaba profunda admiración por Fatty. Al presente venía con otros dos chicos a visitar a su admirado amigo. ¡Qué magnífica oportunidad para comprobar la eficacia de los «disfraces» exóticos!

Los pasos de los visitantes acercáronse a la puerta. La severa voz de Ern daba las últimas instrucciones a los otros dos desconocidos.

—Portaos bien, ¿eh? Y tú, Sid, quítate ese caramelo de la boca.

Los cinco muchachos metidos en el cobertizo no pudieron comprobar si el pequeño Sid obedecía la orden de Ern.

Bets rióse por lo bajo, pero Pip la hizo callar con un fuerte codazo.

Alguien llamó a la puerta. Fatty apresuróse a abrirla y, contemplando solemnemente a Ern, adoptó de pronto una

sorprendida y complacida expresión.

—¡Ern! —profirió, tendiéndole la mano, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa—. ¡Ern Goon! ¡Qué «alegría» verte por aquí! Pasa, Ern, y permíteme presentarte a mis visitantes extranjeros.

Capítulo IV

Ern, Sid y Perce

Ern seguía igual que siempre. Era un chico regordete, coloradote y de ojos ligeramente saltones, como su tío, si bien algo menos prominentes que los de éste. El muchacho sonrió a Fatty tímidamente y luego contempló asustado a los cuatro silencioso «extranjeros», vestidos con aquellas vistosas indumentarias.

—Me satisface mucho verte, Fatty —murmuró el recién llegado, estrechándole largamente la mano.

Luego volvióse a sus dos acompañantes, unos chicos bastante más pequeños que él, con un gran parecido entre sí.

—Estos dos niños son mis hermanos gemelos —explicó Ern—. Éste se llama Sid, y éste Perce. Saludad, Sid y Perce. Recordad las reglas de urbanidad. Vamos, decid: «Mucho gusto», como os dije.

—Mucho gusto —repitió Perce, meneando la cabeza y poniéndose como un tomate a consecuencia del esfuerzo desplegado en aquel alarde de cortesía.

—A… —farfulló Sid, sin apenas abrir la boca.

—¿Todavía estás chupando ese caramelo, Sid? —regañó Ern, fulminándole con la mirada—. ¿No te dije que lo escupieras?

Sid adoptó una expresión apesadumbrada y, señalándose la boca, meneó la cabeza negativamente.

—Se le han vuelto a pegar los dientes —explicó Perce—. No puede pronunciar una palabra. Ayer le pasó lo mismo.

—¡Válgame Dios! —exclamó Fatty, compadecido—. ¿Es que ese chico se alimenta de «toffees»?

—A… —repitió Sid, efectuando otro intento de abrir la boca.

—¿Qué significa «A», sí o no? —preguntó Fatty, desconcertado

—. Pero dejemos eso. El que está faltando ahora a las reglas de la urbanidad soy «yo». Por favor, Ern, permíteme presentarse a unos distinguidísimos amigos míos.

Ern, Sid y Perce contemplaron a Bets, Pip, Larry y Daisy sin pestañear, convencidos de que no eran niños corrientes. Bets volvió la cabeza para no echarse a reír.

—Sin duda habrás oído hablar del pequeño príncipe Bongawah, del Estado de Tetarua —prosiguió Fatty—. Ésta es su hermana, la princesa Bongawee —añadió señalando a la asombrada Bets.

—¡Atiza! —exclamó Ern, boquiabierto—. ¿Conque ésta es la hermana del príncipe? Nosotros hemos visto al príncipe Bongawah, Fatty; estamos acampados en el campo inmediato al suyo. Es un chico muy raro, de cara pequeña y petulante.

Y volviéndose a Sid y a Perce, agregó con gran indignación por parte de Bets:

—Salta a la vista que son hermano y hermana, ¿verdad? ¡Se parecen como dos gotas de agua!

—Tienes razón, Ern —convino Perce.

—A… —murmuró Sid, apartando un poco el «toffee» con la lengua para emitir su respuesta habitual.

Entonces, Bets, ladeando majestuosamente la cabeza y mirando a los tres sobrecogidos chicos a través de sus párpados entornados, profirió con sonora y recia voz:

—Popple, dippy, doppy.

—¿Qué dice? —interrogó Ern.

—Dice: «Vas muy despeinado» —aclaró Fatty, disfrutando de la curiosa situación.

—¡Hum! —gruñó Ern, atusándose el enmarañado cabello—. Si hubiese sabido que íbamos a codearnos con personas de esta alcurnia, me habría tomado la molestia de peinarme. ¿Quiénes son los demás, Fatty?

—Ésta es Pua-Tua —dijo Fatty, indicando a Daisy—. Es prima de la princesa y está a su servicio personal. Es una muchacha muy simpática.

Ern correspondió a la inclinación de Daisy, y Perce hizo lo propio. Pero Sid no siguió el ceremonial por habérsele pegado de nuevo el caramelo a los dientes y hallarse ocupado en la tarea de

despegárselo, con un constante vaivén de mandíbulas.

—Y los otros son Kim-Pipp-Tok y Kim-Larriana-Tik —continuó Fatty, despertando en Bets unas ansias locas de prorrumpir en carcajadas.

Pip avanzó unos pasos y, acercando la cara a la de Ern, frotó la nariz contra la suya. Ern retrocedió, asombrado.

—No te alarmes —tranquilizóle Fatty—. Así suelen saludar estas gentes a los amigos.

Sid y Perce apartáronse a un lado, temerosos de ser también objeto de semejante salutación.

—Encantado de conocerte —murmuró Ern con voz entrecortada.

Luego, mirando a Fatty con expresión atemorizada, agregó:

—Tienes amigos muy copetudos. A propósito, ¿qué sé ha hecho de aquellos otros amigos tuyos, Larry, Daisy, Pip y la pequeña Bets?

—No andan muy tejos —respondió Fatty, sin faltar a la verdad —. ¿Decías que estáis en un campamento, Ern?

—Sí, tuvimos oportunidad de ir los tres a acampar, nos prestaron una tienda y como mamá mostróse conforme en perdernos de vista una temporada, nos marchamos y armamos nuestra tienda en el campo inmediato al de uno de los Campamentos Escolares. Nos lo estamos pasando muy bien.

—Ajá —convino Perce.

—A... —coreó Sid.

De improviso, este ultimo sacóse del bolsillo un bote de hojalata y, quitándote la tapa, ofrecióselo a Fatty. Éste echó un vistazo al interior. Estaba casi lleno de grandes caramelos oscuros y pringosos, de aspecto muy poco apetitoso.

—No, gracias, Sid —declinó Fatty—. Luego no tendría ganas de comer. No los ofrezco a mis visitantes porque probablemente tendrán que hacer parlamentos esta tarde, y no quiero exponerles a que se queden mudos con tus «toffees».

—A... —masculló Sid, tapando de nuevo el bote, como aquél que se hace cargo de la situación.

—¿De dónde se saca esos «toffees»? —preguntó Fatty—. Nunca los he visto de esa clase.

—Los adquiere en la Feria instalada cerca del campamento — explicó Perce—, en la barraca del lanzamiento de aros. Nuestro Sid

es un as en esa habilidad. Todos los días gana un bote de caramelos por ese sistema.

—A… —farfulló Sid, radiante de orgullosa satisfacción.

—¡Fickly-pickly-odgery, podgery, puh! —declaró Larry bruscamente.

Ern, Sid y Perce miráronle de hito en hito.

—¿Qué dice? —inquirió Perce.

—Dice que Sid parece un «toffee» de por sí —apresuróse a aclarar Fatty—. Un «toffee» mascado.

Sobrevino un silencio durante el cual los Cinco Pesquisidores tuvieron que reprimirse para no prorrumpir en risas.

—Me parece una observación un poco descortés —murmuró Ern, al fin—. Bien, creo que será mejor que nos marchemos. Me he alegrado mucho de verte, Fatty. Siento no haber podido saludar a los demás.

—¿Has visto a tu tío, el señor Goon? —preguntó Fatty.

—¡Dios me libre! —profirió Ern—. Si le viera, echaría a correr como alma que lleva el diablo. ¿No recuerdas cómo me trató cuando pasé aquella temporada con él el año pasado? Sid y Perce tampoco lo pueden ver. A propósito, Fatty, ¿tenéis algún nuevo misterio por resolver?

—Por ahora no —repuso Fatty—. Pero puede surgir uno en el momento más inesperado.

—Tky-ula-rickity-wimmy-wu —espetó Pip solemnemente—. Nosotros… queremos… un helado.

—¿Cómo? —exclamó Ern, asombrado—. ¿Sabe hablar el inglés? ¿Has oído lo que ha dicho, Fatty? ¿Por qué no vamos todos a comprar helados? Junto al río hay un heladero ambulante. Prefiero no entrar en el pueblo para no tropezar con mi tío.

Fatty esbozó una sonrisa. Sus cuatro amigos mirábanle con expresión interrogante. Sus «disfraces» habían dado tan buen resultado con Ern, Sid y Perce, que los chicos ardían en deseos de salir a pasear con ellos puestos. Por su parte, Fatty no tenía nada que objetar. Si iban por el camino del río, apenas encontrarían gente y por tanto, no correrían el riesgo de despertar la curiosidad general.

Pero, en cambio, sería divertidísimo ver la cara que pondrían las

pocas personas con quienes se cruzasen.

—Iccky, piccky, tominu, wipply-wopfi Kim-Pippy-Tok —dijo Fatty, cortésmente, inclinándose ante Pip e indicándole la puerta—. Iremos todos a comprar helados a la orilla del río. La princesa debe abrir la marcha, Ern.

—Naturalmente —convino éste, apresurándose a apartarse a un lado—. Pero estaría más a tono con una Sombrilla de Ceremonial como la que tenía su hermano. Le sentaría a maravilla… y es más, yo no tendría inconveniente en sostenérsela. ¡Es una chiquilla tan mona!

Bets echóse la capucha sobre la cara para ocultar su sonrisa. Fatty miró a Ern como aquél que, de repente, tiene una idea luminosa. Los otros permanecían a la expectativa.

—¡Ah, sí! —exclamó al fin su jefe—. ¡Tienes razón, Ern! ¡Olvidaba que la princesa Bongawee no debe salir a la calle sin su Sombrilla de Ceremonial! Te agradezco que me lo hayas recordado, Ern.

—¡Cáspita! —exclamó Ern—. ¿Así resulta que ella tiene una también?

Fatty desapareció, ante la expectación de sus cuatro amigos. ¿Qué clase de «Sombrilla de Ceremonial» traería Fatty?

A poco, el muchacho reapareció con un enorme y vistoso parasol extendido sobre su cabeza. De hecho, era el que utilizaba su madre para ir al golf, pero como Sid, Perce y Ern no habían visto un parasol de golf en su vida, creyeron a pies juntillas que se trataba de una suntuosa sombrilla de «ceremonial».

—Vamos, Ern —instó Fatty—. Si quieres, puedes hacer lo que dijiste, esto es, sostenérsela a la princesa.

—¿Me lo permitiría? —farfulló Ern, desmayándose casi de la emoción.

—Dimminy-duly-tibbly-tok —dijo Bets sonriéndole.

—¿Qué dice? —inquirió Ern, ruborizándose.

—Dice que le gustas y que quiere que le lleves la sombrilla —apresuróse a traducir Fatty.

—¡Me maravilla que puedas comprender ese lenguaje! —ensalzó Ern con admiración—. Claro está que siempre has tenido mucho talento, Fatty. Bien… me sentiré muy orgulloso de sostenerle la

sombrilla a Su Alteza o como se llame. Vosotros, Sid y Perce, poneos detrás.

Al presente, los Cinco Pesquisidores sentíanse ya absolutamente incapaces de contener la risa. Pip tenía la cara congestionada en sus esfuerzos por no estallar. Al darse cuenta de su estado, Fatty profirió:

—¡Tlckly-bickly-ku, jinny-peranha-nuk!

Y soltó una carcajada como si hubiese dicho algo muy gracioso. Inmediatamente, los otros aprovecharon la oportunidad para prorrumpir en risotadas. Larry, Daisy, Pip y Bets, balanceándose de un lado a otro, desternillándose de risa y agarrándose unos a otros, ante el asombro de Ern y sus dos hermanos.

—¿A qué vienen estas risas? —interrogó Ern, intrigado.

—¡Es muy difícil traducir lo que acabo de decir! —replicó Fatty, ladinamente—. Bien, en marcha, amigos. En primer lugar irá la princesa, con Ern al cuidado de la sombrilla. Luego, seguirá su prima, Pua-Tua. Los demás, cerraremos la marcha.

El pequeño cortejo descendió por el sendero del jardín, pasando por delante de la puerta de la cocina. La doncella hallábase allí sacudiendo una estera, y al ver la comitiva, se quedó boquiabierta de asombro. Ern sintióse terriblemente importante.



Fue una verdadera pena no encontrar más gente por el camino que conducía al río. Una de las pocas personas que se cruzaron con los chicos fue la vieja señora Winstanton, tan corta de vista que sólo vio el enorme parasol. Naturalmente, la buena mujer pensó que llovía y echó a correr a su casa antes de que cayese un chaparrón.

Los muchachos vieron también al chico del colmado, que se les quedó mirando, mudo de asombro y desconcierto. Bets rióse por lo bajo. Ern dirigió al muchacho un grave saludo, dejándole, si cabe, aún más desconcertado que al principio. Deseoso de saber adonde

se dirigía aquel curioso cortejo, el chico les siguió un rato y luego fue a entregar sus comestibles a un ama de casa que escuchó fascinada el relato de su encuentro con «unos extranjeros vestidos de veinticinco alfileres, con una GIGANTESCA sombrilla».

Los muchachos no encontraron a nadie más en su camino. Al llegar al sendero que discurría junto a la orilla del río, recorriéronlo solemnemente.

—¡Allí está el hombre de los helados! —exclamó Ern, quitándose un peso de encima—. ¡Pobre Sid! Pensar que no podrá tomar ninguno por culpa de su «toffee».

Capítulo V

El señor Goon se lleva una sorpresa

El vendedor de helados estaba tendido a la orilla del río, profundamente dormido, en tanto su puesto ambulante permanecía debidamente instalado a la sombra. Fatty le despertó.

El hombre se incorporó, sorprendido al ver aquel inusitado grupo a su alrededor, coronado por la enorme sombrilla que sostenía Ern, ya un poco cansado de su peso.

—¿Qué es esto? —exclamó el vendedor—. ¿Una charada?

Ern abrió la boca para presentar a la princesa Bongawee, pero Fatty le detuvo con una mirada. El muchacho no quería llevar la broma demasiado lejos y, sin saber por qué, tenía el desagradable presentimiento de que el vendedor de helados no se dejaría engañar tan fácilmente como los demás. Por otra parte, era preciso evitar que Ern se llevase una desilusión. Tanto él como sus hermanos Sid y Perce no cabían en sí de gozo pensando que habían acompañado a una princesa con su séquito.

—Nueve helados, por favor —rogó Fatty.

—Te olvidas de «Buster» —repuso Larry.

—¡Es verdad! —asintió Ern, recordando de pronto que a «Buster» también le gustaban los helados.

El perrito habíase portado muy bien, siguiendo majestuosamente al cortejo, sin detenerse ni una sola vez a saludar a los demás perros que se cruzaban en su camino.

El heladero tendió los helados a los muchachos, haciendo nuevos comentarios jocosos.

—Parece ser que está diluviando, ¿eh? —dijo a Ern, que seguía sujetando valientemente el parasol sobre Bets—. Menos mal que vas

prevenido.

—¿Se tiene usted por gracioso, no?

—No tanto como vosotros —replicó el hombre—. ¿De dónde te has sacado este paraguas, de un juego japonés?

—Apuesto que el que tiene esa procedencia es «usted» —soltó el chico al punto—. ¡PUM! Estalló el juego y salió usted.

—Ya basta, Ern —terció Fatty, previendo que iba a armarse una trifulca entre el heladero y su amigo—. Vamos. Tomaremos los helados más allá. Estaremos más frescos.

El heladero volvió a la carga asegurando que sabía de un sitio donde vendían gorros de payasos que casaban a maravilla con el paraguas de Ern, pero éste no pudo replicar porque Fatty le empujó de allí. Justamente entonces, el parasol enganchóse en las ramas bajas de un árbol, y Bets tuvo que detenerse mientras el pobre Ern bregaba por desengancharlo, con las orejas ardiendo al oír unas nuevas genialidades del chistoso heladero.

Por último, la comitiva se puso en marcha otra vez, con todos sus componentes provistos del helado correspondiente. Sid llevaba uno también, y entre sus compañeros reinaba profunda curiosidad por ver cómo se las arreglaría para tomarse el helado con la boca aún llena de «toffee». Al parecer, aquel caramelo era interminable, pues que los chicos supieran, el niño no había vuelto a introducirse ningún nuevo refuerzo en la boca.

De pronto, en un recodo del sendero, apareció un hombre montado en bicicleta. Era un individuo corpulento y colorado, con casco y uniforme azul marino.

—¡Es mi tío! —farfulló Ern, presa del mayor pánico.

—¡Goon! —exclamó Fatty—. ¡El viejo Ahuyentador! ¡Vaya, vaya! ¡Qué situación más divertida!

«Buster» reconoció al policía, regocijado y precipitándose a su bicicleta, saltó a sus pies. Goon apeóse al punto del vehículo y, apartando al excitado «scottie» a puntapiés, rugió coléricamente:

—¡Lárgate de aquí! ¡Eh, chicos! ¡Llamad a éste perro si no queréis que os lo eche al río! ¡No estoy para perránganos!

—Hola, señor Goon —saludó Fatty, cortésmente—. ¡Cuánto tiempo sin verle! Ven acá, «Buster». ¡No molestes a este señor!

«Buster» volvió al lado de su amo, de mala gana, momento que

el señor Goon aprovechó para contemplar a todo el grupo. Excuso decir que el hombre quedóse boquiabierto. ¡Cuántos extranjeros! ¿Qué hacía Ern entre ellos? ¡«Ern»! Ni siquiera sabía que su sobrino estuviese en la comarca. El policía avanzó hacia él, y el chico estuvo a punto de soltar la enorme sombrilla a su cargo.

—¡ERN! —gritó Goon—. ¿Qué haces aquí? ¡Cáspita! ¡Pero si también están Sid y Perce! ¿A qué viene todo esto? ¿Para qué sirve ese paraguas?

—¡Por favor, tío, no grites así! —suplicó Ern—. Esta niña es una princesa. Por eso sostengo una sombrilla sobre ella. Es una Sombrilla de Ceremonial. ¿Sabes a qué me refiero?

El señor Goon tampoco sabía exactamente lo que era un parasol de golf, y menos aún una Sombrilla de Ceremonial. En consecuencia, miró a Ern con incredulidad.

—Tío —prosiguió el chico, con apremio— ¿has oído hablar del príncipe Bongawah y de su estancia en uno de los campamentos acampados en lo alto de aquellas montañas? Pues ésta es su hermana, la princesa Bongawee, y ésta su prima, y…

Goon escuchaba, pasmado, contemplando a Bets, donosamente envuelta en su túnica, con la tostada cara medio oculta tras la capucha. Aquel rostro resultábale vagamente familiar, pero ni por un momento lo identificó con el de Bets Hilton. La niña permanecía inmóvil, con el porte algo altivo, si bien un poco asustada y sin pronunciar palabra.

Goon carraspeó, mirando a Fatty, que tampoco despegaba los labios.

—Han venido a visitar a Fatty —prosiguió Ern—. Yo conozco al príncipe Bongawah porque está acampado en el campo inmediato al nuestro, y en seguida adiviné que esta princesa era su hermana porque se parecen como dos gotas de agua.

—¿Pero dónde les has encontrado? —inquirió Goon, receloso.

—Su sobrino, Ern, vino a visitarnos, señor Goon —intervino Fatty, encantado de que Ern hubiese contado al policía aquel maravilloso cuento—. La princesa Bongawee simpatizó con él y le rogó que le sostuviera su… su Sombrilla de Ceremonial. Naturalmente, Ern, cuyos buenos modales son de todos conocidos, aceptó la sugerencia.

El señor Goon, que nunca había tenido en gran concepto los modales de su sobrino, miró alternativamente a éste a la altiva princesita y a Fatty. Este último le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿De veras es una princesa? —preguntóle el señor Goon, en tono confidencial.

Antes de que Fatty pudiera responder, Bets espetó con una voz recia y un tanto insolente que hizo las delicias del muchacho:

—Ikky-ula-potty-wickle-tok.

—¿Qué dice? —preguntó Goon con interés.

—Quiere saber si es usted un policía de verdad —contestó Fatty —. ¿Qué quiere usted que le responda?

El señor Goon lanzóle una mirada incendiaria. Bets interrumpió una vez más la conversación con estas palabras:

—Ribby-rukati-paddly-pul.

—¿Qué significa «eso»? —inquirió el señor Goon.

Fatty adoptó un aire de profunda turbación.

—No quisiera decírselo, señor Goon —murmuró.

—¿Por qué? —interrogó el policía, con curiosidad—. ¿De qué se trata?

—Pues verá… es un comentario personal —contestó Fatty—. No, no me parece bien repetírselo, señor Goon.

—Quiero que me lo digas —insistió el policía, enojándose por momentos.

—Sí, díselo —instó Ern, encantado ante la idea de que la princesa hubiese dicho algo desagradable de su tío.

—A… —intervino Sid, inesperadamente.

—¿Por qué te metes en lo que no te importa, sobrino? —espetó Goon, volviéndose rápidamente al chico—. ¿Y qué haces ahí plantado con la boca llena en presencia de la realeza? ¡Vamos, quítate eso de la boca!

—A… —farfulló Sid, sobrecogido de pánico.

—Es un «toffee», tío —terció Ern—, un caramelo de ésos que se pegan. No podrá escupirlo.

Bets soltó una sonora carcajada, seguida de estas palabras:

—Wonge-bonga-smelly-f iddly-toc.

—Ya empieza otra vez —masculló el pobre Goon—. Dime lo que ha dicho antes, Federico.

—No puedo —resistió Fatty, despertando cada vez más la curiosidad de Goon.

Con la cara congestionada y los ojos más saltones que nunca, el policía clavó la vista en la princesita. Por fin ésta, reprimiendo la risa, declaró con acento muy extranjero:

—Sólo dije… ¿por qué tiene cara de RANA ese señor?

Todos prorrumpieron en risas, a excepción del pobre Sid, que seguía incapaz de abrir la boca.

El señor Goon tuvo, asimismo, una súbita reacción, aunque muy distinta a la de los muchachos. Encolerizado, avanzó un paso, y Ern, instintivamente, bajó la sombrilla y puso su amplio ruedo ante las propias narices del policía.

—No toques a la princesa, tío —farfulló el chico con voz temblorosa, desde detrás de la enorme sombrilla.

Entonces «Buster» entró de nuevo en acción y, abalanzándose a los tobillos del señor Goon, soltó muy hábilmente las pinzas de ciclista prendidas en la orilla de los pantalones del policía.

—¡Denunciaré a este perro! —rugió el señor Goon, sulfurado—. ¡Y a ti también, Ern, por tratar de agredirme con esa sombrilla!

—Señor Goon —intervino Fatty solemnemente—. Supongo que no tiene usted interés en entorpecer las relaciones de los ingleses con los tetaruanos. No queremos que el príncipe de Tetarua formule la queja de que ha asustado usted a su hermana. Al fin y al cabo, Tetarua es un Estado amigo. Si el Primer Ministro recibiese la denuncia de un incidente de esta clase por parte de un príncipe enojado, a lo mejor…

El señor Goon no quiso escuchar nada más, consciente de su derrota. No sabía nada de los tetaruanos, pero le constaba que hoy día los pequeños estados son muy susceptibles y las palabras de Fatty le horrorizaron. Así, pues, subió a su bicicleta y, asestando a «Buster» un último puntapié, alejóse con semblante digno y sofocado.

—¡Tengo algo más que decirte, Ern! —gritó el hombre, pedaleando a toda marcha, mientras «Buster» arremetía contra la rueda trasera con peligro de hacer caer la bicicleta al río—. ¡Ya pasaré por tu campamento para ajustarte las cuentas!

Ern quedóse petrificado ante semejante amenaza, pero se

sentaron en la hierba, entre risas, e incluso Sid logró abrir la boca lo suficiente para soltar una súbita carcajada.

—¡Nuestros pobres helados! —exclamó Bets, sin darse cuenta de que hablaba en inglés.

Afortunadamente nadie lo advirtió, excepto Fatty, que la miró con ceño.

Los helados habíanse convertido, en efecto, en una especie de natillas, dentro de sus cajitas de cartón. Los chicos las lamieron con dificultad y Sid consiguió verterse el suyo en la boca entre sus pegados dientes.

—¡Todo ha salido a las mil maravillas! —celebró Fatty, paseando la mirada por sus compañeros, con expresión radiante—. ¡Mi enhorabuena, princesa!

—Binga-bonga-banga —profirió Bets graciosamente.

—¿Qué os parece si fuésemos a por más helados? —propuso Fatty.

Pero Ern, Perce y Sid tenían que marcharse. Ern había oído dar las doce en el reloj de la iglesia, y como los caravaneros acampados junto a su tienda habían prometido invitarle a comer si estaba de regreso a las doce y media, el muchacho juzgó llegada la hora de despedirse.

—Encantado de conocerte —murmuró, inclinándose cortésmente ante Bets, al tiempo que cedía a Fatty la Sombrilla de Ceremonial—. Le diré a tu hermano que te he saludado la próxima vez que tenga el gusto de verle por encima del seto que separa los dos campamentos. ¡Os parecéis como dos gotas de agua!

Sid y Perce hicieron un ademán de despedida y, acto seguido encamináronse con su hermano al embarcadero para cruzar el río en barca, en dirección a las colinas de la otra orilla.

—¡Gracias a Dios que podemos volver a hablar como es debido! —suspiró Larry—. ¡Caramba, Fatty, que mañana! ¡En mi vida me había divertido tanto!

Capítulo VI

Desaparición

Dos días más tarde, Fatty, Larry y Pip tuvieron un tremendo sobresalto. Fatty bajó a desayunar antes que sus padres, y tras servirse una taza de café, llevóse a su cuarto los dos periódicos que llegaban cada mañana, dispuesto a disfrutar de su lectura con toda tranquilidad.

Los grandes y negros titulares llamáronle al punto la atención. Rezaban así:

«Desaparición de un príncipe de un campamento. El príncipe Bongawah desaparece durante la noche».

Casi simultáneamente, Larry leía también a Daisy la misma noticia, poco después de recoger los periódicos del umbral de la puerta anterior de su casa.

Entretanto, en casa de los Hilton, Pip procedía, como de costumbre, a echar un vistazo al periódico mientras lo leía su padre. La última página apenas le interesaba, pues en ella figuraban las noticias deportivas referentes a las carreras de caballos, golf y tenis, que nunca le habían llamado la atención. Por otra parte, la puntuación del criquet solía aparecer en caracteres demasiado pequeños para una lectura a vista de pájaro. Así, pues, Pip aguardó pacientemente a que su padre examinase los boletos de criquet de la última página para leer la primera.

Al punto vio, ante sus atónitos ojos, unos interesantísimos titulares: «El príncipe desaparece. El Estado de Tetarua es informado del hecho. Interpelación de los muchachos del campamento».

Pip tocó con el codo a Bets, indicándole el periódico con un

silencioso ademán. La niña leyó los titulares. ¡Cielos! Sin duda se trataba del príncipe Bongawah, por cuya hermana habíase hecho pasar. ¡Qué coincidencia! Bets reflexionó sobre el caso. ¿Importaría su suplantación? No, imposible. Sólo habían hecho toda aquella comedia para gastar una broma a Ern.

Sin embargo, había otra persona interesadísima en la desaparición del pequeño príncipe, y esa persona era, naturalmente, el señor Goon. Al poco rato de leer la noticia, en el periódico de la mañana, el hombre fue informado oficialmente de la misma mediante una llamada telefónica del cuartel general de policía. Al punto se dijo:

«¡Pensar que vi con mis propios ojos a la hermana del príncipe! ¡Si la localizamos, es posible que averigüemos algo! Será mejor que me ponga al habla inmediatamente con el inspector, mejor dicho, con el Inspector “Jefe”, porque ya han vuelto a ascenderle. En cambio yo, ni por ésas. No cabe duda que estoy rodeado de enemigos. Eso es humillar a un Buen Agente. ¡Algún día les daré una lección!».

Y tras cavilar un rato sobre los enemigos que impedían su ascenso, se puso de nuevo al habla con el cuartel general y preguntó por el Inspector Jefe.

—Está ocupado —replicó la voz al otro extremo del hilo—. No puede distraerse. ¿Sobre qué quiere usted hablarle, Goon?

—Sobre algo relacionado con la desaparición del príncipe Bongawah —declaró Goon pomposamente—. Es muy interesante.

—En este caso, aguarde un momento —instó la voz.

Al poco, Goon oyó la imperiosa voz del Inspector Jefe profiriendo en tono algo enojado:

—¿Qué sucede, Goon? Estoy ocupado.

—Señor —farfulló Goon—, se trata de ese príncipe Bongawah o como se llame. Conozco a su hermana, la pequeña princesa Bongawee. Me pregunto si a alguien se le ha ocurrido interpelarla. Es posible que ella sepa algo acerca de la desaparición de su hermano.

Sobrevino un silencio. Tras breves instantes, la asombrada voz del Inspector Jefe inquirió:

—¿Hermana? ¿Qué hermana? Es la primera vez que oigo hablar

de ella.

—Sí, señor —confirmó Goon, más hueco que un pavo—. La conocí hace dos días, señor. Iba con su prima, que cuida de ella, y con otros dos miembros de su séquito, todos muy ufanos y arrogantes.

Sucedióse otra sorprendida pausa.

—¿Es usted realmente el que está al aparato, Goon? —acertó a balbucir, al fin, el pasmado Inspector Jefe—. Todo esto me parece muy raro.

—¡Pues claro que soy yo, señor! —corroboró Goon, entre sorprendido y ofendido—. ¿Por qué no he de serlo? Me limito a informarle a usted de algo, como es mi obligación. ¿Tiene usted inconveniente en que interpele a la princesa, señor?

—Un momento, un momento —repuso el Inspector Jefe—. Antes tengo que formular unas preguntas aquí. No tenemos noticias de ninguna hermana, ni prima, y debo averiguar por qué.

Goon aguardó, satisfecho de haber causado semejante conmoción. ¿Qué le importaba a él que el Inspector Jenks formulase todas las preguntas que quisiera? ¡Al final tendría que dejarle tomar las riendas del asunto! ¡Qué suerte haber encontrado a Fatty con todos aquellos tetaruanos y su sombrilla! De pronto le asaltó una idea. ¿Cómo conocía «Fatty» a aquellos extranjeros?

«¡Maldito chico! —pensó el pobre Goon—. ¡Pensar que una vez que dispongo de un buen caso tendré que decir que fue ese gordinflón el que me presentó a la princesa! ¡Entonces el inspector se pondrá en contacto con ese entrometido y me arrebatará el asunto de las manos!».

El hombre reflexionó sobre esto, con el receptor telefónico pegado a la oreja izquierda. Súbitamente, su rostro se iluminó. Podía decir que su sobrino, Ern, era el autor de la presentación. Al fin y al cabo, «era» Ern el que le había dado todos los detalles. Por consiguiente, no necesitaba mentar a Fatty para nada.

De improviso, Goon se sobresaltó. La voz del Inspector Jefe de nuevo en el auricular.

—¿Está usted ahí, Goon? Acabo de efectuar varias indagaciones al efecto, y, al parecer, nadie sabe nada de una hermana llamada princesa Bongawee. Pero, puesto que usted afirma haberla visto,

supongo que tendremos que investigar la cosa. ¿Cómo la conoció?

—Verá usted, señor. Mi sobrino Ern iba con ella y me contó quién era.

—¿Su sobrino «Ern»? —repitió el inspector, estupefacto.

Recordaba perfectamente al rollizo, granujiento y vulgar sobrino del señor Goon. El chico habíase visto envuelto en un misterio, pero, al final, logró salir del mal paso. ¿Qué hacía Ern en compañía de una princesa tetaruana? Una vez más, el inspector se preguntó si aquella llamada telefónica no sería una broma. Pero no, ni pensarlo. La áspera voz del señor Goon era inconfundible.

—¿Qué hacía Ern con la princesa? —preguntó al fin el inspector.

—Pues… sostenerle la Sombrilla de Ceremonial —declaró el señor Goon, empezando a creer que aquella historia suya resultaba algo inverosímil.

Sobrevino otra pausa. El inspector tragó saliva una o dos veces. ¿Estaría Goon bien de la cabeza? ¿No le habría dado una insolación? Aquella historia de una princesa, de Ern y de una Sombrilla de Ceremonial se le antojaba una solemne majadería. En realidad, no sabía qué partido tomar. Por último, suspiró:

—Atienda, Goon todo esto es muy raro, pero me figuro que algo hay, puesto que lo considera usted lo suficiente importante para requerirme por teléfono. He decidido autorizarle a usted a interpelar a esa… princesa. Puede preguntarle por qué está aquí, cuándo vino, qué hace, con quién está, etc. Hágalo ahora mismo. Le mandaré un hombre para comprobar sus averiguaciones.

—De acuerdo, señor, muchas gracias —murmuró Goon, satisfecho de contar con las primicias de aquel caso para él solo.

Y colgando el receptor, fue a por su casco. Lo malo era tener que ir a ver a aquel entrometido de Fatty. ¡Federico Trotteville! ¡Uf! De todos modos, le obligaría a contestar en seguida a sus preguntas. No Soportaría Ninguna Impertinencia de aquel Demonio.

Al punto dirigióse en su bicicleta a casa de Fatty, llamó insistentemente a la puerta, y preguntó por el chico a la doncella en cuanto ésta hizo su aparición.

—El señorito ha salido, señor —respondió la sirvienta.

—¿A dónde ha ido? —inquirió el policía.

Al oír la sonora voz del señor Goon, la madre de Fatty acudió al

vestíbulo.

—¡Ah! —exclamó la señora Trotteville—. ¿Es usted, señor Goon? ¿Desea ver a Federico? Siento decirle que ha salido. ¿Quería usted hablar con él?

—Verá usted, señora —contestó el señor Goon—. Deseaba formularle unas preguntas sobre la princesa Bongawee. Pero quizás usted misma podrá informarme. ¿Se hospedaba la princesa en esta casa?

—¿«Qué» princesa? —exclamó la señora Trotteville, asombrada—. Ni siquiera había oído hablar de ella.

—Es la hermana de ese príncipe Bongawah que ha desaparecido —explicó el señor Goon.

Esta declaración no contribuyó en absoluto a aclarar las ideas de la señora Trotteville. En realidad, no había dado importancia a la noticia de la desaparición del príncipe, publicada en el periódico de la mañana. Se dijo que probablemente al príncipe no le gustaban los baños fríos y se había escapado. En cualquier caso, ¿qué tenía que ver aquello con Federico?

—Temo que no podré ayudarle, señor Goon. Federico regresó a casa hace dos o tres días y, que yo sepa, no ha alternado con ninguna princesa. Estoy segura de que si hubiese conocido a alguna, me la habría presentado. Buenos días, señor Goon.

—¿Pero quiere usted decir con eso que no la invitó usted a tomar el té ni nada por el estilo? —balbuceó el policía, desesperado.

—¿Cómo iba a hacer tal cosa si ni siquiera la conozco? —repuso la señora Trotteville, diciéndose que, sin duda, el señor Goon no estaba en sus cabales—. Buenos días.

Y cerró la puerta dejando en el exterior al desconcertado señor Goon, con la frente perlada de sudor ante la idea de que, al presente, tendría que buscar a aquel gordinflón por donde fuese. ¿Dónde estaría metido? Tal vez en casa de aquellos preciados amigos suyos, los Hilton, o en la de aquellos otros, Larry y Daisy.

El señor Goon dirigióse primero a casa de Larry, pero esta segunda visita tampoco dio resultado. Larry y Daisy habían salido.

—Probablemente han ido a casa del señorito Trotteville —sugirió la doncella.

Pero el señor Goon sabía ya a qué atenerse y no estaba dispuesto

a volver allí otra vez.

El hombre pedaleó calle abajo, con la cara como un tomate. Al llegar al domicilio de Pip, dio un fuerte aldabonazo en la puerta principal.

Los cinco chicos estaban en el jardín con «Buster». Éste gruñó al oír la llamada, pero Fatty lo sujetó con la mano.

Bets fue a atisbar por el ángulo anterior de la casa y, a poco volvió al lado de sus compañeros como alarmada.

—Es el señor Goon —declaró—. ¡El viejo Ahuyentador! Está muy colorado y parece enojadísimo. ¡Dios mío! ¿No será que viene a preguntarnos por la princesa por quien me hice pasar? ¡Es tan necio que estoy segura que tragó el anzuelo!

—Vamos —ordenó Fatty levantándose—. Salgamos inmediatamente por el portillo trasero. ¡A escape! Si alguien nos llama, no nos encontrará. Si Goon anda en pos de la princesa Bongawee, ¡que siga buscando! Así se distraerá. Tú, cállate, «Buster». Si ladras lo echarás todo a perder.

Todos se precipitaron quedamente hacia el pequeño portillo que daba a la callejuela del fondo. «Buster» hizo lo propio, sin emitir el más leve gruñido. Sin duda ocurría algo y él también deseaba colaborar.

Sucedió, pues, que cuando la señora Hilton llevó al policía al jardín para buscar a los niños, no había ninguno de éstos a la vista, ni tampoco en la glorieta. ¡Qué raro!

—Y, no obstante, estoy «segura» de haberles oído aquí fuera hace un momento —murmuró la señora Hilton—. ¡Pip! ¡Bets! ¿Dónde estáis?

Nadie respondió. Tras repetir las llamadas una vez más, la buena señora dijo al sofocado Goon:

—Supongo que los encontrará usted en la casa de Federico Trotteville o en la de Larry. ¿Por qué no se da una vuelta por allí?

El señor Goon imaginóse a sí mismo yendo y viniendo de una casa a otra casa, en busca de un evasivo Fatty. Frunciendo el ceño alejóse, malhumorado, en su bicicleta.

«No cabe duda —pensó la señora Hilton—, que ese policía cada día tiene más malos modos».

Capítulo VII

Ern y el señor Goon

Otra persona hallábase también muy excitada aquella mañana, además de los Pesquisidores y el señor Goon. Ern quedóse hecho una pieza cuando se enteró de la noticia de la desaparición del príncipe Bongawah. La citada noticia llegó a su conocimiento de un modo muy peculiar.

Desde su encuentro con la princesa Bongawee en casa de Fatty, Ern había estado atento por si veía al pequeño príncipe al otro lado del seto, deseoso de contarle que había tenido el gusto de conocer a su hermana.

Pero la suerte no le acompañó. Con todo, Ern no perdía la esperanza, y aquella misma mañana deslizóse a través del seto, en la confianza de dar, por fin con el príncipe.

Su sorpresa no tuvo límites al ver dos policías en las inmediaciones, quienes inmediatamente se abalanzaron a su encuentro.

—¿Qué haces en este campo? —preguntó uno de ellos, agarrándole por la nuca.

—Sólo he venido a buscar a alguien —respondió Ern, intentando desasirse—. ¡Suélteme! ¡Me está usted lastimando!

—Aún lo pasarás más mal si vuelves a meter las narices por aquí —refunfuñó el policía con cara de pocos amigos—, ¡a lo mejor incluso desapareces como el pequeño príncipe!

Aquélla era la primera vez que Ern oía hablar de semejante desaparición.

—¿Que el príncipe ha desaparecido? —farfulló, mirando con asombro a los dos policías—. ¡Atiza! ¿Es posible? ¿Cuándo ha sido

eso?

—Durante la noche —respondió el policía, escrutando al muchacho—. ¿Oíste algo? Supongo que estás acampado en esa tienda, ¿no?

—Sí, pero no oí nada en absoluto —apresuróse a replicar Ern—. ¡Cáspita! ¡Pensar que conocí a su hermana, la princesa, hace unos días!

—¿Ah, sí? —exclamó uno de los agentes burlonamente—. ¿Y tomaste el té con su madre la Reina, y cenaste con su padre?

—No, pero tomé un helado con su hermana —declaró Ern.

—¿De veras? —mascullaron ambos policías al unísono.

Uno de ellos le sacudió con tal fuerza que Ern estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Ahora, lárgate —ordenó el policía—. Y no olvides que es mejor estar al margen de estos líos. ¡Vaya con el cuentista! ¡Lo que necesitas es una buena azotaina!

Total que para evitar que la amenaza se cumpliera, Ern deslizóse de nuevo por el claro del seto, herido en su amor propio por haber sido tildado de embustero. Al punto, decidió ir a contar a Fatty lo de la desaparición del príncipe, sin caer en la cuenta de que la noticia figuraba ya en todos los periódicos.

El chico se puso en marcho solo, prescindiendo de Sid y de Perce. Este último estaba de mal humor aquella mañana, y Sid, como de costumbre, tenía la boca llena de «toffee» y, por tanto, no podía trabar ninguna conversación. Por otra parte, lo que necesitaba Ern era un compañero inteligente, y ni Sid ni Perce hubieran satisfecho aquel requisito.

Así, pues, el muchacho decidió pedir prestada una bicicleta a uno de los caravaneros acampados allí cerca, aprovechando que había una apoyada en la caravana. Y, en efecto, fue en busca de su dueño. Éste era un chico un poco mayor que él.

—¿Me prestas la bicicleta? —le gritó Ern.

—Son seis peniques —contestóle el aprovechado propietario.

Tras desprenderse a regañadientes de la citada cantidad, Ern dirigióse al portillo del campo en la bicicleta, bamboleándose sobre los surcos.

Entretanto, el señor Goon regresaba a su casa, hecho un

basilisco, y al doblar una esquina, vislumbró a un rollizo muchacho pedaleando hacia él. Era Ern. Pero como éste no sentía particular ansiedad por tropezar con su tío, apresuróse a dar media vuelta para proseguir la marcha en dirección contraria.

Lo malo fue que al señor Goon le dio por pensar que aquel chico gordo que veía allí a lo lejos era Fatty con uno de sus disfraces de mozo repartidor.

Inmediatamente, el policía lanzóse en su persecución, pedaleando furiosamente. ¿Conque aquel condenado chico volvía a servirse de una de sus tretas, disfrazándose para eludir sus preguntas, eh? ¡Pues allí estaba él para acabar de una vez con tamaña desfachatez! No pararía hasta echarle el guante.

Así, pues, el señor Goon pedaleó a más y mejor, tocando fuertemente el timbre al doblar la esquina. A juzgar por su enfurecido aspecto, cualquiera hubiera dicho que el hombre traía entre manos un Asunto de la Máxima Importancia.

Ern volvióse a mirar al oír el furioso repique del señor Goon procedente de la esquina. El pobre muchacho quedóse horrorizado al ver que su tío le perseguía a toda marcha calle abajo, e instintivamente pedaleó con más ímpetu.

—¡Eh, tú! —vociferó una voz estentórea a sus espaldas.

A Ern se le oprimió el corazón. Su tío parecía muy enojado. Pero ¿por qué? ¿Qué había hecho él? ¿No sería por haber protegido a la princesa con la Sombrilla de Ceremonial?

Ern dobló una esquina a galope tendido. El señor Goon hizo otro tanto. Ambos acalorábanse por momentos y Ern estaba cada vez más asustado. Por su parte, el señor Goon tenía ya la absoluta certeza de que el causante de sus fatigas era Fatty. ¡Ah, cuando le pillara! ¡Le arrancaría la peluca y le demostraría que a él no le tomaba el pelo nadie!

Ern dobló otra esquina y hallóse pedaleando por la cuesta de un sendero que conducía a un pajar. No podía detenerse. Patos y gallinas huían a su paso. Por fin, Ern fue a parar al suelo de un oscuro pajar, jadeante y casi lloroso.

El señor Goon remontó el sendero a toda velocidad. Por fin fue a parar también al oscuro pajar, mas no al suelo, como el muchacho, sino justamente junto a él.

—Ahora, quítate esa peluca —ordenó el policía con voz amenazadora—. Después te diré lo que pienso de los chicos que me gastan estas bromas sabiendo que lo que quiero son pruebas relativas a la princesa Bongawee.

Ern miró a su tío, pasmado de estupefacción. ¿De qué demonios estaba hablando? ¿A qué venía lo de la peluca? Debido a la oscuridad reinante en el pajar, al principio el señor Goon no reconoció o su sobrino. Después, cuando su vista se acostumbró a la penumbra, exclamó con los ojos casi saliéndosele de las órbitas.



—¡ERN! ¿Qué haces aquí?

—Huir de ti, tío —farfulló Ern, alarmado—. Al ver que me perseguías de ese modo, me asusté. ¿No me reconociste?

El señor Goon hizo un esfuerzo para serenarse y, mirando a su sobrino, tendido aún en el suelo, preguntó severamente.

—¿Por qué huiste de mí?

—Ya te lo he dicho. Porque me perseguías.

—Te perseguí porque huías —repuso el policía majestuosamente.

—Y yo hui porque me perseguías —repitió el pobre Ern.

—¿Tratas de hacerte el gracioso? —rugió el señor Goon.

—No, tío —repuso Ern, diciéndose que era preferible ponerse de pie para no estar tan a merced de su pariente.

Éste estaba tan furioso que sería capaz de cualquier cosa. Ern ignoraba a qué obedecía todo aquello. Todo cuanto había hecho era tratar de huir de su tío.

—¿Has visto a tu amigo Fatty hoy? —inquirió el señor Goon, observando a su sobrino en el cometido de levantarse lenta y cautelosamente.

—No, tío —replicó Ern.

—¿Has vuelto a ver a aquella princesa? —prosiguió su tío.

—No, tío —respondió Ern, alarmado—. Supongo que… que no andas tras «ella», ¿verdad?

—¿Sabes dónde vive? —insistió el señor Goon, pensando que quizá podría sacar algo a Ern, a falta de dar con el evasivo Fatty.

—¿Por qué no se lo preguntas a Fatty? —propuso Ern, inocentemente—. Él la conoce mucho. Creo que se ven todos los días. ¡Atiza! ¡A lo mejor la princesa sabe algo de la desaparición de su hermano! ¡No se me había ocurrido semejante cosa!

—Atiende, Ern —dijo el señor Goon solemnemente—. ¿Recuerdas al Inspector Jefe Jenks? Pues bien: esta mañana he estado hablando con él por teléfono sobre esa desaparición y he recibido órdenes de tomar las riendas de este asunto. Por consiguiente, estoy tratando de localizar a la princesa para interpelarla. Lo malo es que no puedo encontrar a ese condenado chico para preguntarle por ella. ¡No aparece por ninguna parte!

Ern levantó su bicicleta del suelo, escuchando atentamente. Sí,

era muy probable que Fatty esquivase a su tío, cosa que, por otra parte, se le antojaba muy sensata. A lo mejor Fatty trabajaba también en aquel caso. ¡Quién sabe! Tal vez había surgido al fin el esperado misterio. ¡Qué dicha si así era! En tal caso, cabía la posibilidad de que Fatty estuviera esquivando al señor Goon para no revelar lo que sabía de la princesa.

De pronto, Ern sonrió, ante el asombro de su tío.

—¿A qué viene esta sonrisa? —preguntó el policía, intrigado.

Ern se abstuvo de contestar. Su sonrisa desvanecióse como por encanto.

—Escúchame bien, Ern —bramó el señor Goon—, ten en cuenta que si te pesco merodeando por Peterswood en compañía de ese demonio de chico, os haré expulsar a los tres del campamento en menos que canta un gallo, ¿me oyes? No sabes nada de ese caso, ni lo sabrás. Te conozco perfectamente y me consta que eres un cuentista y un charlatán. Pero esta vez sólo podrás contarle a ese chico que estoy al frente de este caso, y que si no me dice todo cuanto sepa de aquella princesa antes de la hora de cenar, a fin de que yo pueda informar al Inspector Jefe, lo va a pasar Muy Mal, pero Muy Requetemal.

Tras este largo discurso, señor Goon quedóse casi sin aliento. Ern salió del pajar. Las gallinas que curioseaban junto a la puerta se desperdigaron al punto, cloqueando. Ern saltó a su bicicleta y alejóse a toda prisa.

—¡Ve a decir a ese chico que quiero hablar con él! —gritó el señor Goon con voz sibilante como una bala—. ¡No pienso volver a andar de la Ceca a La Meca para localizarle!

Ern pedaleó a casa de Fatty con la máxima celeridad, aliviado de haber podido escapar de su tío sin recibir ningún coscorrón ni soplamocos. ¡Ojalá encontrase a Fatty en casa! La suerte le acompañó. Fatty estaba en su cobertizo con los demás, acechando cualquier posible visita de Goon.

Ern les refirió su aventura, pero tuvo una desilusión al ver que sus amigos sabían ya lo de la desaparición del príncipe por los periódicos.

—¿Y la princesa, Fatty? —sugirió Ern—. ¿No sabe nada de su hermano?

—Escucha, Ern —suspiró Fatty, diciéndose que ya era hora de confesar su broma—. En realidad no existe tal princesa. Era simplemente la pequeña Bets vestida con un vestido oriental que traje de Marruecos. Y su prima era Daisy, y los demás Larry y Pip.

—Kim-Larriana-Tik, para servirte —profirió Larry con una reverencia.

—Kim-Pippy-Tik —declaró Pip con otra reverencia.

Ern se los quedó mirando de hito en hito, francamente aturdido. Luego, frotándose los ojos con la mano, clavó de nuevo la vista en los muchachos y acertó a balbucir:

—¡Atiza! ¡No! ¡No puedo creerlo! ¿Es posible que fueses tú disfrazada, Bets? ¡Pero si parecía una verdadera princesa! ¡Cáscaras! ¡Ahora comprendo por qué mi tío quiere verte, Fatty, para preguntarte por la princesa! ¡Y, naturalmente, tú no quieres «verle»! ¡Le engañamos como a un chino! ¡Vosotros y yo, con la Sombrilla de Ceremonial!

—Estuviste estupendo, Ern —ensalzó Bets riéndose—. ¡Y nosotros hablamos en un idioma extranjero a maravilla! ¡Onnamatta-ticly-pop!

—No sé cómo te las arreglas para hablar así —murmuró Ern con admiración—. Pero ¿qué opinará el inspector de todo esto? Mi tío se lo ha contado todo esta mañana y ha recibido órdenes de ocuparse del caso. Me ha encargado que te diga que no te metas en nada. Pretende que le indiques dónde vive la princesa para poder interpelarla.

—¡Ya me figuraba que sucedería esto! —lamentóse Fatty—. ¿Quién me mandaba meterme en este lío? Tu inesperada visita fue la causa de todo, Ern. En fin, supongo que lo mejor que puedo hacer es telefonear al Inspector Jefe y contárselo todo. ¡Ojalá le dé por tomárselo a risa!

—Procura hacerlo ahora mismo —instó Pip, visiblemente nervioso—. Debemos evitar que el viejo Goon vuelva a quejarse de nosotros. Si consigues que el inspector se ponga de tu parte, no tendremos por qué preocuparnos.

—De acuerdo —convino Fatty, levantándose—. Iré a telefonear ahora mismo. ¡Hasta luego! Si no vuelvo dentro de cinco minutos, es que el inspector me ha tragado vivo.

El muchacho encaminóse hacia la casa por el sendero del jardín. Los otros cambiaron graves miradas entre sí. ¿Qué diría el inspector cuando se enterase de que no existía la princesa?

Y lo que era aún peor, ¿qué diría «Goon»? A buen seguro, se lo había contado ya al inspector. ¡Qué poca gracia le haría descubrir que todo había sido una broma!

Capítulo VIII

Dos conversaciones desagradables

El Inspector Jefe se tomó lo cosa muy a mal. Al principio no acertaba a comprender del todo lo que le decía Fatty. Luego gruñó con voz tajante:

—Primero telefonea Goon contándome una peregrina historia acerca de una princesa que afirma ser la hermana del príncipe Bongawah, y ahora me sales tú diciendo que no existe tal persona y que la princesa en cuestión no era otra que la pequeña Bets disfrazada. Esto no está bien, Federico. Una broma es una broma, pero opino que esta vez has ido demasiado lejos. Has hecho perder el tiempo a Goon en una porción de tonterías en un momento en que se imponía una investigación seria.

—Tiene usted razón, señor —reconoció el pobre Fatty—. Pero, de hecho, todo ha sido una casualidad. Cuando nos disfrazamos y Bets se hizo pasar por la princesa Bongawee, no teníamos idea de que el príncipe Bongawah iba a desaparecer. Fue una desdichada coincidencia. ¿Quién iba a sospechar que ocurriría eso?

—Al parecer, tienes especialidad en meterte en esta clase de atolladeros, Federico, ya sea accidentalmente o de otro modo. ¡Apuesto a que esta vez conseguirás que Goon rechine los dientes de cólera! A propósito, ¿cómo diablos se mezcló con este estúpido asunto de la princesa su sobrino, ese chico llamado Ern?

—Ern se presentó inesperadamente mientras nos disfrazábamos —explicó Fatty—. Como usted sabe, está acampado con sus hermanos mellizos en el campamento inmediato al campo donde se hallaba el pequeño príncipe. Lástima que sea tan zoquete, de lo contrario habría notado algo referente a la desaparición.

Sobrevino un silencio.

—Sí —murmuró al fin el Inspector Jenks—. Pensaba encargar a Goon que los interpelase, pero no creo que logre sacar gran cosa a Ern. Lo mejor será que tu intentes averiguar algo, Federico, aunque no mereces intervenir en este asunto por tu estúpido comportamiento.

—Tiene usted razón, señor —convino Fatty, humildemente, esbozando una amplia sonrisa ante la idea de «intervenir» en el asunto.

Eso significaba que podría volver a hacer de detective. ¡Magnífico! ¡Por fin surgía algo emocionante en aquellas vacaciones!

—Bien —concluyó el inspector Jenks—. Haz las paces con Goon, si puedes, y luego dile que me telefonee. «No» le gustará tu proceder, Federico. Yo tampoco lo apruebo. Debes procurar borrar lo antes posible esta mancha que pesa sobre ti.

Y sin despedirse, el Inspector Jefe colgó el receptor. Fatty hizo lo mismo y permaneció unos instantes junto a la pared, reflexionando profundamente. Sentíase emocionado, pero, al propio tiempo, algo molesto. Por pura casualidad veíase envuelto en el caso del príncipe Bongawah. ¡Todo porque Bets se había disfrazado de princesa y Ern la había visto! ¿Pero quién iba a sospechar que el príncipe desaparecería y que al viejo Goon le faltaría tiempo para divulgar la noticia de su hermana imaginaria? ¡Era muy propio de Goon! ¡Siempre metiendo la pata!

¡Qué desagradable sería confesar a Goon que la princesa Bongawee era un ser imaginario y que la pequeña Bets había conseguido engañarle con su disfraz!

«Gasto demasiadas bromas —se dijo Fatty—. Pero la verdad es que la vida sería muy aburrida para mí y para los demás, si prescindiéramos de todas las bromas y travesuras que la animan. Lo que ocurre es que quizá las hacemos demasiado bien. ¡Demontre! ¡Ahí viene Goon! ¡Manos a la obra!».

Fatty fue a abrir la puerta anterior antes de que el policía pudiera llamar con la aldaba, pues no tenía el menor interés en que su madre oyese lo que tenía que contar a Goon.

Goon quedóse mirando al chico como si no diera crédito a sus

ojos. Por último, exclamó:

—¡Vaya! ¡Resulta que me paso el día intentando localizarte y ahora vienes a abrirme la puerta antes de darme tiempo a llamar! ¿Dónde te habías metido?

—Eso no tiene importancia —repuso Fatty—. Pase usted a esta sala, señor Goon. Tengo algo que contarle.

El corpulento policía tomó asiento en una silla del pequeño despacho de la planta baja, sin poder ocultar su sorpresa.

—Tengo mucho que «preguntarte» —empezó el hombre—. He estado buscándote todo el día para obtener cierta información.

—Sí —masculló Fatty—. Tendrá usted toda la que quiera. Pero me temo que se va a llevar usted un sobresalto, señor Goon. Ha habido un infortunado error.

—¡Bah! —espetó el policía, enojado por el tono adoptado por Fatty—. No me interesan los errores, cualesquiera que éstos sean. Simplemente quiero preguntarte por la princesa Bonga… Bonga…

—Bongawee —aclaró Fatty, cortésmente—. Precisamente de ella quería hablarle. Sepa usted que no existe la tal princesa.

Goon no dio el menor crédito a estas palabras. Primero miró a Fatty, desconcertado. Después, señalándole con un enorme dedazo, profirió:

—Atiende, chico. Es inútil que pretendas que esa princesa no existe, porque la vi con mis propios ojos. Su declaración es importantísima para la resolución de este caso, ¿oyes? De modo que aunque ahora finjas no conocerla, ni saber dónde se encuentra, no pienso dejarme engañar. Estoy al frente de este caso y exigiré respuestas a mis preguntas. ¿Dónde está esa princesa?

—Bien… —titubeó Fatty—. Ya le he dicho que la princesa no existe. En realidad, era Bets disfrazada.

Goon se puso colorado como un tomate y, frunciendo los labios, miró al muchacho con ojos más saltones y centelleantes que nunca. ¿Qué se proponía aquel chico? ¿Cómo iba a creer él que la princesa era Bets disfrazada? ¡Qué tontería! ¿Acaso no la había oído hablar en un idioma extranjero con sus propios oídos?

—Estás inventando un cuento por algún motivo, Federico —espetó el hombre—. No sólo vi a la princesa, sino que la oí. Y hablando en otra lengua. Nadie puede hacer tal cosa si no sabe un

idioma.

—¡Ya lo creo que sí! —replicó Fatty—. Yo mismo puedo hablar en un idioma extranjero durante media hora si usted quiere. ¡Escuche!

Y el muchacho soltó una serie de palabras ininteligibles que dejaron al señor Goon sumido en un mar de confusiones. El hombre parpadeó. ¿Cómo se las arreglaba aquel chico para hacer aquellas cosas?

—¿Ve usted? —dijo Fatty al fin—. ¡Es muy fácil! Pruebe usted a hacerlo, señor Goon. Basta con que deje usted la lengua suelta e intente hablar de prisa. Ese lenguaje no «significa» nada. Es una perfecta tontería. Ande, pruebe usted.

El señor Goon no aceptó la invitación. ¿Dejar él la lengua suelta? ¡Ni hablar, al menos delante de Fatty! Tal vez lo intentaría cuando estuviese solo. De hecho, parecía una buena idea. Él también podría «hablar en una lengua extranjera» cuando le apeteciese.

Total que el señor Goon prometióse intentarlo cuando estuviese solo en su casa.

—¿Ve usted? —dijo Fatty al estupefacto policía—. Todo es cuestión de dejar la lengua suelta, señor Goon. Pruébelo usted y verá. Tal es lo que hicieron Bets y los demás.

—¿Insinúas que aquel cortejo en que iba Ern estaba formada por Bets y tus amigos, disfrazados? —balbuceó el pobre señor Goon, recobrando el habla al fin—. ¿Y la Sombrilla de Ceremonial?

Fatty no pudo menos de ruborizarse.

—Pues… era simplemente un parasol de mi madre —declaró—. Ya le he dicho que fue todo una broma, señor Goon. Ern se presentó de improviso mientras mis amigos se disfrazaron, y ya sabe usted cómo es… se tragó todo el cuento de la princesa y de su azafata y compañía. Salimos a comprar unos helados… y entonces lo encontramos «a usted».

De pronto, el señor Goon lo comprendió todo, desconcertado de horror. ¡Pensar que se lo había contado al Inspector Jefe de pe a pa! ¿Cómo saldría de «aquel lío»? Olvidando la presencia de Fatty, el infeliz sepultó la cara entre las manos con un gemido.

Fatty estaba pasando un mal rato. No simpatizaba en absoluto

con el señor Goon, pero sentía haberle metido involuntariamente en aquel humillante aprieto.

—Oiga usted, señor Goon —aventuró el muchacho—. Reconozco que fue una desagradable casualidad que el príncipe Bongawah desapareciese justamente después de nuestra broma de hacer pasar a Bets por su hermana. Se lo he contado al Inspector Jenks. Está tan enfadado conmigo como usted, pero comprende que fue una simple coincidencia… una desdichada casualidad. Todos lo sentimos mucho.

—¡Esa sombrilla! —gimió de nuevo el señor Goon—. ¡Dije al inspector que era una Sombrilla de Ceremonial! ¡Pensará que estoy loco! ¡Todos me tendrán por chiflado! Aquí estoy, bregando por conseguir un ascenso, e invariablemente te presentas tú a desbaratarme los planes. ¡Eres un diablo entrometido!

—«Le aseguro» que lo siento, señor Goon —aseveró Fatty—. ¿Por qué no trabajamos juntos esta vez? Procuraré compensar con creces este estúpido principio. Desentrañaremos este misterio juntos. ¡Vamos, sea usted bueno!

—¡No trabajaría contigo aunque me lo mandase el inspector en persona! —espetó el señor Goon, levantándose pesadamente—. ¡No quiero tratos con entrometidos! Por otra parte, ¿a qué equivaldría trabajar contigo? ¡«Yo te lo diré»! ¡A encontrar pistas falsas en mis propias barbas! ¡A merodear por las noches en busca de personas invisibles! ¡A detener a un inocente mientras tú te reservas al culpable! ¡Para ese viaje no se necesitan alforjas!

—De acuerdo —gruñó Fatty, empezando a enojarse por oírse llamar entrometido tantas veces—. En este caso, no trabaje usted conmigo. De todos modos, si puedo facilitarle alguna información, lo haré, para compensarle a usted de algún modo el desbaratamiento de sus planes.

—¡Bah! —exclamó Goon, dirigiéndose a la puerta con paso majestuoso—. ¿Crees que escucharé esas informaciones tuyas? ¡Ni lo sueñes, Federico Trotteville! ¡Y mantente al margen de este asunto! ¡Me ha sido encomendada la aclaración de este misterio y, como me llamo Teófilo Goon, que lo desentrañaré!

Capítulo IX

Un poco de poesía

El señor Goon fue a su casa a telefonear al Inspector Jefe. Sentíase extremadamente triste y abatido. ¿Por qué creía siempre todo lo que decía o hacía Fatty? ¿Por qué no había reparado en que la Sombrilla de Ceremonial era un vulgar parasol? ¿Qué tenía aquel demonio de chico que siempre le fastidiaba?

«Jamás volveré a creer una palabra de lo que me diga —prometióse el señor Goon tomando el receptor telefónico—. ¡Nunca más! ¡Es más engañoso que una serpiente! ¡Un verdadero demonio! ¡Mira que proponerme trabajar con él! ¡Qué desfachatez! ¡Qué…!».

—¿Qué número, por favor? —preguntó la voz de la telefonista por tercera vez.

El señor Goon salió de su ensimismamiento y dio el número del Inspector Jefe. Luego siguió pensando.

«¿Qué debía de querer decir ese chico con lo de dejar la lengua suelta? A ver, voy a probar… Abbledy, abbledy, abbledy…».

—¿Qué dice usted? —preguntó una sorprendida voz al otro extremo del hilo.

—¡Ah! —farfulló el señor Goon dando un respingo—. ¿Puedo… puedo hablar con el Inspector Jefe Jenks?

La conversación entre el inspector y el señor Goon fue breve y mucho más satisfactoria de lo que esperaba el policía. Aparentemente, el inspector Jenks «estaba» enojado con Fatty, y aunque se mostró un poco sarcástico con la gente, que creía en falsas princesas y particularmente en Sombrillas de Ceremonial, dijo mucho menos de lo que se temía el señor Goon.

—Bien, Goon —concluyó el inspector—. Ahora, por lo que más

quiera, empiece usted con buen pie y haga algo sensato. Puesto que la cosa ha sucedido dentro de los límites de su jurisdicción, vaya a interpelar a los muchachos del campamento, aguce el ingenio y COMUNÍQUEME LOS RESULTADOS.

—Sí, señor —asintió Goon—. En cuanto a ese chico, Federico Trotteville, supongo que no…

Pero el Inspector Jefe había colgado y Goon contempló el silencioso receptor con expresión enfurruñada. Habíase propuesto hacer unos tajantes comentarios sobre el incalificable engaño de Fatty, pero, desgraciadamente, era demasiado tarde para llevar a cabo su propósito.

Fatty informó a sus compañeros del resultado de su llamada telefónica al Inspector Jefe y de su entrevista con Goon. Bets sintió compasión por el policía. Al igual que los demás, no simpatizaba ni pizca con él, pero reconocía que aquella vez el hombre lo estaba pasando muy mal por culpa de ella. ¿Quién la mandaba fingirse la princesa Bongawee?

—Esta vez debemos tratar de ayudarle como sea —propuso la niña—, informándole de todo cuanto averigüemos.

—Probablemente no querrá creernos —previó Fatty—. En todo caso, podríamos decírselo por medio de Ern. Es posible que haga caso a su sobrino.

Ern seguía allí y, al oír esto, protestó con expresión alarmada:

—¡Eh! ¡No contéis conmigo para irle con ningún cuento! No quiero nada con él. Ni él me tiene simpatía, ni yo se la tengo a él.

—¡Pero sería sólo par ayudarle, Ern! —aseguró Bets gravemente —. Siento muchísimo todo lo ocurrido, pero sobre todo el haberle llamado «cara de rana» en inglés chapurreado.

—¡Cáscaras! —rióse Fatty—. ¡Ya no me acordaba de ese detalle! ¡Me sorprende que fueras capaz de soltarle semejante piropo, Bets!

—Estuve muy grosera —lamentóse la niña—. Ni yo misma me explico cómo se me ocurrió. Oye, Ern, ¿verdad que te prestarás a darle a tu tío todos los recados que queramos?

Ern era incapaz de contrariar a Bets. En realidad, sentía profunda admiración por ella. Total que, atusándose el despeinado cabello y mirando a la niña con aire vencido, accedió:

—De acuerdo, haré lo que digáis. Pero recordad que lo más

probable es que mi tío no me haga caso. Tampoco pienso acercarme mucho a él. Se lo diré desde el otro lado de una valla o a prudente distancia. Vosotros no sabéis el genio que tiene mi tío.

—¡Sí lo sabemos! —afirmó Fatty, recordando varios terribles accesos de ira del señor Goon en el pasado—. «En realidad», no queremos ayudarle, Ern, pero lo hacemos para reparar en lo posible el mal rato que le hemos hecho pasar. Puesto que no puede haber amistad, le brindaremos cordialidad.

—¡Cáspita! —exclamó Ern—. ¡Hasta hablas en verso!

—No, la frase ha rimado por casualidad —repuso Fatty—. A propósito, antes solías escribir muchas poesías, Ern. ¿Sigues haciéndolo ahora?

—No tanto —replicó Ern con aire apesadumbrado—. Por lo visto he perdido la inspiración. Intento empezar poesías, pero me atasco en seguida, y no paso del primero o segundo verso. Pero aquí tengo una que tiene casi tres.

—¡Oh, Ern! ¡Léenosla! —suplicó Bets, alborozada.

Ern escribía siempre poesías muy tristes y lúgubres, y parecía tomárselas muy en serio.

El muchacho anduvo rebuscándose el bolsillo y, al fin, sacó una mugrienta libretita de la que pendía un lápiz prendido a una cuerdecita. Luego, mojándose el pulgar, procedió a pasar páginas.

—Aquí está —dijo al fin.

Y aclarándose la garganta al tiempo que adoptaba una afectada actitud, empezó a recitar su poesía con un leve tartamudeó:

Un pobre y anciano jardinero exclamó:
«¡Ay de mí! Mis días están contados,
tengo reuma en…»

Ern se calló de pronto, mirando a los demás con desesperación.

—Me he atascado ahí —murmuró—. Siempre me sucede lo mismo. Me atasco a la mitad de una buena poesía. Pasé dos horas y veinte minutos para componer esos tres versos. Me tomé la molestia de contar el tiempo, ahora no sé terminarla.

—Sí, creo que sería una excelente poesía —declaró Fatty solemnemente—. Diría así. —Y adoptando también una estudiada

actitud, con las piernas separadas, las manos a espalda y la cara levantada hacia lo alto, Fatty recitó fluidamente, sin detenerse ni una sola vez:

Un pobre y anciano jardinero dijo:
«¡Ay de mí! Mis días están contados,
tengo reuma en la rodilla
y ahora no puedo correr.
Tengo una grano en el pie,
y sabañones en la nariz,
y mucho me temo haber contraído
pulmonía en los dedos de los pies.
Se me ha caído todo el pelo
y me he tragado los dientes,
y me estoy poniendo muy fornido
a pesar de ser muy flaco.
Mi nariz es sorda, mis orejas mudas,
y tengo otros nudos en la lengua.
Para colmo se me han desencolado
la carretilla y el azadón,
y tengo la regadera…»

Larry prorrumpió en sonoras carcajadas y Pip golpeó la espalda de Fatty, vociferando jocosamente, en tanto Bets y Daisy echábanse sobre la alfombra, descoyuntadas de risa.

—¡Por favor, Fatty! —exclamó Bets—. ¡No sigas! ¿Cómo te las has arreglado para inventar esa poesía?

Fatty se interrumpió sin aliento.

—¿Ya tenéis bastante? —preguntó—. Ahora llegaba al momento en que la regadera sentíase aguada y el azadón punzante…

—¡«No sigas», Fatty! —suplicó Bets por segunda vez, muerta de risa—. ¡Madre mía, qué gracia! ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

El único que permanecía silencioso era Ern, sentado en el borde de una silla, mudo de asombro y de sorpresa. Con la mirada fija en Fatty, el chico tragó saliva con dificultad, sin acertar a comprender. ¿Cómo era posible que Fatty pudiera improvisar una poesía de aquel modo?

—¿Has enmudecido de repente? —inquirió Fatty, regocijado—. ¿Te gusta la continuación de tu poesía, Ern? Es una lástima que no la terminases porque, en este caso, podrías habérnosla leído tú en lugar de recitártela yo.

Al oír esto, Ern mostróse aún más desconcertado.

—¿Quieres decir con eso que si hubiese terminado esa poesía habría sido como has dicho? —balbuceó el chico, parpadeando de asombro.

—¡Naturalmente! —asintió Fatty campechanamente—. ¿No hemos quedado en que la poesía es obra tuya? Yo me he limitado a continuarla. Opino que trabajas demasiado en tus poesías, Ern. Todo es cuestión de lanzarse sin miedo. Así:

La princesita Bongawee
era muy dulce y menuda,
una princesa desde su linda cabeza
hasta sus diminutos pies.
Tenía un servidor llamado Ern,
un mozo joven y robusto,
cuya máxima ilusión era protegerla
con una deslumbrante

—¡SOMBRILLA DE CEREMONIAL! —chillaron todos a una, excepto Ern.

Sucediéronse más voces y risas. Pero Ern no participó en el jolgorio. ¿Cómo era posible que Fatty fuese tan listo? El pobre muchacho no acertaba a comprenderlo.

—¡Despierta, Ern! —profirió Fatty dándole una palmada en la espalda—. Pareces un bobo ahí sentado con esa cara tan seria. ¿Qué te pasa?

—Nada, eres un genio, Fatty —murmuró Ern—. Los otros no se dan cuenta porque no saben lo difícil que es escribir poesías. Pero yo sí lo sé. ¡Pensar que te has puesto ahí de pie y… y…!

—… y la he recitado —concluyó Fatty—. Eso es muy fácil, Ern. No soy ningún genio. Cualquiera puede hacer lo mismo pensando un poco.

—Ésa es la cuestión —repuso Ern—, que tú ni siquiera lo has

pensado. Has hecho como aquél que abre una espita y te ha salido la cosa como un chorro de agua. ¡Cáspita, que talento! ¡Si yo pudiese componer versos así, me consideraría más listo que el Rey de Inglaterra!

—Pues te equivocarías —objetó Larry—. Vamos, anímate, Ern. Uno de estos días te brotarán los versos con tal fluidez que te lamentarás de no poder escribirlos más de prisa.

—Me llevaría una sorpresa si así fuera —suspiró Ern, metiéndose de nuevo la mugrienta libretita en el bolsillo—. Estoy orgulloso de conocerte, Fatty. Si los otros no saben reconocer a un genio cuando lo ven, yo tengo ojos en la cara. No brillo por mi inteligencia, pero en seguida conozco a las personas con talento. Y yo te aseguro, Fatty, que eres un genio.

Este pequeño discurso de Ern tenía mucha miga. Sus compañeros le miraron, sorprendidos. ¿Tendría más fondo Ern de lo que suponían?

—Tienes razón, Ern —convino Bets, tomando del brazo a Fatty —. «Yo» también creo que Fatty es un genio. Pero no sólo en poesía, sino en todo.

Fatty mostróse complacido, pero, al propio tiempo, profundamente turbado. Oprimiendo la mano de Bets, tosió modestamente y luego volvió a toser, tratando de pensar que decir. Pero Larry se le adelantó, regocijado ante la inusitada modestia de Fatty, y, adoptando un tono lúgubre y solemne, recitó:

Hubo una vez un humilde chaval
que murió de tos en un arrabal.

Excuso decir que la reunión se dispersó entre carcajadas, alaridos y palmadas. Ern no cabía en sí de gozo. ¡Qué colección de amigos más ESTUPENDOS tenía!

Capítulo X

En el campamento

Aquella tarde Fatty empezó a «investigar» en serio. Había leído atentamente los periódicos, pero no sacó gran cosa de ellos. Al parecer, el pequeño príncipe había tomado parte en un concierto vocal improvisado en el campamento la noche de su desaparición, y después bebió una taza de cacao y retiróse a su tienda con los otros tres muchachos con quienes la compartía.

Aquellos tres muchachos no habían podido aportar ningún dato de interés. Estaban tan fatigados que se quedaron dormidos como troncos en cuanto se acostaron en sus sacos de campaña. Al despertarse, era ya de día, y el saco de campaña del príncipe hallábase vacío.

Tal fue su escueta declaración.

«Poca cosa es —pensó Fatty—. Supongo que se trata de un secuestro. Tendré que interpelar a Ern, Sid y Perce, aunque no creo que ninguno de ellos me saque de dudas, y luego me daré una vuelta por el campamento por si oigo algo interesante».

Aquella tarde dirigióse a casa de Pip en su bicicleta. Allí encontró a Larry y Daisy.

—¿Alguno de vosotros tiene algún pariente en el campamento? —inquirió Fatty—. ¡Yo no tengo tanta parentela! Tú, Larry, ¿no sabes de ningún primo tuyo que veranee en el campamento?

—No —replicó Larry—. ¿Y tú, Pip?

—¿Qué colegios lo componen? —preguntó Pip—. ¿Dónde está el periódico? He visto una lista de ellos en el de hoy.

Todos examinaron la lista detenidamente.

—¡Ah! —exclamó de pronto Pip—. Hay chicos de Lillington-

Peterhouse. Sé que un primo mío va allí. A lo mejor está en el campamento.

—¿Cómo se llama? —interrogó Fatty.

—Ronald Hilton —respondió Pip—. Es mayor que yo.

—Podríamos ir en busca del grupo de Lillington-Peterhouse y preguntar por Ronald —propuso Fatty—. Si está allí, podrías celebrar una entrevista con él y el resto de nosotros nos iríamos a dar una vuelta por si cae algo.

—No quiero hablar con Ronald —gruñó Pip—. Me tomaría por un desvergonzado. Ya te he dicho que es mayor que yo.

—¿No te das cuenta que esto podría derivar en un misterio? —repuso Fatty, severamente—. Ya sé que no tiene trazas de serlo, y, además, hemos empezado con mal pie. Pero es un «posible» misterio, y tu obligación es hacer lo que puedas para aclararlo, Pip.

—Está bien —murmuró Pip sumisamente—. En este caso, haré lo que me mandas. Pero si recibo algún cachete, acudid a rescatarme. Espero que, si de veras se trata de un misterio, la cosa se animará un poco. El «posible» secuestro de un pequeño príncipe extranjero no me interesa particularmente.

—Ni a mí tampoco —confesó Daisy—. Pero ¡quién sabe! Apuesto a que Ern, Sid y Perce no nos sacarán de dudas, Fatty. ¡Siempre están en Babia!

—¿Os habéis traído las bicicletas, Larry y Daisy? —inquirió Fatty—. Entonces, vámonos. No cruzaremos el río en barca. Iremos por el puente y subiremos al campamento. En bicicleta resulta cerca.

Los muchachos se pusieron en marcha, con «Buster» instalado en la cesta de Fatty, como de costumbre. El perrito permanecía allí, muy erguido y arrogante, mirando despectivamente a los demás perros que encontraban.

—Si sigues engordando, no podré llevarte en mi cesta, «Buster» —jadeó Fatty, mientras remontaba una ladera.

—¡Guau! —convino «Buster» cortésmente volviéndose con intención de lamer la nariz a su amo.

Pero Fatty esquivó la caricia.

Por fin, llegaron al campamento. Éste hallábase en un campo muy grande que, en uno de sus márgenes, formaba un declive hacia

el río. Desparramados por doquier veíanse grupos de árboles. Abundaban las tiendas de campaña y, cerca de algunas de ellas, elevábanse pequeñas columnas de humo de las hogueras improvisadas para los guisos. Varios muchachos corrían de acá para allá, entre voces y risas.

Los Pesquisidores dejaron sus bicicletas apoyadas en un seto.

—¡Oye! —dijo Fatty a un chico que andaba por allí cerca—. ¿Dónde está el grupo de Lillington-Peterhouse?

—En las últimas tiendas de allí abajo —respondió el muchacho, indicando el río con un ademán.

Los cinco amigos encamináronse lentamente por el declive en aquella dirección. Pip parecía nervioso. En realidad, no le hacía, ninguna gracia abordar a un primo dos años mayor que él y mucho más corpulento. Secretamente, el muchacho tenía la esperanza de no encontrarle allí.

Pero, a los pocos instantes, recibió una palmada en la espalda, y un chico de cara risueña, que le pasaba ocho centímetros, le gritó:

—¡Philip! ¿Qué «haces» aquí? ¿Vienes en mi busca?

—¡Hola, Ronald! —exclamó Pip, volviéndose, sonriente—. Sí, he venido a verte. Reconozco que he sido muy atrevido. Espero que no te lo tomes a mal.

Resulta curioso oír llamar a Pip por su verdadero nombre de pila, Philip. Pip presentó a su primo a los demás. Ronald miró a Fatty con interés.

—¡«Oye»! ¿Eres tú, por casualidad, el chaval a quien Philip está siempre alabando, el que trabaja con la policía?

—Sí —murmuró Fatty, con aire modesto—. A veces, ayudo a la policía.

—¿Trabajas en algún caso ahora? —inquirió Ronald, ávidamente —. ¡Ven! ¡Cuéntanos de qué se trata!

—No, no, no puedo —replicó Fatty—. Sólo hemos venido aquí para verte… y, de paso, a satisfacer un poco nuestra curiosidad acerca de la desaparición del joven príncipe.

—¡Ah, ese chaval! —masculló Ronald, conduciéndoles al interior de una espaciosa tienda—. ¡No os preocupéis por él! ¡Buen desahogo! ¡Era el peor salvaje imaginable!

Dentro de la tienda había una larga mesa de madera llena de

platos con sándwiches de jamón y de carne en conserva, bollos, pedazos de torta con pasas de Corinto y varias jarras de gaseosa dispuestas a intervalos todo a lo largo de la mesa.

—¡Os cuidáis muy bien! —comentó Larry.

—Tomad lo que os apetezca —invitó Ronald—. Esta semana estoy al frente de la cocina y del abastecimiento. Es un poco temprano para merendar, pero como todo está preparado, podemos aprovechar la ocasión antes de que se presenten las «hambrientas hordas».

Todos se proveyeron de platos y los llenaron de comida. Hacía escasamente una hora que habían terminado de comer, pero eso no importaba. Podían comer con apetito a cualquier hora del día o de la noche, incluso «Buster», que, al presente, husmeaba afanosamente por debajo de la mesa.

Una vez provistos todos de sus correspondientes platos de comida, Ronald los sacó de la tienda para llevados junto al río.

—Vamos, sentémonos aquí a comer en paz —propuso—. Te aseguro, Trotteville, que estoy encantado de conocerte. Philip me ha contado infinidad de cosas sobre ti en varias ocasiones, y yo las he referido, a mi vez, a mis compañeros.



Fatty le contó otras aventuras, gozando de lo lindo. Pero Pip se aburría soberanamente. Su primo estaba tan prendado de Fatty, que ya no le prestaba la menor atención. En vista de ello, Pip, apuró su taza de té y, levantándose, hizo una seña a Larry.

—Vamos a dar una vuelta —cuchicheó—. A lo mejor, pescamos algo.

Ambos vagaron por el campo. Nadie les prestó mucha atención.

—¿Dónde está la tienda en que dormía el príncipe Bongawah? —preguntó Larry a un muchacho que pasaba cerca de ellos.

—Allí, si es que tanto os interesa saberlo —contestó el chico, insolentemente.

Y sin más explicaciones, el interpelado echó a correr.

Pip y Larry dirigiéronse a la tienda por él indicada. En el exterior había sentados tres muchachos, comiendo sándwiches. Todos eran más o menos de la edad de Pip.

—Magnífica tienda, la vuestra —dijo Larry a los chicos.

—Proporcionada por su Alteza Real, el príncipe Bongawah-wah —profirió uno de los muchachos.

Era, en efecto, una hermosa tienda, mucho más bonita que las de las inmediaciones.

—¿Por qué le llamas así? —preguntó Pip, riéndose—. ¿No te era simpático?

—No —respondieron los tres chicos, todos a una.

Uno de ellos, pelirrojo por más señas, agitó su sándwich a Larry, diciendo:

—Era un chaval insoportable y presumido. Y, además, un verdadero zote. Chillaba por nada, como un chiquillo de siete años.

—Por eso le llamábamos Wah-wah —aclaró otro de los chicos—. Siempre estaba lamentándose.

—¿Hablaba inglés?

—Todo el mundo pensaba que no sabía una palabra —explicó el pelirrojo—, porque, por lo regular, no decía más que disparates. Pero, en realidad, podía hablarlo correctamente cuando quería. ¡Aunque sabe Dios dónde lo aprendió! Parecía tener acento londinense.

—¿A qué colegio iba? —inquirió Larry.

—A ninguno —contestó el pelirrojo—. Tenía un preceptor. Pero, a pesar de ser un príncipe, se portaba como un perfecto golfillo. Llevaba trajes de lo mejor de lo mejor, y no hablemos de los pijamas; pero no se lavaba nunca. Y si alguno le amenazaba con echarle de cabeza al río, ponía pies en polvorosa dando berridos.

—Muchos extranjeros son así —comentó el tercer muchacho, masticando su sándwich—. Tenemos dos en nuestro colegio uno de ellos nunca se lava los dientes y el otro chilla como un condenado si alguien le da una patada jugando al fútbol.

—¿Creéis que el príncipe fue secuestrado? —interrogó Pip, algo

emocionado por toda aquella información de primera mano.

—No lo sé, ni me importa —gruñó el pelirrojo—. Si lo «han» secuestrado, confío en que no lo suelten. Echad una ojeada a su saco de campaña. ¿Habéis visto alguno igual?

Larry y Pip atisbaron el interior de aquella maravillosa tienda. El pelirrojo señaló un saco de campaña instalado en un rincón. Era, en verdad, muy suntuoso, acolchado y bellamente bordado.

—Probadlo —propuso el pelirrojo—. Yo lo probé una vez. Cuando se mete uno dentro, tiene la sensación de flotar en una alfombra mágica. Es blando como un colchón de plumas.

Pip deslizóse dentro. Era, en efecto, un saco extraordinariamente lujoso, de ésos que invitan al sueño sin tenerlo. El muchacho se escurrió un poco más adentro y, al hacerlo, notó el roce de un objeto duro en la pierna. Al punto, lo palpó con la mano.

¡Era un botón! Un bonito botón azul con reborde dorado. Pip se incorporó para contemplarlo.

—Es un botón de su pijama —declaró el pelirrojo, echándole una ojeada—. ¡Había que ver ese pijama! Azul y oro con esos botones a juego.

—¿Crees que podría quedármelo de recuerdo? —preguntó Pip, diciéndole que, a lo mejor, resultaba una buena pista.

—¡Sopla! —exclamó el muchacho—. ¿Y para qué quieres un recuerdo? ¡Eres bobo o poco te falta! Guárdalo si quieres. No creo que Wah-wah lo reclame. Estoy seguro de que cuando pierde un botón le regalan otro pijama.

—¿Se dejó el pijama aquí? —inquirió Larry, diciéndose que no estaría de más echarle un vistazo.

—No, se marchó con él puesto —respondió el pelirrojo—. Eso es lo que induce a suponer que fue un secuestro. Si se hubiera escapado, se habría vestido.

Larry y Pip salieron al aire libre. De pronto, una sonora voz les saludó con estas palabras:

—¡Larry! ¡Pip! ¿Qué estáis haciendo ahí? Al punto, vieron la regordeta cara de Ern sonriéndoles desde el otro lado del seto inmediato. —¡Venid! ¡«Nuestra» tienda está aquí!

Capítulo XI

Unas pocas investigaciones

—¡Hola, Ern! —exclamó Larry, sorprendido.

De hecho, había olvidado que Ern estaba acampado a dos pasos del gran campamento. Sid y Perce asomáronse también a mirarles. Perce, sonriente, Sid muy serio, como de costumbre.

Larry y Pip despidiéronse del pelirrojo y sus amigos, y luego se deslizaron a través del seto para reunirse con Ern. Pip llevaba el botón del pijama en el bolsillo por si acaso les resultaba útil.

Ern mostróles su tienda muy ufano. Era muy pequeña y modesta comparada con la espléndida tienda que acababan de visitar; pero Ern, y Sid y Perce estaban orgullosísimos de ella. Era la primera vez que acampaban y lo estaban pasando maravillosamente.

En la tienda no había sacos de campaña, sino simples mantas viejas y raídas extendidas sobre una lona. Tres vasos, tres cuchillos rotos, tres cucharas, dos tenedores («Perce perdió el suyo mientras se bañaba», fue la desconcertante explicación de Ern), tres capas impermeables, tres platos esmaltados y otros pocos objetos constituían todo el ajuar de los tres hermanos.

—¿Os gusta, verdad? —exclamó Ern, entusiasmado—. Vamos a por agua al campamento. Nos dan permiso para hacerlo con la condición de que no nos entretengamos allí. Pero a los caravaneros no les dejan entrar. De modo que el agua se la proporcionamos nosotros y ellos, a cambio, nos invitan a comer de vez en cuando.

Había una porción de caravanas esparcidas por los alrededores, amén de otras dos pequeñas tiendas. La caravana más próxima a la tienda de Ern estaba vacía, con una serie de papeles sucios volando alrededor.

—Los que vivían ahí, se han ido —explicó Ern—. Eran una mujer y dos chiquillos, gemelos como Perce y Sid.

—A… —farfulló Sid, que les seguía sin cesar de mascar—. A…

—¿Es que no sabe hablar ese chico? —gruñó Pip enojado—. ¿Sólo sabe decir eso?

—Es que está comiendo «tofee» —le disculpó Ern—. Mamá no le deja comer tantos cuando está en casa y, naturalmente, allí Sid habla un poco más. Pero aquí, como puede comer «toffees» todo el día, apenas dice nada más que «A»… ¿Verdad, Sid?

—A… —asintió Sid, tratando de tragarse rápidamente el resto de su «toffee», con riesgo de atragantarse.

—Parece que quiere decir algo —observó Pip, interesado—. ¿Verdad, Sid?

—A… —barbotó Sid, frenéticamente, poniéndose colorado como un tomate.

—Supongo que quiere hablarle de los dos niños gemelos —coligió Ern—. Nuestro Sid estaba chiflado por ellos. Solía ir a esa caravana y pasarse horas y horas contemplando el cochecito de los mellizos. Está muy loco por los críos.

Pip y Larry miraron a Sid, sorprendidos. El chico no tenía el más pequeño aspecto de ser uno de esos muchachos «locos por los críos».

Sid señaló el suelo, surcado de cuatro juegos diferentes de huellas correspondientes a las ruedas del cochecillo.

—¿Veis cómo no me equivocaba? —profirió Ern—. Ya os dije que Sid quería hablaros de los mellizos. Solía permanecer junto a su cochecito y recoger todos los sonajeros y pequeños juguetes que los niños echaban al suelo. Apuesto a que está triste porque se han ido. Es un chico raro nuestro Sid.

—A… —masculló éste con voz ahogada.

Y de nuevo estuvo a punto de atragantarse.

—Das grima —reconvino Ern—. Te has comido una lata entera de «toffees» desde ayer. Pienso decírselo a mamá. ¡Vamos, ve a escupirlo de una vez!

Sid se alejó, renunciando, al parecer, a toda esperanza de hablar como es debido. Pip lanzó un suspiro de alivio. Sid y sus «toffees» producíanle una sensación de pesadilla.

—Esta mañana Sid se trastornó mucho con la marcha de los mellizos —declaró Perce, interviniendo amistosamente en la conversación—. Fue a mecer la cuna como solía cuando la madre quería que los críos durmiesen, pero la mujer le gritó, obligándole a marcharse de allí. Eso provocó el llanto de los niños y hubo un jaleo de espanto.

—¿Por qué tenía que gritar esa mujer a nuestro Sid? —espetó, Ern enojado—. Al fin y al cabo, se portó muy bien con aquellos apestosos críos, paseándolos horas y horas por el campo en su cochecito.

Pip y Larry empezaban a cansarse de aquel tema de Sid y los mellizos. ¿Qué les importaba todo aquello?

—Escucha, Ern —interrumpió Larry—. ¿Oíste algo anoche cuando se supone fue raptado el príncipe Bongawah? ¿Y Sid y Perce?

—No —repuso Ern, firmemente—. Ninguno de nosotros oyó nada. Todos dormimos como lirones. Sid no se despierta aunque haya una tormenta de las gordas. Podrían haber secuestrado a todos los chicos del campamento sin que nos diéramos cuenta. Los Goon tenemos el sueño muy profundo.

Y eso fue todo. Tal como suponían, Ern tenía muy poco que contar. Era para volverse loco. ¡Pensar que conocían a una persona que vivía a dos pasos del príncipe y no podían sacarle nada!

—¿Pero «viste», al príncipe, verdad? —preguntó Larry.

—Sí, ya os lo dije antes —afirmó Ern—. Era un chico muy raro y presumido. Además, hacía visajes.

—¿Hacía visajes? —repitió Larry, asombrado—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que cada vez que Sid, Perce o yo nos asomábamos a mirar por el seto, nos hacía una mueca —explicó Ern—. Por muy príncipe que fuera, estaba muy malcriado. Era moreno como un gitano. Tenía todo el aspecto de extranjero.

—¿Más moreno que nosotros? —inquirió Pip.

—Por el estilo —respondió Ern.

—¿Por qué dijiste que él y Bets se parecían como dos gotas de agua? —interrogó Pip, recordando de pronto aquel extraordinario comentario de Ern.

Éste se ruborizó.

—Verás —murmuró dando una patada a una piedra—, me dije que es lógico que los hermanos se parezcan. ¡Cáscaras! ¿Qué habrá sido de su Sombrilla de Ceremonial? Tendrías que haberla visto, Pip. Un día el príncipe recibió a unos visitantes, y uno de ellos abrió una enorme sombrilla azul y dorada y la llevó sobre él. ¡Si vieras el ceño que puso el príncipe!

—¿Por qué? —preguntó Pip—. ¿No le gustaba?

Lo que pasó es que todos se echaron a reír a carcajadas y a dar voces y alaridos, porque, claro, la cosa resultaba un poco cómica, ¿sabes?

—¡Hola, amigos! —saludó Fatty desde el otro lado del seto—. ¿Por qué os marchasteis sin decir nada, Pip? ¡He tenido que llevar todo el peso de la conversación!

—Por eso nos fuimos —suspiró Pip—. Ya sabemos que te gusta mucho hablar, Fatty.

—¿Podemos pasar a través del seto? —inquirió la voz de Daisy —. ¿No nos rasgaremos los vestidos?

Galantemente, Ern apartó varias ramas espinosas para facilitar el paso a las muchachas y Fatty las siguió.

—Tienes un primo muy simpático, Pip —ensalzó Fatty—. Hemos charlado por los codos.

—Así habrás tenido ocasión de poner en práctica aquello de la «interpelación de los testigos» —dijo Pip, socarronamente, recordando los libros que Fatty había estado estudiando uno o dos días antes—. ¿Has obtenido alguna información interesante sobre este caso?

—Pues, no —replicó Fatty, que, en realidad, había pasado todo el tiempo relatando algunas de sus hazañas al boquiabierto Ronald —. No he averiguado gran cosa.

—¿Y tú, Pip? —preguntó Bets—. ¿Has interrogado a Ern, Sid y Perce?

—Sí —asintió Pip—. Pero Larry y yo no hemos conseguido sacarles nada de particular. Durmieron toda la noche y no oyeron absolutamente nada. No tienen la más pequeña idea de lo que le sucedió al príncipe Bongawah-wah-wah.

—A… —barbotó Sid reuniéndose, de pronto, con ellos, sin cesar

de masticar a dos carrillos.

—Vete —gruñó Pip, mirándole, enfurruñado—. Y no vuelvas hasta que puedas hablar como es debido. ¡De lo contrario hasta yo mismo me quedaré mudo! ¡AAAAAAAA!

Lo dijo gritando de tal modo que Sid huyó, alarmado.

Entonces, Pip, sacándose del bolsillo el botón azul y dorado, se lo mostró a los demás, diciendo:

—Ésta es la única pista, si tal puede llamarse, que hemos encontrado. La encontré dentro del saco de campaña del príncipe. Se le cayó de su pijama azul y dorado.

—¿Y tú crees que este botín servirá para algo? —masculló Fatty —. ¿Crees que nos ayudará a descubrir quién secuestro al príncipe, o cuándo y cómo, o su actual paradero? Es una pista muy relativa, Pip.

—Sí —convino Pip, guardándose de nuevo el botón en el bolsillo —. Lo mismo me dije yo. Pero como siempre nos aconsejas examinarlo todo y guardarlo todo, por si acaso, seguí tu consejo al pie de la letra. A propósito, el príncipe no se vistió. Desapareció con el pijama puesto.

Esto sorprendió a Fatty.

—¿Estás seguro, Pip? ¿Quién te lo ha dicho?

—Los chicos que dormían en su tienda —contestó Pip.

—Es muy raro —murmuró Fatty.

—¿Por qué? —preguntó Daisy—. Es natural que no tuviera tiempo de vestirse. Además, habría molestado a sus compañeros.

—No habría hecho tal cosa si hubiese salido a hurtadillas mientras dormían —repuso Fatty—. Es posible que tomara consigo sus ropas y se vistiera rápidamente. Una persona con pijama no puede andar por esos mundos sin ser descubierta en seguida.

—¡Pero, Fatty! —insistió Daisy—. ¿Cómo quieres que tuviera «tiempo» de vestirse si fue secuestrado? Seguramente sus raptores le sacaron de la tienda y se lo llevaron en pijama.

—No, Daisy —replicó Fatty—. Esta vez no demuestras mucha perspicacia. A ningún secuestrador se le ocurriría nunca aventurarse por un campo abarrotado de tiendas de campaña y buscar a tientas una determinada para llevarse un chico en la oscuridad, exponiéndose a que éste se pusiera a chillar como un condenado. Al

fin y al cabo, le llamaban Bongawah-wah-wah porque gritaba por nada.

—Sí, tienes razón —convino Daisy—. He sido una boba. Ningún secuestrador cometería semejante disparate. ¿Qué supones que hicieron?

—Creo que alguien le instigó a escabullirse de la tienda en cuanto se apagasen las luces del campamento —prosiguió Fatty—. A lo mejor le dijeron que lo llevarían a la Feria del pueblo vecino, aprovechando que funciona a todas horas. Eso o algo por el estilo. Cualquiera sabe. De este modo los posibles secuestradores no tuvieron dificultad en llevar a cabo su fechoría, ya que, sin duda, le encontraron aguardándoles en el portillo, vestido de veinticinco alfileres y hueco como un pavo.

—Comprendo… y sólo tuvieron que meterlo en un coche y llevárselo sabe Dios dónde —coligió Pip.

—¡Ah, «ahora» comprendo por qué te sorprendiste de que fuese en pijama! —exclamó Daisy—. Porque si el secuestro hubiese sido planeado así, lo del pijama quedaba descartado.

—En efecto —sonrió Fatty.

—A lo mejor no pudo encontrar sus ropas en la oscuridad —sugirió Ern, deseoso de colaborar.

—Esto no es un misterio —murmuró Bets—. Es una especie de estúpido acertijo. Nadie oyó ni vio nada. Nadie sabe nada. ¿Queréis que os diga una cosa? ¡Empiezo a dudar de que haya sucedido!

Capítulo XII

Sid recobra el habla

—Vámonos, ya es hora de ir a casa —suspiró Fatty, aburrido—. Aquí no tenemos ya nada que hacer. Dondequiera que esté el príncipe Bongawah probablemente sigue con el pijama puesto. ¡Allá se las componga!

Los Cinco Pesquisidores alejáronse en sus bicicletas, agitando la mano a Ern y a Perce. Sid había desaparecido con gran alivio de todos.

—Masca los «toffees» como una vaca rumiante —refunfuñó Pip —. ¿Os habéis fijado en los granos que tiene en la cara? Apuesto a que vive exclusivamente de «toffee».

—No quiero volver a verle más —murmuró Bets—. Me da náuseas.

—A no ser que Ern se presente a vernos en su compañía, te aseguro que «no» volveremos a verle más —tranquilizóla Fatty—. «No» pienso hacer más visitas a nuestros queridos Sid y Perce.

Pero Fatty volvió a ver al pequeño Sid aquella misma tarde. Mientras el muchacho procedía a probarse uno de sus nuevos disfraces en el cobertizo llamaron a la puerta.

Fatty miró a través de un pequeño orificio practicado en la puerta, a manera de mirilla, para acechar a los posibles visitantes. ¡Cáscaras! ¡Era Ern… acompañado de Sid! ¡Qué fastidio! ¡Justamente en el momento que se disponía a ensayar aquel disfraz!

Volviéndose rápidamente, Fatty miróse en el gran espejo. De pronto esbozó una sonrisa. ¡Probaría la eficacia de aquel disfraz con su amigo Ern!

Fatty abrió la puerta. Ern aguardaba fuera con una sonrisa en los

labios y Sid a su lado. Pero su sonrisa se desvaneció al ver aparecer un viejo encorvado con patillas, una barba rala, pobladas cejas blancas y unos pocos mechones canos alrededor de una enorme calva. Vestía una vieja chaqueta grande y mal cortada, con los bolsillos deformados, y unos pantalones de pana raídos y arrugados.

—¡Ah… ejem… buenas noches! —farfulló Ern, desconcertado—. ¿Está… ejem… está el señor Federico Trotteville?

El viejo alzó una mano temblorosa y, poniéndosela detrás de una oreja, profirió con voz tan trémula como la mano:

—¡Levanta la voz! ¡Déjate de murmullos! ¿Qué has dicho?

—¿ESTÁ EL SEÑOR FEDERICO? —gritó Ern.

—¡Ahora gritas demasiado! —protestó el viejo, enojado—. No soy sordo. ¿Quién es el señor Federico?

Ern miróle con asombro. De pronto recordó que, por lo regular, su amigo recibía el sobrenombre de Fatty. A lo mejor aquel viejo sólo le conocía por ese nombre.

—Fatty —respondió el chico en alta voz—. FATTY.

—Eres un chico muy mal educado —gruñó el viejo con voz aún más temblona—. ¡Mira que insultarme de ese modo!

—¡Yo no le he insultado! —protestó Ern, desesperado—. Escuche usted, ¿dónde está el muchacho que vive aquí?

—Se ha marchado —respondió el viejo—, meneando la cabeza tristemente. —Se ha ido a vivir a Londres.

Ern empezó a sospechar que estaba soñando. ¿Cómo era posible que Fatty se hubiera ido a Londres? ¡Pero si sólo hacía una hora que le había visto! El chico echó una ansiosa ojeada al cobertizo. ¿No se habría equivocado de casa?

—¿Por qué se ha ido? —inquirió al fin—. ¿Dejó algún recado? ¿Y qué hace usted aquí?

—Soy el guardián de la casa —declaró el viejo, sacándose un gran pañuelo rojo.

Y sonóse con tal estrépito que el pobre Ern retrocedió, alarmado, sin sospechar que Fatty disimulaba sus accesos de risa en aquel enorme pañuelo encarnado.

Sid retrocedió también, haciendo ademán de echar a correr por el sendero, pero Ern le retuvo por el brazo.

—¡No te vayas, Sid! Has venido aquí a decir algo importante, y

conste que lo dirás aunque tengamos que pasarnos toda la noche buscando a Fatty. Si regresas al campamento, volverás a llenarte la boca de «toffee», y ninguno de nosotros podrá arrancarte una palabra. ¡Tú eres el único que posee una Verdadera Pista, y Fatty tiene que saberla!

—¡«Escuche»! —exclamó el viejo, con la clara y firme voz de Fatty—. ¿De veras tiene una pista ese chico?

Ern dio un fuerte respingo, lanzando una mirada circular. ¿Dónde estaba Fatty?

Entonces el viejo, dándole una puñada en las costillas, echóse a reír con un sonoro cloqueo que, súbitamente, trocóse en la jovial risa de Fatty. Ern y Sid miráronle boquiabiertos.

—¡Cáspita! —farfulló Ern, entre regocijado y estupefacto—. ¡Pero si es «Fatty»! ¡Cómo me has embaucado! ¡Sopla! ¡Pareces un viejo de veras! ¿Cómo has conseguido esa calva?

—Con una peluca —contestó Fatty, despojándose de ella para mostrar su auténtica cabellera—. Cuando llegasteis estaba ensayando este disfraz. Es una peluca nueva, con cejas, patillas y barba. ¿Verdad que son estupendas?

—Eres maravilloso, Fatty —murmuró Ern, pasmado—. Esos chismes son lo de menos: lo sorprendente es tu voz y tu risa. Deberías ser actor.

—No puedo —repuso Fatty—. Pienso ser detective. Claro está que mis condiciones de actor constituirán una gran ayuda. Pasad. ¿Qué es todo esto de Sid y una pista?

—Verás —empezó Ern solemnemente—. La cosa ha sido así. Esta tarde, Sid deseaba decirnos algo, pero no pudo por culpa de su «toffee». Entonces decidió mascarlo con ahínco hasta dar cuenta de él.

—Me figuro que fue una tarea muy penosa —comentó Fatty en tono compasivo—. Y luego, supongo que recobró el habla, ¿no? ¿De veras puede decir algo, además de «a»?

—Poca cosa más —confesó Ern, sinceramente—. Pero lo cierto es que nos dijo algo muy raro, rarísimo. Tanto, que me he apresurado a traértelo aquí para que «te lo cuente». Es posible que la cosa sea de la máxima importancia. Vamos, Sid. Explícaselo.

Sid aclaróse la garganta y, abriendo la boca, farfulló:

—Chillaban.

—¿Quién chillaba? —inquirió Fatty.

—A… bien —prosiguió Sid, aclarándose de nuevo la garganta—. Ellos.

—Sí, eso ya lo sabemos —masculló Fatty—. A…

Después de semejante esfuerzo, Sid volvió a enmudecer. El chiquillo miró a Ern con expresión suplicante, y éste, mirándole a su vez, dijo severamente:

—¿Ves lo que te pasa cuando te atracas de «toffees»? Pierdes el habla y pierdes el tino. Esto te servirá de escarmiento, Sid.

—¿Ha venido aquí simplemente para decirme que alguien chillaba? —gruñó Fatty—. ¿Eso es todo?

—No, hay algo más —aseguró Ern—. Pero tal vez «será» preferible que te lo cuente yo.

—A… —exclamó Sid, aliviado.

—Y tú no me interrumpas —ordenóle Ern con aire amenazador.

Pero Sid no tenía intención de interrumpirle. Así lo dio a entender con un fuerte meneo de cabeza, sin siquiera aventurar otro «a».

—Bien, ahí va lo que Sid nos contó —dijo Ern, empezando a gozar de la situación—. Se trata de algo muy curioso, Fatty. Te costará trabajo creerlo.

—¡Por lo que más quieras, Ern, «desembucha» ya de una vez! A lo mejor es importante. Empieza por el principio, por favor.

—Como te dije, o al menos se lo dije a Larry y Pip, nuestro Sid está loco por los críos. Le gusta mecerles la cuna y entretenerles con sus juguetes. Pues bien. Junto a nuestra tienda hay una caravana. Supongo que la viste. Ahora está vacía porque los que la ocupaban se han marchado hoy.

Fatty asintió en silencio. Era todo oídos.

—La mujer que vivía en la caravana tenía un par de mellizos chiquitines —prosiguió Ern—. Y precisamente por tratarse de mellizos, Sid se interesó más por ellos que de costumbre, pues él y Perce son también gemelos. En resumidas cuentas, que jugó mucho con los peques, ¿verdad, Sid?

—A… —asintió Sid con un cabezazo.

—Pues bien —continuó Ern, animándose por momentos—. Esto

mañana Sid oyó berrear a los chiquillos a grandes voces, y fue a mecerles el cochecito. La madre estaba en la caravana haciendo las maletas y cuando vio allí a nuestro Sid, abalanzóse hacia él y le dio un coscorrón, diciéndole que se fuera.

—¿Por qué? —exclamó Fatty—. Al fin y al cabo Sid se limitaba a seguir una costumbre. ¿Habría la mujer puesto reparos alguna vez a que se acercara a sus hijos?

—No —replicó Ern—. Al contrario, le permitía pasearlos por el campo en su cochecito. Y la cosa no resultaba fácil, porque era un coche doble de mellizos y pesaba lo suyo. Bien, como iba diciendo, la madre le propinó un buen coscorrón y, naturalmente, Sid huyó, desconcertado.

—No me sorprende —comentó Fatty, preguntándose en qué pararía toda aquella larga historia—. ¿Qué pasó después?

—La mujer empujó el coche a la parte posterior de la caravana para poder vigilarlo. Pero los críos seguían desgañitándose con gran pesar de nuestro Sid.

—A… —aprobó éste, vehemente.

—Así, pues, aprovechando un momento en que la mujer se dirigía a otra caravana, cargada de bártulos, Sid acercóse a la cuna para ver qué les pasaba a los pequeños, que, a juzgar por sus berridos, parecían estar sentados sobre un imperdible o algo parecido. Para comprobar si así era, Sid metió la mano por debajo de ellos y, al palpar… ¡«notó» que había otra persona dentro de aquella enorme cuna, Fatty!

Fatty quedóse realmente sobrecogido de asombro.

—¿Otra persona? —balbuceó con incredulidad—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues… lo dicho —confirmó Ern—. Sid notó que había otra persona y, apartando un poco la ropa, vio la parte posterior de una cabeza negra y un pedacito de mejilla morena. Entonces uno de los críos hizo ademán de agarrar a Sid y, al rodar por la cuna, ocultó a la otra persona en cuestión.

Fatty quedóse estupefacto. Por fin, tras una pausa, preguntó a Sid:

—¿Quién crees que estaba en la cuna?

—El príncipe —respondió Sid, olvidándose del consabido «a» a

causa de su excitación—. Estaba escondido allí. No se dio cuenta de que yo le veía. A…

—«¡Vaya!» —exclamó Fatty, tratando de atar cabos—. ¡Conque «eso» fue lo que sucedió! El chico salió de su tienda en pijama y, durante la noche, ocultóse en la caravana. Luego, a primera hora de la mañana, la mujer lo metió en el fondo de aquella enorme cuna, debajo de los chiquillos. ¡Qué posición más incómoda! Debía de estar encogido y retorcido, asfixiándose de calor.

—A… —asintió Sid.

—Después la mujer debió de mandar a alguien a por los bultos y ella se hizo cargo de la cuna y se la llevó con el pequeño príncipe dentro —prosiguió Fatty—. Así la cosa pasó inadvertida y nadie se dio cuenta. Pero ¿qué explicación tiene todo esto? ¿Qué tiene que ver «esa mujer» con lo sucedido? ¿Por qué el príncipe se fue con ella? ¡Caracoles! ¡Qué misterio!

—Ya sabía yo que te gustaría saberlo, Fatty —profirió Ern, alborozado—. Fue una suerte que Sid se libara de su «toffee», ¿no te parece? Eso es lo que intentaba decirnos esta tarde. Por poco se ahoga tratando de darnos la noticia.

—Lástima que no lo dijera en seguida —lamentóse Fatty.

—Ya lo intentó —aseguró Ern—. Pero pensé que quería ir a nadar o a dar un paseo y no le presté atención, ni di importancia al hecho de que estuviera todo el tiempo señalando la caravana. Sid siempre ha sido muy poco hablador. Mamá dice que no se ha desarrollado la lengua normalmente.

—Tengo que pensar lo que debemos hacer —declaró Fatty—. Tendrás que ir a contárselo a tu tío, Ern. Le prometí que le pondríamos al corriente de todo lo que averiguásemos. Lo mejor será que vayas a decírselo ahora mismo.

—¡Ni hablar! —protestó el pobre Ern—. ¡No puedo hacer eso! Me daría tal mamporro en la oreja que me dejaría un año sordo.

Capítulo XIII

El señor Goon se entera de la noticia

Pero no había otra salida. Ern debía ir. Fatty no juzgaba conveniente telefonear al inspector tan pronto, después de la reprimenda, y si Goon lo sabía, se lo comunicaría él mismo. Total que el pobre Ern fue enviado a casa de Goon, con Sid siguiéndole a regañadientes. A ninguno de los dos hacíale ni pizca de gracia la visita.

El señor Goon hallábase en la cocina, en la parte trasera de su casa. Estaba solo. En aquel momento dedicábase a ensayar, no disfraces como Fatty, sino el arte de «dejar la lengua suelta», como Fatty habíale aconsejado. ¿«Podría» hablar en una lengua extranjera con sólo dejar la lengua suelta?

El hombre permanecía de pie, tratando de lograr su intento.

—Abbledy, abbledy, abbledy —barbotó.

Luego hizo una pausa. Al parecer, «abbledy» era la única cosa que se le ocurría. Trataba de recordar el aluvión de palabras extranjeras espetadas por Fatty la otra tarde. Mas no lo conseguía. A buen seguro, no era difícil. Pero no daba con el truco. Cuando se cansaba de decir «abbledy» la lengua se le atascaba y no se le ocurría nada más.

El señor Goon intentó recitar.

—«El chico permanecía en la ardiente cubierta, abbledy, abbledy, abbledy». No, no me sale.

Entretanto, Ern y Sid habían llegado a la casa. Ern optó por no llamar, por si acaso su tío estaba descabezando un sueñecito, según su costumbre. En lugar de ello, dio vuelta al pestillo de la puerta anterior. Pero ésta no se abrió. Por lo visto estaba cerrada por

dentro.

—Vamos a dar la vuelta por detrás, Sid —propuso Ern—. A lo mejor está en el jardín.

De puntillas encamináronse a la parte posterior hasta llegar a la ventana de la cocina. Ésta estaba abierta de par en par. Del interior de la estancia llegaba un murmullo.

—Ahí está —cuchicheó Ern—. Está hablando. Seguramente tiene una visita.

Ambos chicos escucharon.

—Abbledy, abbledy, abbledy —oyeron—. Abbledy, abbledy, ABBLEDY.

Ern miró a Sid, desconcertado. Era la voz de su tío. ¿Qué diablos estaba haciendo? Cautelosamente, Ern levantó un poco más la cabeza para atisbar por un ángulo de la ventana. Sí, su tío estaba allí, de espaldas a él, de pie sobre la alfombra, mirándose en el espejo, sin cesar de articular aquella extraña jerga sin sentido.

Ern quedóse estupefacto. Aquello no le gustaba nada. ¿Tendría su tío una insolación? ¿Habría perdido la chaveta?

—Abbledy, abbledy —repetía una y otra vez.

Luego, de repente, declamó:

—«El chico permanecía en la ardiente cubierta».

Esto decidió a Ern. Nada más lejos de su intento que interrumpir aquella escena por muy importante que fuera la cosa que le llevaba allí. Conque, arrimándose a la pared de la casa, encaminóse al portillo anterior. Desgraciadamente, el señor Goon había oído pasos y al punto dirigióse a la puerta principal. Excuso decir su sorpresa al ver a Ern y a Sid abriendo el portillo del jardín.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas de la tarde? —rugió—. ¿Por qué os marcháis sin siquiera entrar en casa? ¿Habéis estado escuchando junto a la ventana?

Ern quedóse horrorizado, de pie junto al portillo, con Sid.

—Tío —farfulló, temblando de pies a cabeza—. Sólo hemos venido a informarle de algo muy importante. Se trata de una pista.

—¡Ah! —exclamó Goon—. ¿Conque era eso? En este caso, pasad. ¿Por qué no lo decías antes?

Estuvo a punto de soltar «abbledy, abbledy» por la fuerza de la costumbre. Debía extremar las precauciones para que no se le

escapara. De tanto repetirlo teníalo metido en la mollera.

Ern y Sid entraron en la casa como si caminaran sobre ascuas. El señor Goon los condujo a la salita de estar que tenía instalada junto a la cocina. El policía sentóse en su enorme sillón, cruzó las piernas, unió las yemas de los dedos y, mirando a los dos chicos, masculló:



—¿Conque tenéis una pista, eh? ¿De qué se trata?

Como es de suponer, Sid no podía pronunciar una palabra, ni siquiera «a». Por su parte, Ern sentíase casi tan torpe como su

hermano. No obstante, al fin, logró soltarlo todo, de corrido.

—Verá usted, tío. Sid encontró una pista. ¿Cree usted que el príncipe Bongawah fue secuestrado? Pues bien, no lo fue. Se metió en un cochecito con unos niños gemelos y esta mañana se lo han llevado lejos.

El señor Goon le escuchaba con evidente incredulidad. ¿Que el príncipe se había metido en una cuna con unos mellizos y alguien se lo había llevado allí metido? ¿Qué majadería era aquélla?

—¿Y por qué habéis venido a contarme esa ridícula tontería? —espetó, levantándose con aspecto feroz y terrible—. ¿Por qué no vais a explicársela a ese gordinflón? ¡Que os crea «él» si quiere! ¡Yo no estoy para pamplinas! ¡Vaya historia absurda! ¿Cómo OS ATREVEIS a venir a contarme semejante trola?

—Fatty nos encargó que lo hiciéramos —confesó el pobre Ern, casi llorando de espanto—. Fuimos a contárselo y «él» nos creyó. Entonces nos dijo que debíamos venir a «decírtelo», tío, para ayudarte.

El señor Goon hinchóse de tal modo que sus sobrinos temieron que se le saltaran todos los botones de la ajustada guerrera.

—Id a decir a ese entrometido de chico —resopló en tono amenazador— que no soy tan lerdo como se figura. Decidle que cuente esos cuentos de cunas y mellizos al inspector. ¡Mira que mandaros aquí para explicarme esas pamplinas! Estoy avergonzado de ti, Ern. De buena gana te daría una paliza. ¿Habrase visto DESFACHATEZ?

Ern y Sid echaron a correr por el pasillo en dirección a la puerta y al portillo, sin aguardar a que su tío profiriera ninguna otra amenaza. Sid lloraba. Ern estaba pálido como la cera. ¿Por qué le había enviado Fatty con aquella embajada? Tal como suponía, su tío no había dado el menor crédito a sus palabras.

—¡Volvamos al campamento! —jadeó Ern—. Allí estaremos a salvo. ¡Corre, Sid, corre!

Al pobre Ern ni siquiera se le ocurrió volver a casa de Fatty para contarle lo sucedido. Acompañado de Sid, huía para no caer en las garras de su tío.

Perce se alegró de no haber ido con ellos cuando se enteró de la aventura. Temía tanto a su tío como sus hermanos. Ern habíale

contado a menudo, y también a Sid, terribles historias de la temporada pasada con el señor Goon y de los bofetones, las palizas y las voces que había tenido que soportar. No obstante, Ern solía terminar su relato con estas optimistas palabras:

—De todos modos, valía la pena. Gracias a mi estancia en Peterswood pude trabar amistad con aquellos cinco chavales, especialmente con Fatty. ¡Qué chico!

Entretanto, el «chico admirable» hallábase entregado a una profunda reflexión sobre la sorprendente noticia aportada por Sid. ¡Qué historia más extraordinaria! ¿Tendría razón Sid? ¿Sería posible que el joven príncipe se hubiese acurrucado en aquel cochecito doble? En realidad, «no era» la primera vez que se ponía en práctica aquel truco para llevarse a alguien secretamente.

«Bastaba con sacar los dos asientos, meter al príncipe en el fondo de la cuna, y poner a los dos niños encima —pensó Fatty—. Sí. Es una estratagema muy socorrida. Pero ¿por qué motivo atravesó el príncipe el seto por la noche y se metió en la cuna al día siguiente?».

Era un enigma. Fatty llegó a la conclusión de que lo mejor era madurar la idea con una buena noche de sueño y discutirla con los demás a la mañana siguiente. ¿Qué reacción habría tenido el señor Goon al enterarse de la noticia facilitada por Ern? ¿Obraría en consecuencia? ¿Habría telefoneado al inspector?

Fatty creyó en un principio que Goon le telefonearía para preguntarle qué opinaba de la noticia de Ern. Pero luego, pensándolo mejor, se dijo que probablemente el policía no haría tal cosa, deseoso de obrar exclusivamente por su cuenta para después poder jactarse de haberlo hecho todo él.

«Ya se arreglará —pensó Fatty—. Si logra aclarar este embrollo antes que yo, ¡tanto mejor! Estoy completamente desorientado. No tengo idea del “porqué” de este asunto».

El muchacho decidió telefonear a Larry.

—¿Eres tú, Larry? Acude a mi cobertizo mañana a las nueve y media en punto de la mañana. Hay novedades extraordinariamente misteriosas e importantes. Hace un rato se han presentado a verme Ern y Sid con una noticia inesperada.

—¡Oye! —instó Larry con voz tensa de excitación—. ¿De qué se

trata? ¿No puedes adelantarme algo, Fatty?

—Es preferible no comentarlo por teléfono —repuso Fatty—. Sólo puedo decirte que es muy importante. Mañana, a las nueve y media en punto.

Y, dicho esto, colgó el receptor, dejando a Larry en tal estado de excitación que el muchacho tuvo que reprimirse para no echar a correr a casa de Fatty inmediatamente. Él y Daisy pasaron toda la noche tratando de adivinar en qué consistiría la misteriosa noticia de Fatty, sin conseguir su intento.

Después, Fatty telefoneó a Pip. La señora Hilton atendió a la llamada.

—Pip está en el baño —repuso la dama—. ¿Quieres que le dé algún recado?

Fatty titubeó. La señora Hilton no era en modo alguno partidaria de que sus hijos se mezclasen en casos misteriosos. De hecho, en varias ocasiones había expresado el deseo de que Pip y Bets se mantuviesen al margen de ellos. Optando, pues, por la discreción, Fatty preguntó por Bets.

La pequeña acudió al teléfono envuelta en su batín, presintiendo que Fatty tenía algo importante que decirle.

—Hola, Fatty. ¿Alguna novedad?

—Sí —asintió Fatty con voz solemne—. Ern y Sid acaban de darme una noticia extraordinaria. Pero no puedo decírtela por teléfono. Acudid los dos aquí mañana, a las nueve y media en punto de la mañana.

—¡«Fatty»! —exclamó Bets, emocionada—. «Debes» adelantarme algo ahora mismo, aprovechando que en este momento no hay moros en la costa.

—Imposible, Bets —replicó Fatty, satisfecho de crear todo aquel aire de misterio—. Todo cuanto puedo decirte por teléfono es que se trata de algo muy importante que requerirá mucha reflexión. ¡El verdadero misterio está a Punto de Comenzar, Bets!

—¡Ooooh! —profirió Bets—. De acuerdo, mañana a las nueve y media. Ahora mismo voy a contárselo a Pip.

—No se te ocurra gritárselo a través de la puerta del cuarto de baño —advirtió Fatty, alarmado.

—No, aguardaré a que salga —prometió Bets—. De todos

modos, iré a decirle que se dé prisa.

Pip emocionóse tanto con aquella súbita e inesperada llamada telefónica que, al igual que Larry, tuvo tentaciones de vestirse y salir disparado a casa de Fatty. Pero convencido de que su madre se enojaría si le sorprendiera vistiéndose para salir después de un baño caliente, decidió aguardar al día siguiente.

Fatty se encerró en su habitación sumido en sus vacilaciones, reflexionando sobre todo lo que sabía del joven príncipe. En la enciclopedia buscó Tetarua. En un catálogo de unos grandes almacenes perteneciente a su madre tuvo la suerte de encontrar reproducido no sólo un cochecillo individual, sino uno doble, con las correspondientes medidas.

Fatty llegó a la conclusión de que era la cosa más fácil del mundo esconder a alguien en el fondo de una cuna doble.

«¡Y probablemente la más incómoda! —se dijo Fatty—. ¿Qué conclusiones sacará el viejo Goon de todo esto?».

Pero Goon no sacó ninguna conclusión. Como no creía una palabra de aquella historia, no se molestó en reflexionar sobre ello.

—¡Bah, paparruchas! —refunfuñó. Y descartó por completo el asunto.

Capítulo XIV

Cambio de impresiones y proyectos

Antes de dar las nueve y media, los Cinco Pesquisidores (y el perro) hallábanse ya reunidos en el cobertizo de Fatty. «Buster» estaba encantado de hacerles los honores y, después de brincar a su alrededor loco de contento, instalóse sobre las rodillas de Bets.

—Ahora, Fatty, no nos tengas más en vilo —instó Larry con firmeza—. Cuéntanos exactamente lo sucedido sin misterios ni rodeos.

Fatty fue, pues, al grano. Sus amigos le escucharon, muy asombrados.

—¡Escondido en una «cuna»! —exclamó Larry—. Eso significa que el príncipe conocía muy bien a aquella mujer. Sin duda, ésta había acudido por algún motivo.

—A lo mejor era la niñera del príncipe que, enterada de que quizás el muchacho no estaba a gusto en el campamento, decidió llevárselo a escondidas —conjeturó Bets.

—Buena idea, Bets —aprobó Fatty—. Yo también me hice esa reflexión. Pero los mellizos no encajan en la historia. No creo que el príncipe tuviera una niñera con gemelos.

—Es posible que fuera una «antigua niñera» que se hubiese casado y tenido mellizos —insistió Bets, recurriendo a la imaginación.

—De poco nos servirá formular ideas y teorías sobre todo esto hasta que obtengamos más detalles concretos —objetó Fatty—. Quiero decir que, ante todo, debemos averiguar quién es la mujer en cuestión, si la caravana es de su propiedad, si su ida al lugar coincidió con la del príncipe, si los chiquillos son realmente suyos o

bien los hizo pasar por tales para utilizar aquel coche doble con fines encubridores. ¡Total, que hay una porción de cosas que averiguar!

—¿Y tendremos que hacerlo nosotros? —inquirió Daisy, regocijada—. ¡Me encanta esa tarea!

—No nos faltará trabajo —confirmó Fatty—. ¿Alguno de vosotros ha leído los periódicos esta mañana?

—Sólo les he dado un vistazo —respondió Larry—, pero estaba demasiado excitado para leer. ¿Por qué?

—Porque hoy hablan un poco más del príncipe y su país —declaró Fatty, extendiendo un periódico en el suelo y señalando una columna.

Todos la leyeron.

—Como veis —prosiguió Fatty—, Tetarua no es un país muy grande, pero reviste mucha importancia para nosotros, los ingleses, por poseer un magnífico campo de aviación que nos conviene utilizar. Por eso nos unen tan buenas relaciones con los tetaruanos.

—Y éstos han enviado aquí al joven príncipe para que se eduque a la inglesa —infirió Larry—. Ahora bien, según el periódico, en Tetarua hay una pendencia entre el actual rey y su primo porque éste afirma que «tiene» derecho al trono.

—En efecto —convino Fatty—. Y existe la posibilidad de que ese primo haya enviado a algún secuaz a Inglaterra para apoderarse del príncipe Bongawah y aprovechar su desaparición para ser rey. Al parecer, el príncipe es hijo único.

—Total, una vieja estratagema —suspiró Larry—. ¿Crees que pedirán un rescate por el príncipe?

—No —repuso Fatty—, opino que lo que quieren es quitarle de en medio para siempre. Algunos de estos Estados Orientales siguen teniendo la mentalidad medio salvaje a pesar de enviar a sus chicos a estudiar a nuestro país.

Sobrevino una pausa. A nadie le gustaba la idea de que el joven príncipe fuese «quitado de en medio para siempre». Bets se estremeció.

—Y, sin embargo —murmuró Daisy, frotándose la frente, desconcertada—, aunque los periódicos digan esto, «nosotros» sabemos que la cosa no fue como ellos se figuran. «Sabemos» que el

príncipe no fue secuestrado con violencia, sino atraído fuera de su tienda y llevado en coche a algún lugar. «Sabemos» que, por propia voluntad, salió de la tienda en pijama, atravesó el seto en dirección a la caravana y consintió que lo escondiesen y se lo llevasen en aquella cuna. Por consiguiente, la cosa no puede calificarse de secuestro.

—No, imposible —convino Fatty—. Hay algo muy raro en todo esto. Por otra parte, creo a Sid. No tiene imaginación para inventar una historia así.

—¿Telefoneaste al Inspector Jefe? —preguntó Pip—. ¿Qué te dijo?

—Nada, porque, en realidad, no le telefoneé —repuso Fatty—. Como me figuro que en este momento no está muy satisfecho de mí, ni de ninguno de nosotros, envié a Ern y a Sid a casa de Goon para que «le» dieran cuenta de la sucedido, diciéndome que así Goon telefonearía al Inspector Jefe personalmente, pidiéndole instrucciones.

—Pero ¿no es lógico que el inspector «te» telefonease a su vez al recibir la noticia de Goon? —interrogó Pip.

—Pensé que lo haría —gruñó Fatty, algo dolorido por aquel silencio del inspector—. Supongo que sigue enojado conmigo. En fin, no pienso molestarle hasta tener algo importante que comunicarle. Entretanto, dejaremos que Goon se las componga con sus ideas sobre el caso, y nosotros actuaremos por nuestra cuenta. Yo ya he cumplido con mi deber informándole de la historia de Sid.

Sucedióse otra larga pausa.

—No cabe duda que es un misterio muy raro —murmuró Bets al fin—. No tenemos ningún «punto de partida». ¿Cómo empezaremos la investigación?

—Bien, en «mi» opinión, lo mejor que podemos hacer es seguir las pistas concretas de que disponemos —propuso Fatty—. Ante todo, debemos averiguar quién es la mujer, conseguir sus señas, interpelarla y sonsacarla con amenazas. Si de veras oculta al príncipe, debemos averiguar dónde y por qué lo oculta.

—Eso es —convino Larry—. Me parece muy bien. ¿No crees que deberíamos adelantarnos a Goon? Probablemente ha pensado lo mismo que nosotros.

—Casi lo aseguraría —masculló Fatty, levantándose—. Ese proceder es el que lógicamente se le ocurriría a todo el mundo, incluso al señor Goon. En fin, ojalá no tropecemos con él hoy. ¡Se pondría furioso!

—¡Guau! —ladró «Buster» gozosamente.

—«Buster» dice que, al revés de nosotros, espera «tropezarse» con él cuanto antes —explicó Bets, abrazando al pequeño «scottie»—. Te encantan los tobillos del señor Goon, ¿verdad, «Buster»? Son los tobillos más atractivos del mundo, ¿no es eso?

Todos rieron.

—Eres una boba, Bets —soltó Pip—. ¿Vamos a ir al campamento, Fatty? Tendremos que averiguar quién alquila esas caravanas y tratar de obtener el nombre y las señas de la mujer que se alojaba en una de ellas con los mellizos.

—Sí, eso es lo primero que hay que hacer —asintió Fatty—. ¿Os habéis traído todos la bicicleta?

Los chicos respondieron afirmativamente. «Buster» instalóse en la cesta de Fatty, y el grupo se puso en marcha, tocando insistentemente el timbre en cada esquina por si «acaso» el señor Goon venía en dirección contraria.

Ern, Sid y Perce les acogieron, alborozados. Fatty miró a Sid, pero al ver que las mandíbulas del chico se movían rítmicamente como de costumbre, resopló:

—Lo mejor será que renunciemos a interrogar a Sid. Sólo conseguiremos las consabidas «a». Ten cuidado, Sid; si siguen saliéndote más granos, te encerrarán en el hospital creyendo que tienes el sarampión.

Sid dio evidentes muestras de alarma.

—Anda, ve a escupirlo —ordenóle Ern severamente—. Eres el baldón de la familia Goon.

—A… —farfulló Sid con expresión patética.

—No podrá escupirlo —terció Perce—. Es un «toffee» adherente. Prueba uno, Ern, y te convencerás.

—No, gracias —replicó Ern—. Bien, Fatty, te ruego que descartes a Sid de este asunto. Ya ves que es inútil.

—De acuerdo, pero su intervención es importante —lamentóse Fatty—. En fin, tendrá que limitarse a afirmar o a negar con la

cabeza cuando le formule alguna pregunta. Ven acá, Sid. Cesa de mascar y atiende. Voy a preguntarte varias cosas. Sírvete de la cabeza para afirmar o negar. ¿Entiendes?

—A… —afirmó Sid con un cabezazo tan violento que parte del «toffee» le hizo atragantarse.

Ern le golpeó la espalda con toda el alma. Por fin, Sid, reponiéndose del percance, sometióse de nuevo al interrogatorio de Fatty.

—¿Sabes el nombre de la mujer, Sid? —preguntó éste.

—A… —contestó Sid, meneando la cabeza.

—¿La viste alguna vez hablando con el príncipe?

—A… —repuso Sid, meneando de nuevo la cabeza.

—No hace falta que digas «a» —refunfuñó Fatty, irritado—. Me sacas de mis casillas. Limítate a afirmar o negar con la cabeza. ¿Viste adonde se dirigía la mujer cuando se llevó la cuna?

El chico meneó la cabeza sin chistar.

—¿Sabes ALGO de ella aparte de que tenía dos gemelos y vivía en esa caravana? —inquirió Fatty, desesperando de sacar nada de Sid.

Éste volvió a menear la cabeza negativamente.

—Vino un hombre en un camión a llevarse cosas de la caravana —intervino Perce inesperadamente.

—¿Qué nombre figuraba en el camión? —apresuróse a preguntar Fatty.

—No vi ninguno —respondió Perce.

—¡Valiente ayuda me estáis prestando tú y Sid! —refunfuñó Fatty, disgustado—. ¡No sabéis una palabra de nada, ni siquiera cómo se llamaba la mujer!

—Oogleby, oogleby —exclamó Sid de repente con expresión excitada.

—Todos le miraron.

—¿Qué significa «eso»? —barbotó Fatty—. Di lo otra vez, Sid, si puedes.

—Oogleby, oogleby, «oogleby» —repitió Sid, valientemente, sofocándose del esfuerzo.

—Parece que hable en chino, ¿verdad? —comentó Ern, riéndose de su propia ocurrencia—. Vamos, Sid. Escríbelo. ¡Y cuidado con la

ortografía!

Tomando el lápiz de Ern, Sid escribió trabajosamente en una página de su cuaderno de notas. Todos se apiñaron a su alrededor para ver lo que había escrito. En letras de imprenta figuraban estas palabras:

«MARGE y BURT».

—Marge y Burt —leyó Larry—. ¿Qué significa esto? ¿Margarina y mantequilla?[1].

Todos miraron a Sid con expresión interrogante. Entonces el chico, meneando la cabeza, hizo como si sostuviese algo en los brazos y lo meciese.

—¿Qué hace «ahora»? —exclamó Bets, asombrada—. ¿Mecer a un bebé? ¡Sid, tú estás chiflado!

—¡Ya «sé»! —profirió Daisy—. ¡Finge sostener a dos niños en brazos! ¡Debe de haber escrito los nombres de los mellizos!

Sid asintió, complacido.

—A… —dijo—. Oooogly-oogly.

—Bien —murmuró Fatty, con aire en extremo dubitativo—, no sé si nos ayudará gran cosa conocer el nombre de esos mellizos, pero todo podría ser. Gracias por tu colaboración, Sid. Tú, Ern procura no dejarle comer más «toffees». Es francamente detestable verle mascar todo el día.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió Pip.

—Averiguar quién alquila esas caravanas y ver si nos, dicen el nombre y las señas de la mujer que vivía en ésa —contestó Fatty, señalando la caravana vacía de las inmediaciones—. En marcha. Vamos ahora mismo.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó Ern ávidamente.

Pero Fatty no se lo permitió, con la excusa de que el chico no tenía bicicleta. En realidad, no le interesaba cargar con Ern, Sid y Perce toda la mañana. Un grupo tan numeroso hubiera llamado demasiado la atención.

—De acuerdo —conformóse Ern, tristemente—. «Esapena».

—¡Oh, «Ern»! —exclamó Bets, mirándole, alborozada—. Ya no me acordaba de que solías decir esto en lugar de «Es una pena». ¿Recuerdas, Fatty, que cuando conocimos a Ern nos llamó la atención su costumbre de pronunciar palabras juntas?

—Sí —asintió Fatty, subiendo a su bicicleta—. ¡«Esmarvilloso»! ¡«Esombroso»! ¡«Esdigioso»!

Capítulo XV

Una mañana interesante

Aquella mañana los Pesquisidores la consagraron a una verdadera investigación. En sus bicicletas dirigiéronse a Marlow, donde vivía el agente que alquilaba las caravanas. Fatty había copiado las señas de un gran letrero instalado en el campo, cuyo texto rezaba así:

CARAVANAS POR ALQUILAR. DIRIGIRSE A CARAVANAS, SOCIEDAD LIMITADA. TIP HILL, MARLOW.

Encontraron Tip Hill a poco de llegar a la población. Era una pequeña calle ascendente que conducía a una colina. Hacia la mitad de la cuesta en un pequeño campo, veíase una caravana con la siguiente indicación: «CARAVANAS, SOCIEDAD LIMITADA. Caravanas por alquilar».

—Ahí está —suspiró Fatty—. ¿Quién quiere ocuparse de este cometido?

—Ocúpate tú, Fatty —instó Bets—. Siempre has sido muy hábil para esta clase de indagaciones. Nosotros iremos contigo a escuchar lo que dices.

—No, nada de eso —replicó Fatty—. No quiero soportar risas ni codazos detrás de mí. Si lo hago, lo haré solo.

—De acuerdo, hazlo solo —convino Pip.

Fatty franqueó el pequeño portillo y subió a la puerta de la caravana. Una vez allí, llamó con los nudillos.

A poco, apareció un joven con un cigarrillo pendiendo de la comisura izquierda de sus labios.

—¡Hola! —saludó éste—. ¿Qué deseas?

—Quisiera encontrar a la persona que alquiló una de las

caravanas próximas al Campamento Escolar —declaró Fatty—. ¿Tendría usted la bondad de darme su nombre y sus señas? Se lo agradecería mucho. La señora se marchó antes de que pudiera preguntarle lo que me interesaba saber de ella.

—¡Sopla! —exclamó el joven—. ¿Crees que estoy aquí para perder el tiempo buscando los nombres y las señas de tus amigos caravaneros, chaval?

Fatty echó una ojeada a la parte lateral de la caravana. En ella figuraba el nombre de los propietarios en letras pequeñas. «Reg y Bert Williams». Al punto, Fatty dedujo que el joven era un simple empleado.

—Bien, si no tiene usted tiempo de atenderme, iré a preguntárselo al señor Reginald Williams —dijo Fatty, al azar, dando media vuelta.

Poco faltó para que el joven cayese rodando por la escalerilla de la caravana.

—¡Eh, oye! —gritó a Fatty—. ¿Por qué no me dijiste que conocías al señor Reg? Si esperas un segundo, te daré las señas que me pides.

Fatty sonrió, satisfecho de haber sacudido la pereza de aquel presumido holgazán.

—Muy bien. Pero dese prisa.

El joven mostró suma diligencia. Fatty se dijo que aquel señor Reg debía de ser una especie de fiera para espolear de aquel modo a un individuo con la mera mención de su nombre. El joven anduvo buscando en un gran archivo hasta dar con una lista de las caravanas situadas en lo alto de la colina inmediata al Campamento Escolar.

—¿Qué caravana era? —inquirió.

Fatty, que, naturalmente, había tenido la precaución de anotar el nombre, respondió:

—Se llamaba «Panorama del río». Era muy pequeña.

El joven pasó el índice por la lista.

—Aquí está Señora Storm, Harris Road, 24, Maidenbridge. No cae muy lejos de aquí. Está a unas dos millas de distancia.

—Gracias —murmuró Fatty anotando las señas.

—¿Piensas ir a ver al señor Reg? —preguntó el joven

ansiosamente, al ver que Fatty se disponía a marcharse.

—No —tranquilizóle Fatty.

Luego fue a reunirse con los demás.

—¡Ya está! —les dijo, mostrándoles las señas—. Señora Storm, Harris Road, 24, Maidenbridge. A unas dos millas de aquí. Vamos, no perdamos el tiempo.

Presa de gran excitación los Cinco Pesquisidores emprendieron rumbo a Maidenbridge. ¿Tendría la señora Storm al príncipe en su poder? ¿Les facilitaría alguna información relativa al caso?

A su llegada a Maidenbridge, preguntaron por la Harris Road. Era una calle estrecha y algo sucia, con varias casas adyacentes entre sí.

La correspondiente al número 24 aparecía aún más dejada que las demás. De las ventanas pendían deslucidos visillos, y la puerta anterior necesitaba una buena capa de pintura.

—Yo me encargaré de esto también —decidió Fatty—. Vosotros aguardadme al final de la calle. Llama la atención ver un grupo tan numeroso delante de una puerta.

Obedientemente, los otros alejáronse en sus bicicletas. Tras apoyar la suya en el bordillo, Fatty llamó a la puerta.

Una mujer desaliñada, con el pelo a media espalda, acudió a abrirla y, sin decir palabra, miró a Fatty en espera de que éste hablase.

—Dis… discúlpeme usted —farfulló Fatty, levantándose la gorra cortésmente—. ¿Es usted la señora Storm?

—No —repuso la mujer—. Te equivocas de casa. Esa señora no vive aquí.

Fatty tuvo un ligero sobresalto.

—¿Se ha mudado de domicilio?

—Que yo sepa, no ha vivido nunca aquí —replicó la mujer—. Llevo diecisiete años en esta casa, con mi marido y mi anciana madre, y no conozco a ninguna señora Storm en esta calle.

—¡Qué raro! —masculló Fatty, mirando el papel con el nombre y las señas—. Fíjese usted, dice: Señora Storm, Harris Road, 24, Maidenbridge.

—Ésta es la casa, desde luego, pero aquí no vive ninguna señora Storm. Por otra parte, tampoco hay ninguna otra Harris Road en

este pueblo. ¿Por qué no vas a la estafeta de correos? Allí te dirán dónde vive.

—Muchas gracias, señora. Ahora mismo voy. Siento haberla molestado por nada.

Y levantándose la gorra una vez más, Fatty alejóse en su bicicleta, desconcertado. Tras contar su fracaso a los demás, dirigióse en su compañía a la estafeta de correos.

—Desearía averiguar unas señas —dijo Fatty, demostrando una vez más que estaba muy en forma aquella mañana—. Creo que me las han dado equivocadas. ¿Podría usted decirme dónde vive una tal señora Storm?

El empleado tomó un anuario y, empujándolo hacia Fatty, mascullό:

—Aquí tienes. Ahí encontrarás todos los Storms[2], granizos, truenos, rayos y centellas habidos y por haber.

—¡Ja, ja, ja! —rióse Fatty cortésmente.

Y tomando el anuario, buscó STORM. Había tres Storm en Maidenbridge.

—Lady Luisa Storm —leyó a los demás—. Oíd Manor Gate. No, no puede ser ella. Una dama así no alquilaría una caravana. Aquí hay otra, señorita Emilia Storm.

—Si es una señorita, no puede tener mellizos —observó Bets—. Necesitamos una señora.

—Señora Rene Storm —leyó Fatty—, Caldwell House. Esta parece la única probable.

Cuando salieron de la estafeta, Fatty dijo a Daisy:

—«Tú» puedes encargarte de esta gestión, Daisy. Consiste en averiguar si la señora Rene Storm tiene dos hijos gemelos.

—¡No puedo hacer eso! —protestó Daisy, asustada—. ¿Cómo quieres que vaya a preguntarle «¿Tiene usted los hijos gemelos?»? ¡Pensaría que estoy loca!

—Y demostrarías estarlo si lo hicieras —gruñó Fatty—. ¿En qué quedamos, eres una Pesquisidora o has perdido ya las facultades por falta de práctica? Discurre algún medio de averiguar lo que nos interesa saber, y pon manos a la obra. Nosotros te aguardaremos en alguna heladería.

¡Pobre Daisy! ¡Cómo se devanó los sesos, frenéticamente,

mientras pedaleando con sus compañeros en busca de Caldwell House! Ésta resultó ser una casita con un lindo jardín. En la esquina había una lechería, y Fatty y los demás instaláronse en ella a tomar unos helados en espera de Daisy.

—Cuando vuelvas con la noticia, te tomarás un helado doble, Daisy —prometió Fatty—. Mejor dicho, uno triple, si esa señora Storm resulta ser la que buscamos. Recuerda. Lo único que de veras nos interesa saber es si tiene mellizos.

Daisy se alejó en su bicicleta. Tras dar dos o tres vueltas a una manzana de casas, se le ocurrió una idea para averiguar lo que Fatty deseaba saber. ¡Qué sencillo era, en fin de cuentas!

La muchacha dirigióse a Caldwell House y, una vez allí, apoyó la bicicleta junto a la valla. Luego, encaminándose a la puerta, llamó al timbre. Una menuda y arrugada doncella acudió a abrir. Daisy se dijo que, por lo menos, tenía noventa años.

—Perdóneme, si me equivoco —excusóse Daisy con una afable sonrisa—. Ando buscando a una tal señora Storm con dos hijos gemelos. ¿Podría decirme si vive en esta casa?

—¡Cielos! —exclamó la sirvienta—. No, muchacha. Mi señora, la señora Storm, tiene ochenta y tres años y ya es bisabuela. Nunca tuvo mellizos, ni tampoco los tiene entre sus nietos ni biznietos. Nunca ha habido mellizos en esta familia. Lo siento, jovencita.

—Lo mismo le digo —murmuró Daisy, sin saber qué decir—. Muchas… gracias. Temo que no es la señora Storm que estoy buscando.

Y alejándose con un suspiro de alivio, no tardó en regresar a la heladería. Los otros se animaron al verla entrar.

—¿Era la mujer que buscamos?

—No —repuso Daisy—. Estoy contenta porque salí bien del paso. Resulta que esa señora Storm tiene ochenta y tres años y ya es bisabuela. La sirvienta me ha asegurado que no hay mellizos en la familia.

—¡Demontre! —lamentóse Fatty, contrariado—. Eso significa que estamos perdiendo el tiempo. Aquella condenada mujer de la caravana dio unas señas falsas. ¡Deberíamos haberlo adivinado! ¡Aunque recorriésemos el país de punta a punta, no encontraríamos a ninguna señora Storm con gemelos!

—¿Dónde está mi helado? —preguntó Daisy.

—¡Es verdad! —exclamó Fatty— «Perdóname», Daisy. ¿En qué estoy pensando? ¡Camarera! ¡Haga el favor de traer un helado doble y cuatro corrientes!

Mientras saboreaban los helados, los chicos discutieron el partido a tomar.

—¿No podríamos indagar por ahí en busca de niños mellizos? —sugirió Bets.

—Es «posible hacer tal cosa» —respondió Fatty—, pero temo que nos llevaría mucho tiempo determinar el número de gemelos que hay en la comarca.

—¿Cómo empezarías, Bets? —preguntó Pip, con ánimo de fastidiar a su hermana—. Podrías poner un anuncio que dijera: «Se necesitan niños mellizos. Dirigirse a Bets Hilton». ¡Qué bonito!

—No seas bobo —murmuró Bets—. Vamos a ver, tú que eres tan listo, ¿se te ocurre algo mejor? ¿Qué «haremos» ahora? Nos hemos quedado otra vez sin una mala pista.

—Excepto mi botón —objetó Pip, sacándose del bolsillo el botón azul y dorado.

Y lo puso encima de la mesa para que todos lo admirasen. Era, en verdad, un hermoso botón.

—Precioso, pero absolutamente inútil como pista —objetó Fatty—. De todos modos, guardarlo, si quieres, Pip. Si por casualidad ves un pijama azul y dorado tendido en un alambre, con un botón caído, ¡considérate afortunado!

—¡No está mal la idea! —bromeó Pip metiéndose de nuevo el botón en el bolsillo—. Miraré todos los tendederos con ropa puesta a secar que vea por ahí. ¡Quién sabe! ¡A lo mejor la cosa da resultado!

—¿Qué os parece si visitásemos alguna exhibición infantil? —propuso Daisy de improviso—. Si viéramos algún par de gemelos, podríamos averiguar dónde viven.

—¡Bah! —exclamó Pip, desdeñosamente—. No contéis conmigo para eso. ¿Por qué no lo hacéis entre Bets y tú?

Lanzando una pequeña exclamación, Bets señaló dramáticamente un anuncio fijado en la pared de la tienda. Todos lo miraron y, al leerlo, no pudieron reprimir un respingo de

sorpresa. El cartel decía así:

«EXHIBICIÓN INFANTIL, 4 de septiembre en la Feria de Tiplington. Premios especiales para MELLIZOS».

Capítulo XVI

En la feria de Tiplington

—¡Curiosa coincidencia! —comentó Fatty, lanzando una carcajada—. Vamos a ver. ¿Dónde está Tiplington? ¿Al otro lado de Peterswood, no es eso?

—«Supongo» que no piensas poner en práctica la idea de Bets, ¿verdad? —exclamó Pip, sorprendido.

—¿Y por qué no? —sonrió Fatty—. No estaría de más hacer la prueba. Las ideas de Bets siempre han dado resultado. ¿Querrás ir allí con Daisy, Bets?

—Sí —apresuróse a contestar Bets, en tanto Daisy esbozaba un ademán de aprobación—. ¿Pero por qué no venís vosotros también? Al fin y al cabo, es una Feria. A lo mejor, resulta divertido. Podríamos llevarnos a Ern. Así, si los mellizos «estuviesen» allí, él podría reconocerlos.

—De acuerdo —convino Fatty—, le invitaremos. Pero no pienso llevar a Sid ni a Perce.

—Si viene Perce me da igual —declaró Bets—. Pero a Sid no puedo soportarle. ¡Parece un «rumiante»!

—Yo tampoco puedo con él —refunfuñó Larry.

—A todos nos pasa lo mismo —masculló Fatty, palpándose el bolsillo en busca de dinero—. Cambiemos de tema. Vamos a ver, ¿cuántos helados hemos tomado?

—¡Ah, Fatty! —exclamó Daisy—. ¡No los pagues todos tú, por favor! Larry y yo disponemos de mucho dinero hoy.

—Os he invitado yo —objetó Fatty—. No olvidéis que soy vuestro jefe y, como tal, debo pagar algunos de los gastos de la investigación.

—Gracias, Fatty —susurró Bets—. Eres un jefe muy obsequioso.

—El día cuatro de septiembre es mañana —recordó Daisy—. Confío en que haga buen tiempo. ¿Quién se encargará de avisar a Ern?

—Pip —apresuróse a contestar Fatty—. Hoy no ha hecho gran cosa y, en cambio, tú, Bets y yo nos hemos llevado la peor parte. Ya es hora de que Pip se mueva un poco.

—De acuerdo —accedió Pip—. Pero si Sid empieza con sus «a» soy capaz de echarle al río.

—Por mí, puedes hacerlo —convino Fatty—. Tal vez así se tragará todo el «toffee» de una vez y podrá hablar como es debido.

Los cinco amigos decidieron reunirse al día siguiente en casa de Larry para dirigirse juntos a Tiplington en sus respectivas bicicletas. Ern acudiría, asimismo, a casa de Larry, y éste se encargaría de proporcionarle una vieja bicicleta para la excursión.

—A las dos en punto —advirtió Fatty—. Y dile a Ern que se lave la cara, que se peine, se limpie las uñas y se ponga una camisa limpia, si la tiene. Añade que son órdenes del jefe.

Ern tomóselas muy bien. Viniendo de Fatty, nada le molestaba.

—Es un sabio —dijo a Pip—. Un verdadero genio. De acuerdo, estaré allí a la hora convenida lo más presentable posible. ¿Qué vamos a ir a hacer a la Feria? ¿Algún plan en perspectiva?

—Tal vez —respondió Pip—. No te retrases, Ern.

—Seré puntual —prometió el chico—. ¡«Hastora»!

Pip tardó unos instantes en comprender lo que significaba «Hastora». Por fin cayó en la cuenta de que se trataba de la expresión «¡Hasta ahora!». ¿Dónde habría aprendido Ern a contraer las palabras de aquel modo?

Al día siguiente, Ern partió gozosamente a casa de Larry, bregando por impedir que Sid y Perce le acompañasen.

—Ya os he dicho que no podéis —les dijo—. ¿Cómo vais a presentaros con ese pelo, esas caras, esas uñas y esas camisas?

—Pues tú tampoco te has cepillado el pelo ni limpiado las uñas hasta hoy —gruñó Perce.

Ern bajó al río y, tras atravesarlo en la pequeña barca de pasaje, encaminóse a casa de Larry. Por el camino, tuvo la desgracia de tropezar con su tío. El señor Goon acercóse a él con la cara más

colorada a causa del calor.

—¡Vaya! —exclamó el policía—. ¡Ahí está otra vez mi sobrino Ern! ¿A dónde «vas», si se puede saber? ¿Tienes algún nuevo cuento que contarme sobre príncipes ocultos en cochecitos de niños gemelos?

—No, tío —replicó Ern—. Discúlpame. No puedo entretenerme. Tengo un poco de prisa.

—¿A dónde vas? —repitió el señor Goon, posando una recia mano sobre el hombro de Ern.

—A casa de Larry —confesó éste.

El señor Goon miróle detenidamente.

—¿A qué se debe que vayas tan atildado y bien peinado? ¿Qué te propones?

—Nada, tío —repuso el pobre Ern—. Vamos a ir todos a la Feria de Tiplington.

—¿A… a esa feria «de tres al cuarto»? —exclamó el señor Goon, sorprendido—. ¿Con qué fin vais allí? ¿No será que ese gordinflón maquina algo?

—Es posible —insinuó Ern desasiéndose de la mano de su tío con su brusco ademán—. No se puede negar que es un chico listo. Él no pone en duda las cosas que le digo. ¡Todo lo contrario de ti! ¡Estamos investigando a fondo! ¡Y tarde o temprano daremos con algo!

Dicho esto, el muchacho echó a correr calle abajo, en tanto el señor Goon le miraba, resollando. ¿Sería verdad lo que acababa de decirle su sobrino? ¿Ocurriría algo en Tiplington digno de tenerse en cuenta? ¿Por qué aquel entrometido gordinflón había decidido llevar allí a toda su pandilla?

El policía regresó a su domicilio, cavilando sobre el asunto. De pronto tomó una determinación. ¡Él también iría a Tiplington! ¡Debía vigilar las idas y venidas de aquel chico! Sabía por experiencia que en el momento más inesperado Fatty era capaz de descubrir algo.

El señor Goon sacó su bicicleta a la calle y montó en ella, suspirando. No le gustaba hacerlo cuando apretaba el calor. No le sentaba bien. Pero el deber era el deber.

El hombre se puso en marcha antes que los chicos. Éstos se

entretuvieron tomando un helado con Ern en la pastelería del pueblo. «Buster» iba en la cesta de Fatty, como de costumbre, con la lengua fuera de satisfacción. El perrito no cabía en sí de gozo cuando veía a todos los Pesquisidores reunidos.

Ern practicaba, asimismo, de esta alegría, tanto, que olvidóse por completo de su tío. Sentíase orgulloso de acompañar a los Pesquisidores y de que éstos requiriesen su compañía. Su rollizo semblante aparecía radiante de satisfacción.

—«Esnífico» —repetía el chico—. «Esupendo».

—¿Qué significa eso? —preguntó Daisy, tratando de descifrarlo.

—«Es magnífico». «Es estupendo» —aclaró Bets, riéndose.

—«Esoes» —murmuró Ern, desconcertado.

—«Esoes» —corearon todos, regocijados.

Los seis pedalearon por las sendas campestres que conducían a Tiplington. Tras correr cosa de una milla, vislumbraron una figura familiar, vestida de azul marino, dándole penosamente a los pedales de su bicicleta.

—¡Es Goon! —exclamó Pip, sorprendido—. ¡Supongo que «no» se dirige a Tiplington también! ¡A lo mejor va a la Exhibición Infantil como nosotros! ¡Ern! ¿Le dijiste que pensábamos ir a la Feria?

—Pues, sí —confesó Ern, sonrojándose—. ¿Hice mal? ¡No creí que tuviese importancia!

—No debieras habérselo dicho —refunfuñó Fatty, enojado—. Ahora nos irá siguiendo como una sombra. Con todo, probablemente no querrá hacer lo más importante, o sea, visitar la Exhibición Infantil para ver a los mellizos. Vosotras dos, Bets y Daisy, entraréis en ella con Ern, por si queréis que identifique a los gemelos de la caravana.

—¡Atiza! —protestó Ern—. ¿Qué tengo yo que ver con la Exhibición Infantil? ¡Yo no soy Sid! ¡Sólo de pasar ante una Exhibición Infantil me entran ganas de echar a correr!

—Pues esta vez no correrás —replicó Daisy con firmeza—. Si hay alguna pareja de mellizos, saldré a buscarte, Ern. Conque procura estar disponible y no evaporarte.

—«Sorrible» —lamentóse el pobre Ern—. Sencillamente horrible.

—«Sespantoso» —coreó Fatty irónicamente—. «Sinsufrible».

—¿Vuelves a hablar en un idioma extranjero? —preguntó Ern con interés.

—Me limito a imitar el tuyo —sonrió Fatty—. Ahora, amigos, adelantemos todos al señor Goon dándole al timbre todo lo fuerte que podamos. Tú, «Buster», ladra a más y mejor. Y al adelantarle, gritad todos: «¡Buenas tardes! ¿Cómo está usted?».

Total que, con gran susto, enojo y contrariedad del señor Goon, los seis chicos le adelantaron bulliciosamente, entre timbrazos y ladridos de «Buster», al tiempo que vociferaban:

—¡BUENAS TARDES! ¿CÓMO ESTÁ USTED?

El señor Goon estuvo a punto de meterse en la cuneta. Su ceñuda mirada posóse en las espaldas de los seis veloces ciclistas. El hombre sentíase casi exhausto. Afortunadamente, Tiplington estaba muy cerca ya. Ante esta idea, el policía pedaleó con más brío. Debía llegar a Tiplington cuanto antes por si acaso ocurría algo interesante. ¡Sabe Dios lo que se proponía aquel apestoso de chico!

La Feria no tenía, en verdad, nada de particular. Hallábase instalado en un pequeño campo. En una gran tienda había exposiciones de flores, frutas y conservas, amén de la Exhibición Infantil. Había, además, las consabidas atracciones, consistentes en un pequeño tiovivo, columpios y una barraca de lanzamiento de aros. En una diminuta tienda, una adivina procedía a echar la buenaventura a la gente, prediciendo rachas de buena suerte, atractivos viajes por mar y otras paparruchas.

Al parecer, la Feria prolongaríase tres días, pero la exposición local de flores, frutas y niños sólo podría visitarse aquella tarde.

—Menos mal que vimos aquel anuncio ayer —comentó Bets mientras pagaban los tres peniques por cabeza que valía la entrada, en el portillo de la Feria. «Buster» fue admitido gratis en el recinto, pero Fatty tuvo la precaución de atarlo a una correa.

—¿Cuándo empezará la Exhibición Infantil? —preguntó Daisy—. ¡Mirad! En aquella tienda hay un cartel. ¡Y ya llegan varios niños! ¡Cielos! ¡Qué valor tienen los pobrecillos!

Cochecitos de todas clases desfilaban hacia el interior de la tienda. Los cuatro chicos se alejaron, pero Daisy y Bets quedáronse contemplando a los bebés.

De pronto, Daisy, agarrando a Bets por el brazo, cuchicheó:

—¡Fíjate! ¡Una cuna doble! ¡Y otra! ¡Mellizos! ¿Donde está Ern? Si no nos ayuda él, ¿cómo vamos a adivinar cuáles son los que estaban en la caravana?

Ern había desaparecido. Mientras el muchacho estaba pasando un buen rato montado en un elefante del tiovivo, vio llegar a su tío en la bicicleta, colorado como un tomate resollando y sudando la gota gorda.

Como Ern no tenía el menor deseo de verle el pelo, bajó disimuladamente del elefante para dirigirse a la tienda de la adivina. Una vez allí, escondióse detrás de ella, dispuesta a observar los movimientos del señor Goon. Quería evitar en lo posible todo roce con él.

Daisy y Bets desaparecieron en el interior de la gran tienda, pues la Exhibición Infantil estaba a punto de comenzar. ¡Qué inoportuna había sido la desaparición de Ern! Era de esperar que reapareciese pronto.

—¡Cuatro pares de mellizos! —profirió Bets—. ¡Qué gordos están! No me gustan los niños tan gordos. Además, parecen muertos de calor. Esta tienda es demasiado calurosa para ellos.

—Vamos a ver a los mellizos —instó Daisy—. En realidad, no «necesitamos» a Ern para nada, porque, afortunadamente, sabemos los nombres de los gemelos Marge y Bert.

—¡Ah, «sí»! —exclamó Bets acordándose del detalle.

Bastará con que preguntemos sus nombres a las madres. Es muy fácil.

Los primeros mellizos, uno muy gordo y otro muy menudo y por tanto de escaso parecido entre sí, se llamaban Ron y Mike, según declaración de su orgullosa madre a las dos muchachas.

—Éstos no son —cuchicheó Bets—. Necesitamos un niño y una niña.

Los siguientes eran dos niñas, Edie y Glad, según su madre. La tercera pareja la constituían otros dos niños, exactamente iguales, llamados Alf y Reg.

—Aquí hay una niña y un niño —exclamó Bets—. ¿Cómo se llaman?



—La niña, Margery, y el niño, Robert —respondió la madre orgullosamente—. Están muy crecidos para el tiempo que tienen, ¿no os parece?

Bets y Daisy se dijeron que estaban los dos demasiado gordos y acalorados. ¡Pero sus nombres correspondían a los indicados por Sid!

—¡Margery y Robert! —susurró Bets a Daisy—. Marge y Bert. ¿Dónde está Ern? Tendremos que ir a buscarle para que los vea.

—¡Qué «contratiempo»! —gruñó Daisy—. ¡Pensar que dos de

ellos se llaman Margery y Robert!

Ambas salieron de la tienda presas de gran excitación y, tras minuciosa búsqueda, encontraron a Ern escondido detrás de la tienda de la adivina. Las muchachas le arrastraron hacia la tienda general.

—¡«Tienes» que decirnos si son los mellizos! —gritó Bets.

Daisy propinóle una brusca puñada en la espalda. La pequeña lanzó un grito.

—¿A qué viene esto…? —exclamó.

De improviso, comprendió el porqué de aquella ruda advertencia. El señor Goon estaba apostado junto a la entrada de la tienda, sumamente interesado en lo que Bets acababa de decir a Ern. Sin duda pensó el policía, aquellos chicos habían llevado a Ern a la Feria con algún propósito especial.

Ern entró en la tienda, seguido del señor Goon. —¡Qué lata!— lamentóse Bets al ver al policía. —Oye, Ern. Son los niños del final de la hilera. Acércate a ellos y dinos si son los que buscamos. En caso afirmativo, da un cabezazo. En caso negativo, menea la cabeza. ¡Y ten cuidado con el señor Goon!

Ern pasó ante la hilera de peques. Bets y Daisy observábanle ansiosamente. ¿Haría una seña afirmativa o negativa? ¡Lo malo fue que, para desesperación de las muchachas, Ern no hizo ni lo uno ni lo otro!

Capítulo XVII

La exhibición infantil

El señor Goon pasó también ante la hilera de bebés. Los chiquitines asustáronse al ver su enorme corpachón vestido de azul y su brillante cara coloradota y, naturalmente, echáronse a llorar.

—¡Ha-a-a! —gemían—. ¡Ha-a-a-aaa!

El señor Goon los miró, enfurruñado. No le gustaban los niños. Además, estaba preocupado. Recordaba la extraordinaria historia de Ern del príncipe desaparecido en un cochecito de mellizos. ¡Y allí, ante sus ojos, tenía una hilera de niños gemelos! Según eso, ¿había Fatty dado crédito a aquel cuento? ¿Habría algo de verdad en todo aquello?

El señor Goon decidió observar atentamente a los mellizos. Sin cesar de mirarlos hizo ademán de tocar con el índice a uno o dos de ellos. Al propio tiempo, advirtió que Ern pasaba junto a ellos, mirándolos detenidamente. Por fin, al ver salir al chico por la parte trasera de la tienda, le siguió.

Las madres lanzaron un suspiro de alivio.

—¿Para qué habrá entrado ese hombre? —masculló una de las mamas—. ¿Para asustar a nuestros niños? ¡Los ha alborotado a todos con sus guiños y sus bobadas!

Entretanto, Ern habíase reunido con Bets y Daisy.

—¿«Por qué» no hiciste lo convenido, Ern? —inquirió Bets, enojada—. Prometiste afirmar o negar con la cabeza para calmar nuestra impaciencia. ¿Son ellos o no?

—Pues no lo sé —respondió Ern, desconcertado—. Todos esos críos me parecen iguales. Lo siento, Bets. No podría reconocerles. Son todos exactos.

—Claro está que Bert podría ser la abreviatura no sólo de Robert, sino también de Albert y Hubert —observó Bets—. No sabemos si aquel Bert que conoció Sid se llamaba «Robert».

—¡Se me «ocurre» una idea! —exclamó Daisy de repente—. Busquemos el cochecito en que vinieron Margery y Robert. Seguramente Ern podrá reconocerlo.

—¡Oh, sí! —convino Ern con aire confiado—. Vamos a ver, dejadme recordar. ¿Cómo era, azul o verde oscuro?

Las dos muchachas miráronle exasperadas.

—¡Eres una nulidad! —espetó Daisy—. ¡No nos sirves para nada! ¡Siempre estás en Babia!

Ern quedóse abrumado de vergüenza de pensar. En aquel momento, el señor Goon salió de la tienda. Excuso decir la indignación de las muchachas al ver que Ern echaba a correr como alma que lleva el diablo dispuesto a desaparecer una vez más.

—¡Ern! —gritó Bets—. ¡Vuelve aquí a mirar las cunas!

El señor Goon aguzó el oído. ¡Cunas! ¡Cunas! Sin duda, «ocurría» algo aquella tarde. ¡Aquellos condenados chicos «estaban» investigando algo!

Finalmente, Bets y Daisy, renunciando a Ern, dirigiéronse al lugar donde se alineaban los cochecitos vacíos. Había dos enormes coches dobles, otro muy grande reformado para el transporte de dos niños, y gran cantidad de cochecitos individuales.

—Propongo que aguardemos aquí hasta que venga Ern —murmuró Bets, fatigada—. Me figuro que volverá tarde o temprano. ¿Qué estarán haciendo los tres chicos? ¡Mira! ¡Ahí está el señor Goon! ¡A él también le interesan las cunas!

En efecto, el señor Goon procedía a examinarlas. ¿Hallaría en ellas algún indicio revelador? De hecho, el hombre no se hacía ilusiones. Con todo, las miró una a una detenidamente, con gran asombro de una mamá que acudió a buscar algo para su bebé.

—¿Piensa usted comprar un cochecito? —preguntóle la señora.

Sin dignarse contestar, el policía se alejó en busca de Ern.

A poco, las madres empezaron a instalar de nuevo a sus pequeños en las cunas. Todos habían tomado parte en el concurso y «Margery y Robert» acababan de obtener sendas rosetas con la distinción: «Primer Premio de Mellizos».

—¡Oh! —exclamó Bets, adelantándose—. ¿Han ganado el primer premio? ¡Qué hermosos! ¿Me permite que le lleve uno, señora? Me encantan los niños.

—Preferiría que me trajeras la cuna —jadeó la madre, cargada con sus dos robustos bebés—. Está allí.

—¿Cuál es, señora?

—Aquélla —indicó la madre.

¡Era una pequeña y deteriorada cuna individual! ¡Qué desilusión! ¡Pensar que Bets daba por seguro que aquellos mellizos iban en un cochecito doble! Sin duda, Margery y Robert «no» eran los mellizos que buscaban, ya que Ern y Sid habían afirmado categóricamente que los de la caravana tenían una cuna doble.

Bets llevó la pequeña cuna individual a la señora.

—Tú aquí, Magde —dijo ésta, instalando a la niña en un extremo y al niño en el otro—. Vamos, Robbie, no hagas pucheros. ¡Acaban de darte el primer premio! ¡Anda, ríete, monín!

Daisy y Bets cambiaron una mirada. ¡Magde y Robbie, no Marge y Bert! Eso lo aclaraba todo. Ni eran los mellizos de la caravana, ni aquélla era su madre. ¡Habían hecho un viaje a la Feria absolutamente en balde!

—En fin, Bets —suspiró Daisy—. Propongo que ahora nos divirtamos un poco. Ya hemos hecho nuestra investigación y, como todas las efectuadas hasta la fecha no ha dado resultado. ¡Empiezo a dudar de que alguna vez logremos desentrañar este misterio!

Ambas subieron a las barcas mecedoras y luego probaron suerte en el lanzamiento de aros. Bets logró rodear con un aro un jarrito encarnado y tomó posesión de él, alborozada. En aquel momento presentóse Fatty.

—¡Bets! ¡Daisy! ¿Alguna novedad? ¿Eran los mellizos? ¿Qué dijo Ern?

—¡Oh, Fatty! —exclamó Daisy—. ¡Qué desilusión! Había unos mellizos llamados Margery y Robert y, al principio, pensamos que serían los de la caravana. Pero después descubrimos que los llamaban Magde y Robbie. Ern no nos prestó la menor ayuda. Echó una ojeada a las parejas de mellizos, pero salió con que todos se parecían tanto que no tenía idea de si entre ellos figuraban los de la caravana.

—Además, Magde y Robbie iban en una cuna individual —intervino Bets—. Total que hemos hecho el viaje en balde.

—¡Eso no, Bets! —repuso Fatty conduciéndola hacia el tiovivo —. Vamos, escoge el animal que prefieras y pagaré dos vueltas para que estés contenta.

Bets optó por un león y el muchacho encargado del tiovivo puso a toda marcha el mecanismo con gran regocijo de Bets y sus compañeros de viaje. Éste se prolongó tanto que fue la sensación de todos los presentes.

—¡Qué divertido! —exclamó Bets, bajando del león con piernas vacilantes—. ¡Cielos! ¡Todavía me parece estar dando vueltas y más vueltas!

De pronto, Fatty vio al señor Goon a lo lejos. Entonces, el muchacho, acercándose al chico del tiovivo con expresión sonriente, sostuvo una larga entrevista con él. El chico del tiovivo asintió, riendo. Fatty entrególe unas monedas y se alejó.

—¿Qué has estado fraguando, Fatty? —interrogó Daisy—. Tienes una expresión muy maliciosa.

—He preparado una larga excursión para el señor Goon —declaró Fatty—. ¡Es un obsequio que le hago! ¡Fijaos!

El señor Goon había renunciado a seguir buscando al evasivo Ern que, a la sazón, hallábase escondido debajo de una caravana perteneciente a uno de los feriantes e instalada en el extremo más lejano del campo. Así, pues, al presente el señor Goon optó por dirigirse hacia el lugar donde estaban Fatty, Bets y Daisy. Larry y Pip reuniéronse también con ellos tras haber intervenido sin éxito en el lanzamiento de aros y gastado todo el dinero de que disponían.

—Fijaos —repitió Fatty en voz baja.

Todos procuraron prestar atención aunque, por entonces, nada parecía suceder. De pronto, cuando el señor Goon llegó a las inmediaciones del lugar, el chico del tiovivo y otro muchacho de su edad subieron al tiovivo discutiendo acaloradamente.

Todo el mundo volvióse a mirarles. —¡Si no me lo das en seguida, te calentaré las orejas!— gritaba uno de los muchachos.

—¡No pienso dártelo! —vociferó el otro chico, abalanzándose sobre el primero.

Ambos rodaron por la plataforma del tiovivo, entre fuertes alaridos.

—No te preocupes, Bets —murmuró Fatty sonriendo—. ¡Todo es broma! ¡Ahora fijaos en lo que ocurre!

Al oír el alboroto promovido por los chicos, el señor Goon juzgó oportuno intervenir y, tras estirarse la guerrera y enderezarse el casco, dirigióse al tiovivo con aire importante.

—¡Eh, chicos! ¿Qué os pasa? ¡Reportaos!

—¡Auxilio, auxilio! —chillaba uno de ellos—. ¡Que me está asfixiando! ¡Socorro! ¡Que venga la policía!

El señor Goon subió a la plataforma del tiovivo entre la expectación de gran número de espectadores y curiosos.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió.

De pronto, agarróse al tigre más inmediato. ¡El chico del tiovivo había bajado de la plataforma y puesto en marcha el mecanismo! El tiovivo empezó a girar sin cesar asordando con su música al desconcertado señor Goon, que, a punto de caerse, abrazóse el pescuezo del tigre vociferando furiosamente:

—¡Para ya este chisme! ¡Te digo que lo pares!

Pero al son de la estridente música nadie podía oírle. El tiovivo giraba con tal creciente velocidad que llegó un momento en que ZUMBABA materialmente, con lo cual la figura del señor Goon fue haciéndose cada vez más confusa. Fatty echóse a reír. Los demás le imitaron bulliciosamente. Todo el mundo gritaba. ¡El señor Goon gozaba de muy pocas simpatías en Tiplington!

Por fin el tiovivo aminoró la marcha. El señor Goon seguía agarrado al cuello del tigre, sin atreverse a soltarlo. ¡Pobre señor Goon! ¡El mundo le daba vueltas y el tigre parecía ser su único amigo!

Capítulo XVIII

El descubrimiento de Pip

—Tengo el presentimiento de que lo mejor que podemos hacer es largarnos —dijo Fatty—. ¿Dónde está Ern? ¡Ah, miradle! ¡Menos mal que ha gozado de parte del espectáculo!

Ern acercóse a ellos, sonriente.

—¡Fijaos en mi tío, ahí subido en el tiovivo! ¡No suelta al tigre ni a tres tirones! ¿Qué ha sido, Fatty, un accidente?

—Yo no diría tanto —cloqueó Fatty—. Vamos, todos en marcha. El señor Goon no estará en condiciones de seguirnos en su bicicleta hasta dentro de un rato. Probablemente le dará todo vueltas una buena temporada.

Dicho esto, el muchacho guiñó un ojo al chico del tiovivo y éste correspondió con otro guiño. El señor Goon se enderezó y, apartando cautelosamente un brazo del tigre, intentó andar. Pero al ver que todo le daba vueltas, el hombre abrazó al tigre aún más amorosamente que antes.

—Si sigo mirando me moriré de risa —advirtió Larry—. ¡No puedo más de dolor de costado! En mi vida me había reído tanto. ¡Pobre viejo Goon! ¡Estoy congraciándome con él por el buen rato que me ha hecho pasar! ¿Cómo se las arreglará para bajar de ese tiovivo?

Fatty tuvo que empujarlos a todos hacia la salida. De hecho, sus compañeros moríanse de ganas de ver bajar al señor Goon del tiovivo y de contemplar sus bamboleos por el campo. El chico del tiovivo le gritaba:

—Lo siento, señor. ¡Fue un accidente! ¡De todos modos no le cobraré ni un solo penique, señor! ¡Servicio gratis para el cuerpo de

policía!

El señor Goon decidió no discutir con él por el momento. Sus palabras llegábanle confusamente a los oídos. Agarrándose al tigre con más fuerza, el policía cerró los ojos para ver si el mundo cesaba de darle vueltas de una vez.

Los Pesquisidores y Ern fueron a por sus bicicletas.

—Pasemos por este sendero —aconsejó Ern—. Saldremos antes a la carretera. Lo vi mientras estaba escondido debajo de la caravana.

Los Pesquisidores emprendieron la marcha por el sendero de Ern, que atravesaba el campo a lo largo de las caravanas hasta desembocar en un atajo directo a la carretera.

De pronto, mientras los chicos pedaleaban lentamente ante las caravanas, Pip vio algo que por poco le hizo caer de su bicicleta.

Junto a las caravanas se veía ropa puesta a secar, perteneciente a los feriantes. Pip los contemplaba distraídamente a su paso y he aquí que, de improviso, vio una blusa azul confeccionada con un género corriente. Mas no fue la blusa lo que le produjo tal sorpresa ¡sino los botones cosidos en ella!

—¡Cáscaras! —exclamó—. ¡Parecen iguales que el botón desprendido del pijama del príncipe Bongawah!

Y sacándose el botón del bolsillo, acercóse al tendedero para compararlo con los botones de la blusa. Eran exactamente iguales, azules y dorados, y de una clase muy fina.

Pip echó una ojeada a la caravana inmediata. Era de color verde intenso con las ruedas amarillas. La recordaría perfectamente. Luego pedaleó a toda marcha en pos de Fatty, casi atropellando a los demás en la estrecha senda.

—¿Qué haces, Pip? —protestó Bets, enojado, al ver que su hermano pasaba rozándole el pedal—. ¿A qué viene esa prisa?

Por fin Pip logró alcanzar a Fatty.

—¡Detente un momento, Fatty! ¡Tengo algo importante que decirte!

Fatty se detuvo, sorprendido. Apeándose de su bicicleta, aguardó a su amigo junto al pequeño portillo que conducía al atajo.

—¡Lleva tu bicicleta al pie de aquellos árboles para que no nos vean hablando! —jadeó Pip.

A poco, hallábanse todos reunidos bajo los citados árboles, sin

poder disimular su ansiedad.

—¿Qué sucede, Pip? —preguntó Fatty—. ¿Qué te ha dado de repente?

—¿Recuerdas el botón desprendido del pijama del príncipe Bongawah? —profirió Pip, sacándoselo del bolsillo—. Pues bien, Fatty. Al pasar ante aquella ropa tendida ¡he visto una blusa con botones «exactamente» iguales que éste! ¡Y no cabe duda que se trata de unos botones muy finos y poco corrientes!

—¡Cáspita! —exclamó Fatty, sobresaltado ante semejante declaración.

Y echando una rápida ojeada al botón, murmuró al tiempo que llevaba su bicicleta al sendero:

—Voy a comprobarlo. Aguardadme aquí. Fingiré buscar algo perdido en la hierba.

El chico recorrió el sendero con la cabeza gacha hasta llegar junto al tendedero en cuestión. Inmediatamente, descubrió la blusa. Sin cesar de aparentar como si buscase algo en el suelo, acercóse a la prenda para examinarla. Luego volvió rápidamente al lado de sus amigos.

—Pip tiene razón —declaró con voz excitada—. Esto es muy importante. Temíamos haber perdido la tarde viniendo en busca de un par de mellizos y ahora resulta que hemos descubierto algo mucho mejor.

—¿Qué? —inquirió Bets, emocionada.

—Salta a la vista que esos botones proceden del pijama del príncipe —explicó Fatty—, y que dicho pijama fue destruido para evitar que alguien lo reconociera. Pero la persona que lo hizo, no quiso desprenderse de los bellos botones… ¡y los cosió en esa blusa creyendo que nadie repararía en ellos!

—¡Y tal habría sucedido si Pip no hubiese encontrado ese botón y observado el tendedero! —exclamó Bets—. ¡Oh, Pip, qué listo «eres»!

—Recapacitemos —instó Fatty—. No perdamos el tiempo. ¿Qué significa todo esto? Pues que probablemente el príncipe está por aquí cerca, escondido… de grado o por fuerza. Probablemente se halla en la caravana inmediata al tendedero. Tendremos que tratar de averiguarlo.

—Ahora no podemos entretenernos —objetó Pip—. Mamá nos dijo que Bets y yo debíamos estar de vuelta a las seis, y si no nos damos prisa, no llegaremos a tiempo.

—Yo me encargaré de ello —decidió Fatty sin arredrarse—. Mejor dicho. Regresaré a casa, me disfrazaré de algo y volveré para acá. Trabaré conversación con los feriantes por si acaso pesco algo. Sí, eso será lo mejor. Es preciso que uno de nosotros indague algo cuanto antes.

—¿Por qué no me dejas a mí? —suplicó Ern.

—No, Ern —repuso Fatty—. Vente con nosotros. Anda, haz lo que te digo. Recuerda que soy el jefe. Démonos prisa porque necesitaré un buen rato para disfrazarme bien.

—¿De qué te disfrazarás, Fatty? —preguntó Bets, excitada, mientras descendían velozmente por el atajo. Ern iba un poco mohíno.

—De buhonero —respondió Fatty—, de ésos que venden baratijas. De este modo podré entablar conversación con el personal de la Feria sin dificultad. Pensarán que soy de su clase. ¡Debo averiguar si últimamente se les ha agregado un chico desconocido!

—¡Válgame Dios! —profirió Bets—. ¡De insoluble, este misterio ha pasado a ser casi evidente!

—No lo creas —replicó Fatty, sombríamente—. Este caso es más complicado de lo que parece. ¡Hay algo un poco raro en todo esto!

Las perspectivas no podían ser más emocionantes. Los cinco muchachos pedalearon en silencio, embargados por turbulentos pensamientos. ¿Qué descubriría Fatty? ¿Encontraría al príncipe aquella tarde? ¿Qué era lo que le parecía «un poco raro»?

Llegaron a casa a buena hora. Fatty fue directo a su cobertizo. Sabía exactamente el disfraz que se pondría. Era uno que en anteriores ocasiones había dado excelentes resultados.

Así, pues, la persona que entró en el cobertizo era un muchacho corriente, pero la que salió, distaba mucho de tener tal aspecto. Era un desaliñado buhonero con largos pendientes, una gorra de paño echada sobre la cara, un pañuelo encarnado atado al cuello y unos dientes conejunos. ¡Fatty iba disfrazado!

Llevaba unos sucios pantalones de franela y unos viejos zapatos de gimnasio además de un cinturón rojo y un mugriento jersey

amarillo. De su espalda pendía un zurrón lleno de frascos de todas clases con rótulos que decían: «Remedios para los resfriados», «Remedios contra las verrugas», «Loción para los sabañones», y toda suerte de fantásticas pociones inventadas por Fatty para proveer su zurrón de buhonero.

El chico ascendió por el sendero, sonriente, dejando al descubierto sus dentorros, blancos y feos. Llevaba una dentadura postiza de plástico. ¡Nadie habría sospechado que bajo aquel disfraz se ocultaba el detective Fatty! ¡Parecía un auténtico gitanillo o buhonero ambulante!

Tomando la bicicleta, volvió a Tiplington. ¡Qué listo había sido Pip con lo de los botones! Gracias a él, el misterio volvía a estar sobre el tapete, como se dice vulgarmente. Rápidamente, Fatty maduró su plan.

—Primero iré al campo de la Feria. Me sentaré allí y entablaré conversación con el chico del tiovivo o con quien sea. Averiguaré quién vive en aquella caravana verde y amarilla y pretenderé conocer a sus habitantes o tal vez convenceré al chico del tiovivo que me lleve a ella para presentarme. Entonces comprobaré quién está en la caravana y echaré un vistazo por los alrededores. ¡Confío en que el plan dará resultado!

No tardó en llegar a la Feria. Al presente, ésta estaba más animada porque habían dado las siete ya. El tiovivo funcionaba alegremente. Las barcas flotantes volaban a gran altura. Elevábanse murmullos de risas y conversaciones por doquier.

«¡Manos a la obra! —pensó Fatty, escondiendo cuidadosamente su bicicleta en un espeso arbusto—. ¡Manos a la obra! ¡Es cuestión de volver a aguzar el ingenio, amigo mío, y ver lo que se pesca!».

El muchacho vagó por el campo. Nadie le hizo pagar la entrada dado su aspecto de feriante. Fatty echó una mirada circular. El chico del tiovivo seguía allí, en su sitio. ¿Le interpelaría? No, estaba demasiado ocupado. Lo mismo le ocurría al encargado de la barraca de lanzamiento de aros. Fatty siguió caminando, con la mirada atenta.

Llegó entonces junto a los columpios. El hombre al cuidado de ellos, oprimíase el brazo como si éste le doliera.

—¿Qué le pasa, amigo? —preguntó Fatty, acercándose—. ¿Se ha

lastimado?

—Una de las barcas me ha dado en el codo al descender —lamentóse el hombre—. ¿Quieres vigilarlas un momento mientras voy a curarme?

—Con mucho gusto —accedió Fatty.

Y cuidó de los columpios lo mejor que pudo hasta que regresó el hombre con el brazo primorosamente vendado.

—Gracias —agradeció éste—. ¿Perteneces a nuestro grupo o acabas de llegar?

—Acabo de llegar —declaró Fatty—. Me enteré de que unos conocidos míos andan por aquí y decidí venir a hacerles una visita.

—¿Cómo se llaman? —preguntó el hombre.

—No recuerdo en este momento —masculló Fatty, despojándose de la gorra para rascarse la cabeza.

Por último, contrayendo la cara en un esfuerzo por recordar, aventuró:

—Barlow o Harlow… No, no es eso.

—¿A qué especialidad se dedican? —interrogó el hombre.

—¡Un momento! —exclamó Fatty—. ¡Ahora me parece recordar un detalle! Tenían una caravana verde con ruedas amarillas. ¿Hay alguna así en esta Feria, amigo?

—En efecto —asintió el hombre, tomando unas monedas de un parroquiano—. Los Tallery. ¿Te refieres a ésos? ¡Tienen una caravana verde y amarilla allí al fondo!

—¡Eso es! —convino Fatty—. ¡Los Tallery! ¡Mire usted que no acordarme! ¿Siguen todos aquí en la Feria?

—Pues, que yo sepa, están la abuela, la señora Tallery y un sobrino llamado Rollo —enumeró el hombre—. Eso es todo. El jefe, Tallery, se halla ausente para atender a cierta ocupación.

—¡Ah! —exclamó Fatty, como aquél que sabe a qué atenerse—. En este caso, no sé si atreverme a ir a verles. Es posible que los otros no me recuerden.

—Ya te acompañaré yo, amigo —ofrecióse el servicial hombre de las barcas—. ¿Cómo te llamas?

—Smith —apresuróse a contestar Fatty, recordando que la mayoría de los gitanos se llamaban Smith—. Jack Smith.

—Si aguardas a que esta tanda termine su paseo, te llevaré —

prometió el hombre—. Aunque a lo mejor no están en este momento. Esta tarde he visto salir a la abuela y a la señora Tallery.

—De todos modos, le agradecería que me acompañase —instó Fatty—. ¡Puede usted decirles que conozco al jefe Tallery!

Capítulo XIX

Rollo habla por los codos

El hombre de las barcas llevó a Fatty a la caravana vende y amarilla. Ante ella había una vieja sentada en una combada silla de mimbre que crujía bajo su peso. La mujer llamaba a grandes voces:

—¡Rollo! ¿Dónde se habrá metido ese condenado chico? ¡Cuando le pille, le baldaré las costillas!

—Hola, abuela —saludó el hombre de las barcas, acercándose—. ¿Ya ha vuelto a marcharse ese tunante de Rollo? Si le veo, le daré un sopapo y se lo mandaré a usted. Es el chaval más perezoso que he conocido en mi vida.

—¡Y que lo diga! —gruñó la abuela—. Su tía ha ido al pueblo y, antes de marcharse, le dijo que limpiara todas las ventanas y cristales de la caravana. ¡Están tan sucios que no puedo hacer calceta ahí dentro!

—Entonces, reparando en Fatty, la mujer inquirió:

—¿Quién es éste? No le conozco. ¿Quiere ver al jefe Tallery? No está aquí. No volverá hasta dentro de unos días.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Fatty—. Tenía muchos deseos de verle.

—Es un amigo suyo —explicó el hombre de las barcas a la abuela. Se llama Smith.

Y volviéndose a Fatty, agregó:

—Puedes sentarte a charlar un rato con esta señora. ¡Estará encantada! ¿Qué llevas en el zurrón? ¿Algo que pueda interesarla? Yo me vuelvo a mis columpios.

Fatty abrió su zurrón y empezó a sacar frascos y botes. La abuela los contempló un momento y, cloqueando como una gallina,

exclamó:



—¡Ja, ja, ja! ¿Conque te dedicas a ese ramo, eh? ¡Agua teñida y polvos coloreados! Mi padre se dedicaba a lo mismo y le resultaba lucrativo. Ya puedes volver a meterlo todo en tu zurrón, muchacho. No necesito esos chismes. ¡Soy demasiado vieja y experimentada para caer en esas trampas!

—No pensaba tratar de venderle ninguno de mis productos, abuela —aseguró Fatty, adoptando una voz muy parecida a la de

Ern—. ¿Cuándo dijo usted que regresaría la señora Tallery?

—¡Nunca sé a qué atenerme! —gruñó la abuela, enojada—. Siempre anda de la Ceca a la Meca. Tan pronto está aquí como se marcha dejándome sola días y días. Sin ir más lejos, hace unos días se fue a no sé dónde, y ha vuelto sin dar explicaciones.

Fatty aguzó los oídos. Aquella señora Tallery. ¿No sería la mujer de la caravana… la mujer de los mellizos?

—¿Cuántos hijos tiene? —inquirió Fatty.

—Ella y el jefe Tallery nunca tuvieron hijos —declaró la abuela —. Por eso adoptaron a Rollo, aunque nunca he comprendido cómo se les ocurrió hacerse cargo de un diablo como ése. Su madre tiene otros once chicos y, naturalmente, se alegró mucho de librarse de él.

—Se comprende —comentó Fatty como aquél que está al cabo de la calle de todo.

En el momento en que se disponía a formular otras pocas preguntas, reapareció el hombre de las barcas llevando de la oreja a un morenillo gitanillo.

—Aquí le traigo a Rollo, abuela —dijo el hombre—. ¿Qué quiere usted, que le obligue a limpiar los cristales o que me lo eche a la rodilla y le dé una tunda primero?

—¡No! —protestó Rollo, tratando de escabullirse—. ¡Ya haré los cristales, so bruto!

El hombre de las barcas zarandeóle violentamente. Luego, lanzando una sonora carcajada, se alejó una vez más. Fatty observó al irritado muchacho. No era muy robusto (por el estilo de Pip), y su ceñuda expresión conferíale un aire muy perverso y desagradable. La abuela le dio un buen rapapolvo, profiriendo una serie interminable de indignadas reconvenciones. Pero el chico limitóse a dirigirle una burlona mueca.

Luego fue a buscar un cubo de agua y una gamuza, con el evidente fin de limpiar los sucios cristales de las ventanas. La abuela levantóse trabajosamente para subir a la caravana.

—Tengo frío —manifestó—. Vigila un momento a ese chico, ¿quieres? ¡Si cesa de trabajar, llámame!

Fatty ayudó a la anciana a subir la escalerilla de la caravana. La mujer pareció sorprenderse de la atención.

—¡Caramba! —exclamó—. Mi hijo, el jefe Tallery, no suele tener amigos como tú. ¡Es la primera vez que uno de ellos me ayuda a subir la escalerilla!

Dicho esto, la mujer desapareció en el interior de la sucia y maloliente caravana. Entre tanto, el chico, sin desarrugar el ceño, roció los cristales con el agua del cubo, dejándolos tan mojados y borrosos que aún cobraron un aspecto más mugriento que antes.

Fatty aguardó que el muchacho diese fin a su tarea.

Rollo vació el cubo, arrojó la gamuza debajo de la caravana e hizo una mueca a Fatty.

—Toma —dijo éste, sacándose unas monedas del bolsillo—. Tengo hambre. Ve a comprarme algo con este dinero y, cuando lo traigas, nos lo repartiremos. ¡Vamos, date prisa!

—De acuerdo —accedió el chico con expresión huraña.

Y tomando el dinero se marchó. A poco, volvió con dos empanadas, cerveza de jengibre, y cuatro enormes tartas de fruta.

—¿Eres amigo de la abuela? —preguntó el muchacho, sentándose al lado de Fatty—. Es una regañona de espanto. Prefiero a mi tía. «Ella» no está por tonterías.

—¿Creo que tienes muchos hermanos y hermanas, verdad? —inquirió Fatty, comiéndose la empanada, a pesar de comprobar que ésta estaba seca y algo rancia.

—Sí, once —respondió Rollo—. Los menores son mellizos. Se pasan el día berreando.

—¿«Mellizos»? —exclamó Fatty, al punto—. ¿Qué edad tienen?

—No sé —gruñó Rollo—. Todavía no andan. Hace poco se vinieron con mi tía porque mi madre se puso enferma.

—¿Aquí? —exclamó Fatty, mascando a dos carrillos—. ¡Nunca habría dicho que hubiese sitio para todos vosotros en esta caravana!

—Sólo estuvieron un día aquí —aclaró Rollo—. Entonces mi tía alquiló una caravana en el Campamento Escolar y los llevó allí.

Fatty siguió masticando a más y mejor, pero, de pronto, sus ojos centellearon en su tiznado semblante. ¡Ajá! ¡Por fin se hallaba sobre la pista! ¡De modo que la tía era la mujer de la caravana y los hermanitos gemelos de Rollo, los mellizos de la cuna sospechosa!

—Déjame recordar… —murmuró Fatty—. Los mellizos se llaman Marge y Bert, ¿no es eso?

—Exacto —asintió Rollo—. Conoces bien a la familia. Están Alf, George, Reenie, Pam, Doris, Mil lie, Reg, Bob, Doreen… y Marge y Bert.

—¿Y tú eres el expulsado, eh? —comentó Fatty, contemplando las tartas de fruta sin decidirse a tomar una.

—¡Arrea! —protestó Rollo, indignado—. ¿Quién te ha dicho que me expulsaron? ¿Por qué crees que el jefe Tallery me eligió «a mí» entre todos? Pues para que lo sepas, «ahí va»: ¡porque sé hacer comedia porque tengo talento y porque le soy muy útil para todo!

—Apuesto a que sólo eres un engorro para él —masculló Fatty, tratando de incitar a Rollo a contarle más cosas—. ¡Un pilluelo como tú!

Rollo tragó el azuelo al punto.

—Atiende, caballerete —barbotó, enfurruñado—. Voy a decirte algo. Sé hacer cualquier papel. Por ejemplo, puedo hacer de lazarillo (ése es uno de los sistemas que tenemos el jefe Tallery y yo de ganar dinero; él hace de ciego y yo de acompañante). Puedo ir de compras con mi tía y esconderme cosas en la manga, mientras ella charla con la tendera. ¡Y si conviene, hasta puedo ser un «príncipe»!

Fatty dio un respingo. ¡Un príncipe! ¿Qué querría significar el chico con semejante salida? Fatty volvióse a mirarle de hito en hito. El gitanillo le sostuvo la mirada, insolentemente.

—Qué sorpresa te has llevado, ¿eh? —exclamó, al fin, Rollo, con aire de triunfo—. Apuesto a que no lo crees, caballerete.

—No, no puedo creerlo —murmuró Fatty, con la esperanza de inducir al gitano a seguir hablando.

La cabeza le daba vueltas. ¿Un príncipe? ¿Qué significaba todo aquello?

—¡Sabía que no me creerías! —profirió Rolló—. En fin, creo que he hablado demasiado. Lo mejor será que me calle ya de una vez.

—Eso es porque no tienes nada que decir —espetó Fatty—. Te estás inventando una porción de mentiras para darte pisto. ¡Tú, un príncipe! ¡Un zarrapastroso de tu calaña, dándoselas de príncipe! ¿Por quién me has tomado, chaval?

El gitanillo echóle una mirada incendiaria. Luego atisbando a su alrededor como si temiera que alguien le oyese, farfulló:

—Atiende, caballerete. ¿Te acuerdas de todo aquel jaleo de noticias publicadas hace pocos días en los periódicos sobre un príncipe secuestrado llamado príncipe Bonga-Bonga o algo por el estilo? ¡Pues para que te enteres! ¡El príncipe era yo!

—¡Anda, ve a contar ese cuento chino a tus hermanos gemelos! —saltó Fatty, desdeñosamente, procurando disimular su interior excitación—. El príncipe Bongawah es un príncipe «de verdad», pertenece a un reino llamado Tetarua. He visto fotografías suyas.

—¡Pues te repito que era yo! —insistió el chico, enojado ante la incredulidad de Fatty.

—¿De veras? —exclamó éste, con sarcasmo—. Entonces, tal vez podrás explicarme cómo fuiste secuestrado y traído aquí.

—Muy sencillo —declaró el muchacho—. No fui secuestrado. Todo cuanto tenía que hacer era pasar unos días en el campamento, fingiendo ser el príncipe y diciendo jerigonzas, y, por fin, una determinada noche, deslizarme por el seto y esconderme en la caravana de mi tía. Pero ¿a que no adivinas cómo me largué?

Fatty se dijo que «podía» aventurar un buen barrunto, pero, prudentemente, fingió el máximo desconcierto.

—¡Cáspita, qué historia más inverosímil! —contestó—. ¿De veras hiciste todo esto? Bien, ¿«cómo» te largaste?

—Mi tía sacó las tablas del fondo de la cuna doble de mis hermanos mellizos, y yo me acurruqué dentro —manifestó Rollo, sonriendo—. Luego, mi tía instaló a los mellizos encima de mí. ¡Menudos berridos pegaron los condenados!

—Y entonces tu tía te trajo aquí —concluyó Fatty, fingiéndose boquiabierto de admiración—. ¡Qué fantástico eres, Rollo! Al principio, no podía creerte, pero ahora me has convencido. ¡Eres un prodigio!

Este inesperado elogio tuvo la virtud de esponjar a Rollo de orgullo. Inclinándose hacia Fatty, el gitanillo cuchicheó:

—¡Y, si quisiera, podría decirte algo más! ¡Podría decirte dónde está el «verdadero» príncipe! ¡La poli daría cualquier cosa por saber lo que sé «yo»! ¡Eso que te conste, caballerete!

Capítulo XX

Fatty vuelve a casa

Fatty quedóse tan sorprendido que no acertaba a articular una palabra. Al verle de aquel modo, Rollo sonrió, regocijado.

—No me importa «haberte» contado todo esto, porque eres amigo de mi tío, el jefe Tallery —exclamó el chico, comprendiendo, de pronto, que había revelado una porción de secretos—. Pero no le digas que te lo he explicado.

—No temas —tranquilizóle Fatty—. Además, tu tío no está aquí. ¿Dónde está?

—Pues verás. Él cree que no lo sé, pero me consta que, está en los Pantanos de Raylingham. Oí que se lo decía a su amigo Joe, en una conversación que sostuvieron los dos, sin sospechar que yo andaba por allí cerca.

—¿Y es allí donde está el príncipe… el verdadero príncipe? —inquirió Fatty.

Súbitamente, Rollo mostróse cauteloso.

—Creo que estoy hablando demasiado. ¿Qué bicho me ha picado? Olvida lo que te contado de ese príncipe, ¿oyes? No sé dónde está.

—Aseguraste que lo sabías hace un momento —instigó Fatty.

—Bien, puede que lo sepa y puede que no lo sepa —gruñó Rollo —. Pero no pienso «decírtelo».

—Como quieras —convino Fatty—. Al fin y al cabo, ¿a mí qué me importa? Lo que no me explico es que tuvieras que disfrazarte de príncipe, escaparte y hacer creer a la gente que te habían secuestrado. No acierto a comprender el porqué de todo esto.

—Pues debieras comprenderlo —espetó Rollo, rudamente—. A

no ser que seas un poco duro de mollera.

—¡Vaya con lo que sales ahora! —protestó Fatty—. ¿Habráse visto tupé? ¿Qué culpa tengo yo de no ser ni remotamente tan listo como tú? ¡Aunque estuviera veinte años pensando, no comprendería el intríngulis de todo esto!

—Pues resulta muy sencillo —aseguró Rollo, gozando infinitamente de la situación—. Atiende y verás. Al parecer, hay alguien interesado en deshacerse de un príncipe para evitar que éste ocupe algún día el trono. ¿Estás en el caso de esto?

—Sí —asintió Fatty, humildemente.

—Pero habría sido muy difícil secuestrarle y sacarle del país antes de que la policía descubriese su desaparición —prosiguió Rollo—. Así, pues, todo cuanto sucedió fue que, al ser enviado el príncipe en coche al Campamento Escolar, el chófer se detuvo en un lugar convenido y el príncipe fue trasladado a otro coche en tanto yo ocupaba el primero, vestido de veinticinco alfileres como el príncipe.

Súbitamente. Fatty comprendió. ¡De modo que «aquello» era el cómo, el dónde y el porqué! Alguien quería quitar de en medio al príncipe sin que el secuestro se descubriera hasta haber tenido tiempo de llevar al muchacho a otro sitio, cosa que resultaba extraordinariamente fácil con la complicidad del chófer. Todo consistía en cambiar los chicos durante el viaje y aleccionar al impostor conforme permanecería unos pocos días en el campamento haciéndose pasar por el verdadero príncipe y luego se reuniría con su tía al otro lado del seto para desaparecer con los mellizos en el cochecito doble, previsto para el caso. Nadie sospecharía que la mujer tenía algo que ver con el segundo «secuestro», el cual, prácticamente, era el primero y único secuestro. ¡Nadie barruntaría el auténtico secuestro!

—¡Qué plan más estupendo! —exclamó Fatty, en tono de profundísima admiración—. El jefe Tallery es mucho más listo de lo que me figuraba. ¡Cáscaras, qué talento! La próxima vez que lo vea, le pediré que me permita intervenir en su próxima faena. ¡Debe de haber mucho dinero detrás de todo esto!

—Lo hay —corroboró Rollo, jactosamente—. Calculo que por lo menos cobrará cien libras, de las cuales ha prometido darme con

seguridad diez por mi suplantación del príncipe.

—¡Sopla, vas a ser rico! —exclamó Fatty—. ¿Te gustaba hacer de príncipe? ¿No te olvidabas nunca de hacer comedia?

—No —repuso Rollo—. Era muy fácil. Soy tan moreno como el príncipe y más o menos de su misma edad y estatura. Recibí órdenes de no hablar inglés y decir sólo jerigonzas sin sentido. El único mal rato que pasé fue cuando uno de las maquinadores del plan acudió a verme para ver cómo iba la cosa e insistió en sostener sobre mí la Sombrilla de Ceremonial. Me sentí ridículo. Todos los chicos se burlaban de mí.

—¿Lo pasaste bien en tu papel de príncipe? —inquirió Fatty.

—Bastante —contestó Rollo—. Por primera vez en mi vida, dormí en pijama, un hermoso pijama de seda azul y dorada, con botones a juego. Mi tía tenía orden de quemarlo en cuanto llegase aquí y así lo hizo, para evitar que alguien lo reconociera. Pero guardó los botones y los cosió en un blusa. Eran tan buenos, que le dio lástima tirarlos.

Fatty no pudo menos de dar gracias al cielo de que la tía de Rollo hubiese sido tan conservadora en lo tocante a los botones. Si no los hubiese cosido en la blusa, si no hubiese lavado la prenda para tenderla luego en el tendedero, Pip no habría descubierto los botones y, a estas horas, él no estaría sobre aquella magnífica pista.

—Supongo que el jefe Tallery colaboró en la maquinación del plan —profirió Fatty—. ¿Debe de ser muy listo, verdad?

—Es un as —ensalzó Rollo, orgullosamente—. Un tío como pocos. Me encantaba hacer de príncipe, pero cuando los chicos del campamento querían que me bañase, armaba un alboroto de espanto. Constantemente me echaban en cara el que no me asease ni lavase los dientes. Muchas veces tenía tentaciones de contestarlas adecuadamente y hasta dije unas pocas frases en inglés; pero temía traicionarme si pendía los estribos.

—Naturalmente —convino Fatty—. Al parecer, hiciste muy bien tu papel. No creo que nadie sospechase que no eras el verdadero príncipe. ¿Te pareces a él físicamente?

—Bastante —declaró Rollo—. Es un chico corriente como yo. Mi máxima preocupación era que algún conocido del príncipe acudiese a verme. Pero, afortunadamente, no fue así.

—¿Y dices que sabes a dónde llevaron al príncipe? —insistió Fatty—. ¿Sigue aún en el mismo sitio?

Una vez más, Rollo mostróse reservado.

—No pienso decirte eso —replicó—. No quiero que mi tío me desuelle vivo, ¿oyes? Ni siquiera sabe que oí a dónde pensaba ir.

Fatty llegó a la conclusión de que no podría sacarle una palabra más. Por fortuna, al presente conocía perfectamente todo el complot. ¡Qué sencillo, qué bien llevado a cabo! Gracias al hábil disimulo del verdadero secuestro con el falso, había sido posible embaucar a la policía y evitar que ésta procediera a la búsqueda del príncipe hasta varios días después de su «auténtico» secuestro.

¿Habríanse deshecho ya del verdadero príncipe sus secuestradores? ¿Volvería a saberse de él? Contando con que lo tuviesen aún escondido, no había tiempo que perder. Podía sucederle algo en cualquier momento.

Los Pantanos de Raylingham. Si el tío de Rollo, el jefe Tallery, estaba allí, probablemente también se hallaban en el lugar todos los componentes de la banda y el príncipe secuestrado. ¿Dónde estaban aquellos Pantanos? Fatty decidió buscarlos en el mapa en cuanto llegase a casa.

Con un suspiro, el muchacho se puso en pie para marcharse. Estaba anocheciendo ya y en el campo sólo quedaba el personal de la Feria. Fatty no había podido acudir a cenar. Afortunadamente, sus padres estaban ausentes y no se enterarían de su escapatoria.

—Bien —dijo a Rollo—, hasta otro rato. Debo marcharme.

—¿No esperas a que vuelva mi tía? —interrogó el gitanillo, que, por entonces, habíase encariñado ya un poco con Fatty—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Jack Smith —repitió Fatty—. No, no puedo aguardar. Salúdala de mi parte y dile que ya volveré por aquí otro día, aunque es posible que ella no me recuerde.

Y mientras Fatty iba en busca de su bicicleta para regresar a casa, pensó para sus adentros:

«¡Qué va a recordarme! ¡Diantre! ¡Ahora resulta que no me he traído la luz! ¡No pensaba volver a casa tan tarde! ¡Confío en que no me pille el viejo Goon!».

Fatty alejóse velozmente, dándole vueltas al magín. ¡Qué

complot! Ahora comprendía por qué aquel misterio habíales parecido tan peculiar. ¡De los dos secuestros perpetrados sólo uno, el falso, había sido dado a conocer!

Los Pantanos de Raylingham. ¿Habría una casa en los pantanos? ¿Estaría el príncipe allí escondido? ¿Habría Rollo oído bien el nombre, o se lo inventaba? Era un chico tan charlatán, fachendoso y presumido que, a lo mejor, parte de lo que había dicho era mentira. Fatty avanzaba por el camino tan ensimismado en estos pensamientos, que llegó a Peterswood casi sin darse cuenta.

Como no llevaba luces, extremó las precauciones a la entrada del pueblo. Pero he ahí que, de pronto, salióle al paso una oscura figura agazapada detrás de un árbol y le gritó autoritariamente:

—¡Eh, tú! ¡Detente! ¿Dónde vas sin luz? ¿No sabes que eso es faltar al reglamento?

«¡Goon! —pensó Fatty—. ¡Lo que faltaba!».

Y apeóse de la bicicleta, tratando de inventar algún pretexto para salir del paso.

Goon le enfocó con su linterna. Al ver a aquel andrajoso vagabundo con un zurrón a la espalda, el policía sospechó inmediatamente.

—¿Es tuya esta bicicleta? —inquirió, secamente.

—¡Tal vez! —respondió el buhonero con insolencia.

—Será mejor que me acompañes para acreditar tu personalidad —empezó Goon—. ¡Mira que conducir sin…!

—Sosténgame usted la bicicleta mientras me ato el zapato — instó el buhonero empujando el vehículo hacia el policía con tal fuerza, que éste tuvo que sujetarlo para evitar que le cayese encima.

¡Y mientras lo sujetaba, Fatty echó a correr como un gamo!

—¡Alto! —gritó Goon—. ¿Conque esas tenemos, eh? ¡Detente, ladrón!

Al tiempo que así se expresaba, el policía montó en la bicicleta para perseguir al fugitivo. Pero éste precipitóse a un sendero por el cual no podían circular los ciclistas y Goon tuvo que desistir de su empeño. ¡No podía circular sin luces por un sendero de circulación prohibida porque, si lo hacía, a buen seguro aparecería aquel gordinflón como por arte de encantamiento y le sorprendería en falta! En consecuencia, Goon optó por dar media vuelta y regresar a

su casa. Aquella bicicleta resultábale vagamente familiar. Al llegar a su domicilio, metióla en el vestíbulo para examinarla. Luego, tomando su libreta, anotó una descripción completa del vehículo.

—Tamaño grande. Marca: Atlas. Color: negra con líneas encarnadas. Cesta delante. Sin luces. En buen estado.

Seguidamente, escribió una descripción del individuo que la llevaba.

—Vagabundo. Gorra de paño echada sobre la cara. Pañuelo rojo al cuello. Jersey mugriento. Pantalones de franela. Pendientes. Grosero e insolente. Tuve que obligarte a entregar la bicicleta, ya que en seguida me figuré que la había robado. Tras un tremendo forcejeo, logré arrebatársela, y entonces, el sujeto huyó, despavorido.

En aquel preciso instante, sonó el teléfono. El hombre dio un respingo.

—Aquí, la policía —dijo, tomando el receptor.

—¿Es usted, señor Goon? —inquirió la voz de Fatty al otro extremo del hilo—. Siento «muchísimo» molestarle, pero debo informarle que me han robado la bicicleta. Ha desaparecido. Temo que le resulte a usted imposible dar con el ladrón, pero he juzgado preferible dar parte.

—Características de esa bicicleta, por favor —solicitó Goon adoptando el tono más profesional posible.

—Sí, señor —accedió Fatty—. Tamaño grande. Marca: Atlas. En muy buen estado. Negra con una raya encarnada. Una cesta delante. Y…

Aclarándose la garganta, Goon declaró pomposamente:

—Aquí la tengo, Federico. Hace un cuarto de hora, sorprendí a un vagabundo conduciéndola. Un tipo insolente y duro de pelar. No quiso entregarme la bicicleta cuando se la requerí.

—En este caso, ¿cómo pudo usted recuperarla? —preguntó Fatty, con voz asustada.

—A fuerza de forcejeos —respondió Goon, recurriendo a la imaginación—. Fue un poco difícil, pero, al fin, se la arrebaté de las manos. El tipo se asustó tanto, que echó a correr coma alma que lleva el diablo. Entretanto, me traje la bicicleta aquí. Puedes pasar a recogerla, si quieres.

—¡Caramba! —exclamó Fatty, con admiración—. ¡Qué actuación más rápida la suya, señor Goon!

El policía se puso muy hueco al oír semejante elogio, tanto más cuanto que aquel gordinflón no solía prodigárselos.

—Yo nunca pierdo el tiempo —masculló el señor Goon, muy dignamente—. Bien, quedamos en que pasarás por aquí dentro de un par de minutos, ¿no es eso?

—¡Dentro de diez minutos me tendrá usted ahí! —prometió Fatty, alborozado.

Y colgó el receptor.

Capítulo XXI

El señor Goon pasa un mal rato

A los diez minutos, Fatty presentóse en casa del policía, limpio, y pulido. Había tenido el tiempo justo de despojarse del disfraz y lavarse la cara y las manos, pero se reservó un minuto para reírse a mandíbula batiente de la historia del vagabundo en la versión del señor Goon.

Éste acudió a abrirle la puerta, conservando su pomposidad.

—Allí la tienes —dijo, señalando el rincón del vestíbulo donde estaba la bicicleta—. De la policía nadie se burla, Federico.

—Reconozco que ha hecho usted una faena magnífica —ensalzó Fatty con tal admiración que el señor Goon sintióse compelido a repetir la historia del vagabundo realzándola con nuevos y pintorescos aditamentos.

—Le estoy muy agradecido, señor Goon —declaró Fatty, encarecidamente—. A cambio de este gran favor, quiero informarle de cierta noticia. Hemos descubierto algo más con referencia al secuestro. Me consta que Ern le puso a usted en antecedentes de lo del príncipe escondido en un cochecito debajo de unos niños, ¿recuerda usted? Pues bien, ahora hemos averiguado que aquél no era el verdadero príncipe, sino un gitano que había suplantado su personalidad. «Parece» ser que el verdadero príncipe está en los Pantanos de Raylingham.

Durante el relato de Fatty, el señor Goon fue enfurruñándose gradualmente.

—Oye, chico —estalló al fin el policía—. ¿Por qué no inventas un cuento mejor? ¿Cuántos príncipes intervienen en esta historia?

—Le aseguro que no le engaño, señor Goon —afirmó Fatty—.

Prometí ayudarle esta vez, y estoy intentándolo. Pero usted complica mucho las cosas con su actitud incrédula y pasiva.

—Lo mismo te digo —refunfuñó Goon—. Primero os disfrazáis de extranjeros y habláis como si lo fuerais. Luego encargas a Ern que me cuente una historia de príncipes y cochecitos de mellizos, y ahora me sales con que el pasajero de éste era un gitano y conque quieres que vaya a perder el tiempo a los Pantanos de Raylingham en busca de otro príncipe. ¡No pienso complacerte!

—No pretendo que pierda usted el tiempo —repuso Fatty—. Sólo le sugiero que telefonee al Inspector Jefe y se lo cuente todo. Él le dirá lo que hay que hacer.

—Atiende —farfulló el señor Goon, empezando a sofocarse—. Una vez telefoneé al jefe para informarle de lo sucedido con una tal princesa Bongawee, hermana del príncipe, y resultó ser todo una invención tuya para ponerme en ridículo. ¡No menees la cabeza! ¡Me consta que lo hiciste! Después, trataste de que le contara otra historia estúpida, y ahora quieres que le explique esta nueva patraña. ¡Píntatelo al óleo!

—Le aconsejo que lo haga —insistió Fatty—. ¿O prefiere que me encargue yo? En este caso, toda la gloria volverá a recaer sobre mí.

—Tú tampoco tienes que telefonear para nada —soltó el señor Goon—. ¿Por qué no te mantienes al margen de este asunto? ¡Yo me encargo de él! ¡Tú no haces más que entorpecer la acción de la Ley! Eres un incorregible entrometido, un…

—¡Calma, calma, señor Goon! —interrumpió Fatty, tomando la bicicleta por el manillar para sacarla del vestíbulo—. ¡No se entusiasme! ¿Qué sacará usted con perder los estribos?

Llevando la bicicleta a la calle, montó en ella, al tiempo que se volvía para decir:

—¡Ah, se me olvidaba preguntarle una cosa, señor Goon! ¿Sabe usted si aquel vagabundo con quien tuvo que habérselas logró atarse el zapato al fin?

Sin aguardar la respuesta, Fatty pedaleó, cloqueando, calle abajo. El señor Goon quedóselo mirando de hito en hito en la oscuridad, presa del máximo desconcierto. ¿Cómo sabía aquel chico que el vagabundo había dicho que quería atarse el zapato? Él no había mencionado para nada el incidente. ¿«Cómo» se explicaba,

pues, que Fatty lo supiera?

De pronto se hizo luz en su cerebro. Como un autómata, dirigióse a su salita de estar y, sentándose pesadamente en su sillón, sepultó la cabeza entre las manos con un gemido. ¡El vagabundo era Fatty! Habíale arrebatado la bicicleta y, al darle cuenta el chico de su desaparición, invitóle a pasar a recogerla, dándose jabón y, para colmo, habíasela entregado sin aludir para nada el detalle de que el vehículo no llevaba la luz anterior reglamentaria.

¿Quién le mandaba inventar aquella fantástica historia? ¡Cómo debía de haberse reído Fatty para sus adentros! El señor Goon pasó al menos media hora pensando en todas las horribles venganzas de que ansiaba hacer objeto a Fatty, pero ¡ay!, sabía perfectamente que jamás tendría ocasión de ponerlas en práctica. ¡Fatty era de los que sabían nadar y guardar la ropa!

Una vez más sonó el teléfono y, dando un respingo, el señor Goon tomó el receptor furiosamente. ¡Si el comunicante era aquel gordinflón le cantaría las cuarenta!

Pero no era Fatty. Era un mensaje del Inspector Jefe sucintamente transmitido por otro policía.

—¿El agente Goon? Ahí va un mensaje del jefe. Según informes de uno de nuestros hombres, parece ser que el muchacho del campamento no era el verdadero príncipe, sino un impostor. Al serles mostradas varias fotografías del príncipe en cuestión, los chicos del «camping» no le identificaron con el muchacho que estuvo con ellos unos días. El jefe dice que, si tiene usted algún indicio o sospecha respecto a esto se sirva enviar su informe.

El señor Goon quedóse boquiabierto, sin saber «qué» decir. Al parecer, el mensaje que le había comunicado Ern de parte de Fatty no era un cuento de hadas, sino algo absolutamente real. ¿Sería verdad aquella historia del príncipe y el cochecito y la nueva noticia que acababa de comunicarle Fatty sobre la suplantación de un gitano?

—¿Agente Goon? —inquirió la voz del comunicante con impaciencia—. ¿Sigue usted ahí? ¿Ha oído usted lo que le he dicho?

—¡Ah, sí! —jadeó Goon sintiéndose súbitamente como si hubiese recorrido una milla de distancia—. Gracias. Eso es muy interesante. Ya… ya reflexioné sobre ello… y mandaré mi informe cuanto antes.

—De acuerdo, buenas noches —dijo la voz.

Y su propietario colgó el receptor.

Por segunda vez aquella noche Goon desplomóse en su sillón y, llevándose las manos a la cabeza, lanzó un lastimero gemido. ¿Por qué no habría informado al jefe de todo lo que Ern le había dicho? Al presente, otro agente había obtenido la información, adelantándose a él. Súbitamente, Goon empezó a sospechar que tal vez no tendría tanto talento como se figuraba.

«Primero metí la pata telefoneando al jefe para contarle aquella bobada de la princesa Bongawee —pensó el infeliz—. Luego "me abstuve" de informarle de la huida del príncipe en la cuna de los mellizos. ¡Ahora comprendo por qué esos chicos fueron a la Feria! ¡Para tratar de localizar a los mellizos y a su madre!».

Tras permanecer un rato vacilando, el policía recordó el último detalle que Fatty acababa de decirle: la suposición de que el «verdadero» príncipe estaba en los Pantanos de Raylingham.

¿Sería verdad esto? ¿De veras suponía el chico semejante cosa? El señor Goon no sabía qué partido tomar. ¿Se atrevería a telefonear al jefe para informarle de ello? ¿Y si luego resultaba que no existía aquel lugar o surgía algún otro inconveniente?

El señor Goon empezó a ponerse nervioso. De pronto procedió a pasearse por la estancia entre gemidos y lamentaciones. ¡Perdería el puesto de policía si no procuraba hacer algo especial en seguida!

Por fin, tomando un mapa de la comarca, buscó los Pantanos de Raylingham. En efecto, existía aquel lugar. ¿Qué habría allí, sólo pantanos o algún poblado? ¡A lo mejor era un paraje desierto!

«No hay más que una alternativa —decidió al fin el señor Goon —. Ir a ese lugar. Vamos a ver, ¿qué hora es? Según parece, hay una estación de ferrocarril a una o dos millas de allí. ¿Podría tomar algún tren?».

El hombre consultó el horario en la guía de ferrocarriles. Había un tren, el último del día, en el plazo de tres cuartos de hora. El señor Goon llegó a la conclusión de que debía darse prisa si de veras deseaba tomarlo.

Despojándose de uniforme, vistióse de paisano. No era aconsejable ir a acechar un escondrijo vestido de uniforme. Así, pues, el policía se puso unos enormes pantalones de franela gris, un

jersey también gris con sendas franjas amarillas en el cuello inferior, y una gorra. Tras completar su atuendo con una holgada americana de «tweed», el hombre miróse en el espejo.

«¡Nadie diría que soy un agente de policía! —se dijo—. ¡También yo puedo permitirme el lujo de disfrazarme alguna vez! ¡Parezco un excursionista! Meteré unos bártulos en una mochila para completar mi caracterización».

Tuvo el tiempo justo de tomar el tren. Éste llegó puntualmente a la estación inmediata a los Pantanos de Raylingham, la estación de Raylingham, un apacible lugar con un solo empleado que hacía las veces de mozo, de revisor de billetes y de todo lo imaginable en una estación.

El hombre pareció sorprenderse al ver apearse al señor Goon del último tren.

—¿De veras deseaba usted apearse aquí, amigo? —inquirió—. ¿No se habrá equivocado de estación?

—No —repuso el policía—. Soy un… un excursionista. Vengo de excursión.

—Pues le aconsejo que no ande usted por los pantanos a estas horas de la noche —dijo el mozo, desconcertado.

—¿Hay casas en los pantanos? —preguntó Goon.

—No muchas —respondió el empleado—. Sólo dos. Una de ellas es una alquería, situada en un altozano; la otra, una casa muy grande que, al decir de la gente, pertenece a unos extranjeros.

«¡Ah! —pensó Goon—. Ésa es la casa que busco. Iré allí como sea a echar un vistazo. A lo mejor encuentro al príncipe. Hasta es posible que logre rescatarlo».

Ya se imaginaba con el príncipe a cuestas atravesando peligrosos pantanos y lo que era más, magníficas fotografías suyas y del príncipe en todos los periódicos, con titulares como éste: «Un valiente policía rescata a un príncipe secuestrado».

Alejándose en la penumbra de la apenas iluminada estación, el señor Goon salió a la oscuridad del exterior. Junto a la salida había una vereda. El hombre optó por seguirla con la máxima cautela. ¡Sin duda conduciría a alguna parte!

El mozo le vio partir, mudo de asombro.

«¡Qué tipo más raro! —se dijo el empleado—. ¡Apuesto a que le

falta un tornillo! ¿A quién se le ocurre ir de excursión a los pantanos a estas horas de la noche? ¡La policía debiera enterarse de “su” presencia aquí y vigilar sus andanzas!».

Pero nadie vigilaba al intrépido y valiente señor Goon. Estaba solo, absolutamente solo, entre las sombras de la noche.

Capítulo XXII

Desaparición del señor Goon

Entretanto, Fatty no hizo nada aquella noche, excepto consultar el mapa para comprobar la existencia de los Pantanos de Raylingham, que en efecto, existían, según le constaba ya al señor Goon. Fatty examinó el mapa atentamente.

«Creo que podría llegar a los pantanos por esta pequeña elevación de terreno —pensó—. Al parecer, el mapa marca un camino o sendero, así como dos edificios, uno a un extremo del pantano y otro en medio. Hay también una estación. Pero no pienso ir en tren. Llamaría demasiado la atención».

Por último el muchacho decidió acostarse y madurar la idea con una buena noche de sueño. Aguardaría a la mañana siguiente para contárselo a los demás. Estaba demasiado cansado para seguir «correteando» aquella noche y, por otra parte, no tenía intención de perderse en unos pantanos desconocidos en la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, sonó el teléfono. Tras atender a la llamada, la doncella acudió a decirle:

—Es para usted, señorito, de parte del inspector Jenks.

Fatty dio un respingo.

—Supongo que no te habrás metido en otro lío, Federico —murmuró su padre, mirándole fijamente.

—Creo que no, papá —masculló Fatty.

Encaminándose precipitadamente al vestíbulo, preguntándose qué diablos desearía el jefe a aquella hora de la mañana.

—¿Eres tú, Federico? —preguntó la enérgica voz del jefe—. Oye, Goon ha desaparecido. ¿Sabes algo de esto?

—¡Cáscaras! —exclamó Fatty, sorprendido—. No, señor. No sé una palabra. Le vi ayer a primera hora de la noche… porque di parte de la desaparición de mi bicicleta y él me la restituyó. Nada me indujo a sospechar que iba a desaparecer.

—Pues ha desaparecido —confirmó el Inspector Jefe con enojo —. Como esta mañana no contestaba al teléfono, envié un hombre a su casa y éste ha informado de que Goon ha desaparecido, dejándose el uniforme en su cuarto.

—¡«Es» capaz de haber desaparecido en pijama, como el príncipe! —exclamó Fatty, aún más desconcertado.

—Lo ignoro —repuso el jefe—. No creo que nadie pudiera tener interés en secuestrar a Goon, y menos de su propia casa. Es muy raro. ¿Estás seguro de que no sabes nada del asunto, Federico? Por lo regular sabes muchas más cosas que la mayoría de la gente.

—No, señor —replicó Fatty muy perplejo—. Le aseguro que no sabía que se hubiese ido, ni que intentase ir a ninguna parte. No sé a qué atribuirlo.

—Bien, no puedo entretenerme más —suspiró el jefe—. Si se te ocurre alguna idea telefonéame. Adiós.

Antes de que Fatty pudiera contestarle, el jefe colgó el receptor. Fatty quedóse mirando el suyo, sin volver en sí de su asombro ante semejante noticia.

«¡Goon desaparecido! —se dijo—. Probablemente se marchó después de mi visita. Cuando le vi había anochecido ya, e iba de uniforme. Sin duda cambióse de indumentaria. ¡Cáscaras! ¡No creo que se le ocurriese salir en pijama como el falso príncipe! ¡Todo esto es muy raro!».

Y sin acordarse de que aún no había terminado de desayunar, Fatty fue en busca de su bicicleta para dirigirse a casa de Larry.

Éste se sorprendió al verle tan temprano.

—Ahora no podemos perder el tiempo hablando —advirtió Fatty —. Tú y Daisy venid conmigo a casa de Pip. Hay muchas novedades.

Así era, en efecto. Los otros cuatro Pesquisidores escucharon, estupefactos, toda la historia aportada por el chico de la caravana la noche anterior.

—Como veis —concluyó Fatty—, Sid no nos engañó.

Efectivamente, había un chico escondido en la cuna y ahora sabemos por qué se ocultaba y por qué fingía ser el príncipe.

—Pero ignoramos dónde han escondido al verdadero príncipe —lamentóse Pip.

—Bien, es posible que también sepamos algo de esto —declaró Fatty—. El gitano me dijo que su tío, el jefe Tallery, estaba en los Pantanos de Raylingham, y como ese hombre estaba complicado en el secuestro y utilizó a su sobrino Rollo para suplantar al verdadero príncipe, es muy probable que éste se halle allí también. Seguramente hay un buen escondrijo en aquellos pantanos.

—Aprovechaste mucho el tiempo anoche —ensalzó Pip—. ¿A qué hora regresaste?

—Tarde, a primera hora de la noche —respondió Fatty—. Para colmo, no llevaba luz en la bicicleta y Goon me sorprendió.

—¡Cielos! —exclamó Bets, alarmada—. ¿Fue a quejarse a tus padres?

—No —sonrió Fatty—. No me reconoció. ¿Olvidas yo iba disfrazado de vagabundo?

Y les contó cómo Goon habíale arrebatado la bicicleta y cómo él habíala recuperado. Los otros se desternillaron de risa.

—Eres «único», Fatty —elogió Daisy, con la máxima convicción—. ¿Alguna noticia más? ¡Pareces una agencia de información!

—Sí, he reservado la noticia bomba para el final —profirió Fatty—. ¡Goon ha desaparecido! Según el Inspector Jefe, esta mañana no ha podido ser localizado en ningún sitio, y se fue sin uniforme. ¿Dónde se habrá metido ese hombre?

Nadie tenía idea. El asombro de los muchachos fue en aumento al oír esta última noticia.

—¿No será otro secuestro? —sugirió Larry.

—No sé «qué» pensar —murmuró Fatty—. Anoche, cuando fui a por mi bicicleta, el hombre no parecía dispuesto a salir de casa.

—¿Recuerdas si le hablaste de los Pantanos de Reylingham? —intervino Bets—. En tal caso, a lo mejor se dirigió allí con el mero fin de tomarte la delantera, Fatty. Pero supongo que no le dijiste nada.

—Recuérdalo —dijo Larry.

Fatty se incorporó.

—¡Eres maravillosa, Bets! —exclamó al fin—. Como de costumbre, has dado en el clavo. Sí, en efecto: «le hablé» de los pantanos, pero, entre una cosa y otra, se me había olvidado por completo ese detalle. ¡No cabe duda! ¡Allí está!

—¿«De veras» lo crees así? —interrogó Bets, radiante de satisfacción ante la alabanza de Fatty.

—Estoy seguro —contestó Fatty—. ¡Pero sabe Dios lo que le ha sucedido! ¿Tienes una guía de ferrocarriles, Pip? No creo que fuera en bicicleta tan lejos, y, por otra parte, no circulan autobuses a esa hora de la noche. Pero a lo mejor había un tren.

—¡Ya está todo explicado! —exclamó Fatty, jubilosamente—. ¡Sin duda en cuanto me marché se vistió de paisano y corrió a tomar el tren en busca del príncipe a los Pantanos de Raylingham!

—¡Sin decir una palabra a nadie! —coreó Pip—. ¡Qué hombre!

—¿«Qué» piensas hacer? —inquirió Daisy.

Fatty reflexionó unos instantes.

—Prefiero no decir nada de esto al jefe —dijo al fin—. No creo que se aventurase a enviar un pelotón de hombres a explorar los pantanos en busca de Goon, a menos que tuviera la absoluta certeza de su presencia allí. ¡Iremos nosotros!

—¿Todos? —exclamó Bets gozosamente.

—Todos —corroboró Fatty.

—¿Incluso Ern? —preguntó Bets, señalando hacia el sendero del jardín.

Todos miraron en aquella dirección. Ern ascendía por la calzada… solo, afortunadamente.

—No creo que haya inconveniente en que Ern nos acompañe —accedió Fatty—. Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos. Fingiremos ser un grupo de excursionistas en busca de raras especies de flores y pájaros de pantano.

—Yo buscaré la Flor de Goon —propuso Bets con un cloqueo—. Y tú puedes buscar el Pájaro Ahuyentador, Pip.

—¡Hola, amigos! —exclamó Ern apareciendo por el recodo del seto—. ¿Cómo andan las cosas? ¿Las hay?

—Sí, muchas —asintió Bets—. Pero no podemos entretenernos en explicártelas ahora, Ern.

—«Esapena» —murmuró Ern, desilusionado—. ¿A qué viene

tanta prisa?

—Puedes acompañarnos si quieres y te lo contaremos por el camino —decidió Fatty—. Supongo que no has dejado a Sid y a Perce apostados delante del portillo, Ern, porque «no» pensamos llevárnoslos también.

—He venido solo —aseguró Ern—. Perce ha ido a comprar un poco más de cuerda para la tienda porque anoche se nos cayó encima. Y Sid ha ido a comprarse guirlache.

—¿«Guirlache»? —exclamaron todos a una, asombrados—, ¿y por qué no «toffee»?

—Al parecer, Sid se ha cansado de él de repente —explicó Ern —. Es curioso. Nunca había hecho nada igual.

—¡Pues aún es peor el guirlache! —profirió Bets—. ¡Estropea mucho los dientes! ¡«Esapena»!

—Procura no pillar la enfermedad de Ern —bromeó Pip, sonriendo a su hermana.

—¿Qué enfermedad? —exclamó Ern, desconcertado—. No tengo granos ni nada.

—No hay tiempo que perder —interrumpió Fatty—. Iremos al pueblo a comprar sándwiches, bollos y bebidas, porque no creo que podamos prepararnos la comida. Luego tomaremos el autobús que va al este de los pantanos y el resto del camino lo recorreremos a pie.

Dejaron sus bicicletas en casa de Pip y fueron a por la comida. A poco, tomaron el autobús de Raylingham. Fatty prohibióles hablar de temas relacionados con el misterio.

—A lo mejor, algún pasajero del autobús está enterado del asunto y no nos conviene divulgar nuestros secretos —recomendó el muchacho.

Se apearon del autobús en la orilla de los pantanos. Durante todo el trayecto habían hablado tan alto de flores y pájaros que el conductor no abrigaba ninguna duda respecto a sus intenciones.

—No os pasará nada si no os salís de los caminos —les dijo—. ¿Veis aquél de allí? Conduce directamente al centro del pantano. Veréis otros senderos secundarios, pero tened cuidado: no elijáis uno demasiado estrecho.

Todos emprendieron la marcha. ¿Estaría Goon por aquellos

parajes? Era de esperar que no se hubiese caído en el pantano durante la noche.

—¡A lo mejor se ha hundido hasta la cabeza y sólo asoma su casco a la superficie del pantano! —farfulló Bets con un escalofrío.

—Recuerda que no iba de uniforme —tranquilizóla Fatty—. Vamos, anímate. Un hombretón como Goon tardaría muchas horas en hundirse. Este pantano no es muy «cenagoso», al menos en pleno verano.

Pero cuando Pip intentó salirse una vez del camino hundióse al punto hasta las rodillas en agua lodosa. Excuso decir que el muchacho apresuróse a volver al sendero, exclamando:

—¡No pienso entretenerme buscando Flores de Goon por aquí! ¡No creo que crezcan en este fangal!

Capítulo XXIII

Empiezan a ocurrir cosas

El pantano era un paraje muy raro, intensamente verde y plagado de moscas. Ern estuvo a punto de volverse loco ante tal plaga y de volver locos a los demás con sus constantes manotadas y gruñidos para ahuyentarlas.

—Mirad —exclamó Fatty súbitamente—. Allí arriba hay una casa. En aquel altozano con árboles.

—¡Qué alegría me da ver árboles otra vez! —suspiró Daisy—. Ya casi ni me acordaba de como eran. Ern, cesa ya de dar manotazos. Entre los sobresaltos y el calor no puedo con mi alma.

—Sigamos por este senderuelo —propuso Fatty, deteniéndose ante una estrecha y sinuosa senda que arrancaba de la principal—. Según parece, discurre por detrás de aquel grupo de árboles con trazos de bosque, y desde allí podremos hacer un reconocimiento sin ser vistos. Si de veras los Pantanos de Raylingham «son» un escondrijo del jefe Tallery y los secuestradores del príncipe, no nos conviene que nos descubran.

Lo malo fue que les «descubrieron». Mientras descendían por el estrecho senderuelo que bordeaba el bosquecillo, procurando asentar bien los pies para no resbalar por la pendiente, surgieron dos hombres en un recodo del camino, hasta entonces invisibles por hallarse agazapados tras grandes matas de juncos.



Los chicos se detuvieron, alarmados y sorprendidos ante aquella súbita y silenciosa aparición. Los desconocidos tenían aspecto de campesinos corrientes, pero ambos llamaban la atención por sus oscuros ojos y por su raro acento extranjero.

—Hola —saludó Fatty, reaccionando—. ¡Nos han asustado ustedes!

—¿Qué hacéis en este peligroso pantano? —inquirió uno de los desconocidos—. No es propio para chicos.

—Hemos venido a buscar nuevas especies para nuestro álbum de

historia natural —explicó Fatty—. No traspasamos ningún, límite. Este pantano es público.

—Pues da la casualidad que estáis traspasando un terreno —declaró el otro hombre, mirando a Fatty con sus centelleantes ojos oscuros—. Esta tierra pertenece a aquella alquería de allí arriba. ¿La ves?

—Sí —respondió Fatty—. De todos modos, no hacemos daño a, nadie. Puesto que hemos llegado hasta aquí, seguiremos adelante hasta llegar al otro extremo.

—Por aquí, no —repuso el primer hombre, interceptando el camino para cortar el paso a Fatty—. Volved al camino principal. Te repito que estáis traspasando los límites de una finca particular.

—¿Y por qué no podemos seguir por este camino? —profirió Fatty impacientemente—. ¡Cualquiera diría que tienen ustedes algo que ocultar!

—¡Mirad! —exclamó Larry de repente, señalando hacia el cielo—. ¿Qué es aquello? ¡Parece un helicóptero! ¡Cáspita! ¡Supongo que no piensa aterrizar en el pantano! ¡Se hundiría en el lodo!

Uno de los hombres gritó algo a su compañero en un idioma extranjero. Ambos levantaron la vista al helicóptero. Luego, el primero empujó firmemente a Fatty para obligarle a retroceder.

—No estoy para tonterías —gruñó—. Haced lo que os he dicho, chicos. Volved al camino principal y, a ser posible, alejaos de este pantano; ¿eh?

Fatty estuvo a punto de caerse en el agua remansada a un lado del sendero. Entonces, Ern, encolerizado de que alguien se hubiese atrevido a tocar a su admirado Fatty, dio un violento empujón al hombre, y éste, perdiendo el equilibrio, cayóse de cabeza al pantano.

—Tú quieto, Ern —reconvino Fatty, enojado—. ¿Qué conseguiremos con esto? ¡Meternos en un lío! ¡Dad todos media vuelta y retrocedamos al camino principal!

El hombre derribado en las aguas del pantano salió de allí como pudo y, hecho un basilisco, gritó unas órdenes a su compañero en su ininteligible idioma extranjero.

—Venid con nosotros —ordenó el segundo hombre a Fatty, ¿oyes? Abrid la marcha por esta estrecha senda. ¡Os demostraremos

que teníamos motivos para advertiros que os estáis metiendo donde no os llaman!

El helicóptero seguía revoloteando sobre sus cabezas. Súbitamente, los hombres parecían tener mucha prisa. Tras obligar a los muchachos a pasar delante, les acuciaron a apretar el paso.

Todos caminaban en silencio. Fatty reflexionaba profundamente. Aquel helicóptero estaba a punto de aterrizar. Pero ¿dónde? A buen seguro, había un pequeño campo de aterrizaje desbrozado para el caso por allí cerca. ¿A quién iba a llevarse aquel artefacto? ¿Al príncipe? Según eso, el muchacho aún seguía allí. Saltaba a la vista que se preparaba algún acontecimiento. De lo contrario, aquellos hombres no habrían estado al acecho en el camino.

Los dos desconocidos apremiaron a los chicos en silencio. Bets avanzaba al lado de Fatty, muy asustada. Ern tenía tanto miedo que ya no se acordaba de espantar las moscas. Entretanto, el helicóptero seguía planeando, en espera de alguna señal para aterrizar.

Al doblar un recodo, los chicos encontráronse en un gran corral, con varios cerdos en una pocilga y numerosas gallinas picoteando acá y acullá. De pronto, todo cobraba un aspecto rústico y acogedor. Unos patos graznaban en un estanque, y un caballo levantó la cabeza de un abrevadero para contemplar al pequeño grupo.

Al fondo del patio alzábase una enorme alquería. Sus altas chimeneas indicaban que era un edificio muy antiguo, probablemente de la época isabelina. En el muro de la casa, a poca distancia de los muchachos, había una puertecita. Los hombres condujeron a los chicos hacia ella y les obligaron a franquearla, apremiándoles a empujones.

Tras recorrer un largo pasillo, subieron todos por un angosta y sinuosa escalera hasta llegar a otro pasillo con viejos y desiguales tablazones de madera. El lugar estaba muy oscuro y Bets sentíase intranquila y recelosa. La pequeña deslizó la mano en la de Fatty y éste se la oprimió con fuerza.

Por fin llegaron ante una puerta.

—Entrad —ordenó el hombre que abría la marcha.

Cuando el hombre se disponía a marcharse, dejándolos allí encerrados, Fatty interpuso un pie en el umbral de la puerta,

aventurando estas palabras:

—¿A qué viene todo esto? Su proceder puede costarles a ustedes muy caro. Somos simplemente un grupo de amigos de paseo por el campo. ¿Por qué todo este misterio?

—Estaréis ahí uno o dos días —declaró el hombre—. Tenemos motivos para encerraros. Habéis venido en un momento muy inoportuno. Sed sensatos y no os sucederá nada.

Y apartando el pie de Fatty con una brusca patada, cerró la puerta de golpe. Los seis amigos percibieron la llave girando en la cerradura. Luego, los rápidos pasos de los dos hombres alejáronse por el pasillo.

Fatty echó una desesperada mirada circular a la habitación. Era una estancia pequeña y oscura, revestida de paneles de roble. En ella había una ventanita provista de cristales deslustrados. El muchacho corrió a asomarse por ella. Estaba a mucha altura. Nadie podía saltar de allí sin exponerse a lastimarse.

—¿Qué es todo esto, Fatty? —preguntó Ern, angustiado—. ¡«Sorrible»!

—¿Quieres que te diga lo que pienso? —susurró Fatty—. Creo que el príncipe Bongawah fue traído y escondido aquí cuando le secuestraron de su coche. Sin duda, ha estado prisionero en este lugar mientras sus secuestradores tramaban la forma de llevárselo del país. ¡Eso explica lo del helicóptero! Aterrizará en estos alrededores, el príncipe será obligado a subir a bordo… ¡y nadie volverá a saber nada de él!

—No me gusta oírte decir eso —musitó Bets estremeciéndose—. ¿Qué vamos a hacer, Fatty? ¿Crees que nos maltratarán?

—No lo creo —tranquilizóla Fatty—. Probablemente constituimos un engorro para ellos, pero estoy seguro de que están convencidos de que somos sólo un grupo de chicos excursionistas. No tienen idea de que andamos buscando al viejo Goon, ni de que sabemos todo lo que pasa por aquí.

—Pero ¿qué vamos a «hacer»? —insistió Bets—. No me gusta este lugar. Quiero salir de aquí.

—Ya vuelve a oírse el helicóptero —observó Pip—. Parece que está más cerca. Seguramente se dispone a aterrizar.

—¿Crees que el señor Goon está prisionero también? —preguntó

Larry—. No hemos visto ni rastro de él. A lo mejor ni siquiera vino a los Pantanos de Raylingham.

—Quizá no —murmuró Fatty dirigiéndose a la puerta.

Ésta estaba cerrada con llave. El chico la examinó. Era una puerta vieja, pero recia y fuerte. ¡Imposible derribarla!

—¿Por qué no intentas poner en práctica ese truco que tú sabes para abrir puertas cerradas con llave? —propuso Daisy de repente—. Queda un buen espacio debajo de la puerta. No creo que te costara mucho.

—Eso es precisamente lo que estaba pensando —masculló Fatty—. Lo único que necesito es un periódico o una hoja grande de papel, y hoy no he tenido la precaución de traerme un periódico. ¿En qué estaría pensando?

—Yo llevo una revista infantil —declaró Ern inesperadamente—. ¿Serviría? ¿Qué te propones hacer, Fatty?

—Salir por esta puerta cerrada con llave —respondió Fatty ante el asombro de Ern.

—Buena tarea —exclamó éste, complacido.

Y tomando la revista, extendió la hoja doblada por la mitad y deslizóla cuidadosamente por debajo de la puerta, procurando dejar sólo un extremo de su lado. Ern le observaba, desconcertado. ¿En qué consistiría aquel procedimiento?

Fatty sacóse un pequeño estuche de piel del bolsillo. En su interior había una porción de curiosos y diminutos instrumentos, amén de un pequeño rollo de alambre. Fatty tomó el alambre y lo enderezó.

Luego, introduciéndolo en el ojo de la cerradura, procedió a hurgar la llave suavemente. Por fin, al impulso de una brusca y hábil sacudida, la llave saltó de la cerradura y cayó al otro lado con un golpe seco.

Ern contemplaba todas aquellas manipulaciones con la boca abierta. Por más que se esforzaba, no acertaba a comprender en qué pararía todo aquello. En cambio los demás sabían a qué atenerse. ¡No era la primera vez que habían visto a Fatty poniendo en práctica aquel truco!

—Confío en que habrá caído sobre el papel —murmuró Fatty, inclinándose a tirar de la hoja de papel.

Poco a poco, ésta fue asomando por debajo de la puerta y, al fin, sobre su segunda mitad apareció la codiciada llave. ¡Fatty había logrado su objetivo! ¡Ya tenían la llave en su poder!

—¡Cáscaras! —exclamó Ern con mirada desencajada—. ¡Eres único, Fatty! ¡Un verdadero genio!

—¡Silencio, Ern! —cuchicheó Fatty.

E introduciendo la llave en la cerradura, abrió la puerta. ¡Ya estaban libres!

Capítulo XXIV

Fatty hace una buena faena

—Escuchad —susurró Fatty—. No me parece prudente que salgamos todos de aquí. Somos tantos, que seguramente nos descubrirían. Propongo lo siguiente: salir yo solo y hacer un buen reconocimiento. Si veo un teléfono, llamaré inmediatamente al Inspector Jefe para rogarle que mande hombres aquí cuanto antes.

—¡Ooooh, «sí»! —exclamó Bets, alborozada ante la idea de que los sacaran de aquel lugar.

—Después intentaré buscar al príncipe, aunque me temo que no estaré a tiempo de impedir que se lo lleve el helicóptero, si de veras los secuestradores se proponen despegar en seguida.

—¿Y Goon? —inquirió Larry—. ¿Piensas buscarle?

—Naturalmente —asintió Fatty—. Pero de momento lo más importante es tratar de ponerse en contacto con el jefe y retrasar el vuelo del príncipe. Vosotros aguardad aquí quietos. Temo que tendré que encerraros otra vez por si acaso pasa alguien por delante y ve la puerta abierta. Pero, si conviene, ya sabes cómo salir, ¿verdad, Larry? No tenéis por qué preocuparos.

—¿V si viene alguien y descubre que no estás con nosotros? —sugirió Bets, súbitamente alarmada.

—No creo que se den cuenta —repuso Fatty—. ¡Estoy seguro de que ni siquiera nos han contado! Bien, ¡hasta luego!

—¡Hasta luego! —cuchichearon los demás—. ¡Buena suerte!

Tras cerrar cuidadosamente la puerta tras sí y dejar la llave en la cerradura, Fatty desapareció por el pasillo, extremando las precauciones. ¡Por pura casualidad habían llegado en el momento culminante y era cuestión de no desperdiciar aquella magnífica

ocasión!

¡El teléfono! Lo más esencial era dar con él. ¿Dónde estaría? Seguramente, abajo en el vestíbulo. Eso imposibilitaba todo intento de utilizarlo sin ser sorprendido.

De pronto, Fatty tuvo una idea. A veces, la gente mandaba instalar un aparato supletorio en su habitación. Su madre, por ejemplo, tenía teléfono en su dormitorio para poder encargar cosas a las tiendas o charlar con sus amigas cuando estaba resfriada.

«Cabía», pues, la posibilidad de que hubiese uno en un dormitorio de la casa. Fatty decidió comprobarlo. En caso afirmativo, aquello facilitaría mucho las cosas.

Atisbó primero en una habitación y luego en otra. Las dos estaban lujosamente amuebladas teniendo en cuenta que la casa era una simple alquería. Fatty atisbó desde la puerta de la segunda.

Su rostro se iluminó. ¡Junto a la enorme cama con colcha verde había un teléfono de color verde pálido! ¡Cáscaras! ¿Podría utilizarlo sin ser descubierto? Cerrando quedamente la puerta tras sí, el muchacho atravesó la habitación de puntillas. Luego, tomando todo el aparato, metióse debajo de la cama con él, con la esperanza de que allí no resonara su voz.

Fatty levantó el receptor con el corazón palpitante. ¿Contestarían desde la central?

A poco tuvo el inmenso alivio de oír una voz que decía:

—¿Qué número desea, por favor?

Fatty lo dio en voz baja.

—Es el número de la policía —susurró con apremio—. Le ruego que me dé la comunicación en seguida.

Transcurrido medio minuto otra voz dijo:

—Aquí, el cuartel de la policía.

—Soy Federico Trotteville —cuchicheó Fatty—. Quiero hablar con el Inspector Jefe inmediatamente.

Sobrevino una pausa. Por último, Fatty escuchó jubiloso la voz del inspector.

—¿Qué ocurre, Federico?

—Escuche —murmuró Fatty—, estoy en la alquería situada en medio de los pantanos de Raylingham. Estoy seguro de que el príncipe secuestrado está aquí también. Hay un helicóptero

revoloteando sobre el lugar, y sospecho que hemos llegado en el crítico momento en que esa gente piensa llevarse al príncipe. Estamos prisioneros, señor, pero he conseguido llegar hasta un teléfono. Estamos todos aquí, incluso Ern. ¿Puede usted enviar unos hombres?

Sucedióse otra pausa. Fatty se imaginaba la cara de sorpresa del estupefacto jefe. Por fin la enérgica voz de éste percibióse de nuevo en el auricular.

—Sí, ahora mismo los mando. Permanece ahí hasta que acudamos… y procura impedir que se lleven al príncipe. ¡Si hay en el mundo una persona capaz de impedirlo, esa persona eres «tú», Federico! ¡Qué faena la tuya!

El teléfono enmudeció. Fatty colgó el receptor con un suspiro de alivio. Tarde o temprano recibirían ayuda. Al presente podía dedicarse a explorar libremente los alrededores. ¡Si al menos tuviese la suerte de descubrir el escondrijo del príncipe!

Cautelosamente, el chico salió de debajo de la cama y, depositando de nuevo el teléfono en la mesilla de noche, dirigióse de puntillas a la puerta. Todo seguía en silencio. Poco a poco abrió la puerta y asomóse a explorar el pasillo. Estaba desierto.

«Lo mejor será buscar una puerta cerrada con llave —pensó Fatty—. Esto es lo único que se me ocurre de momento. Veamos: la alquería tiene dos alas y yo estoy en el medio. Eso significa que nos encerraron en una de las dos alas. Es posible que el príncipe esté en la otra».

Con suma cautela, el muchacho asomóse a una ventana para ver dónde estaba la otra ala de la casa. Al punto reparó en una ventana con reja. ¡Sin duda aquélla era la estancia que buscaba!

Apartándose de la ventana, Fatty recorrió el pasillo, dispuesto a averiguar si había otro medio de pasar a la otra ala prescindiendo de la escalera y el vestíbulo.

El muchacho llegó al rellano de la escalera. Procedente de una habitación de abajo llegaba un murmullo de voces… De pronto, a través de la ventana del rellano, Fatty vio algo en movimiento.

¡Era el helicóptero! ¡El aparato descendía lentamente entre el zumbido de las paletas de la hélice! Fatty lo vio desaparecer detrás de un gran edificio con aspecto de hórreo. A buen seguro, había un

campo de aterrizaje en la parte posterior. El muchacho frunció el ceño. El tiempo apremiaba. ¡De un momento a otro, podían llevarse al príncipe en aquel artefacto!

Al fondo del rellano, halló un estrecho y corto pasillo. ¡A lo mejor llevaba a la otra sala! En efecto, tras recorrerlo pausadamente, el chico comprobó que sus suposiciones eran ciertas.

—¡Ahora es cuestión de encontrar la habitación con rejas en las ventanas! —pensó Fatty, jubilosamente.

De pronto, retrocedió, asustado. Acababa de oír el rumor de la puerta en el momento en que alguien la cerraba con llave y una voz masculina decía algo en voz alta.

Fatty agazapóse detrás de la cortina que cubría una ventana, sin atreverse a respirar. Junto a él, resonaron unos pasos que continuaron avanzando hasta el gran rellano que coronaba la escalera. Cuando renació la calma. Fatty salió de su escondrijo y recorriendo el pasillo de puntillas, pasó ante dos puertas abiertas y se detuvo al llegar a la tercera.

¡Estaba cerrada con llave! Afortunadamente, hallábase en la cerradura. Fatty dióle media vuelta y, empujando la puerta, echó una ojeada al interior.

Un muchacho de cara morena y expresión huraña, levantó la vista hacia el recién llegado. Fatty comprobó al punto que el chico era poco más o menos de la talla de Pip y muy parecido a Rollo, el gitano, en cuanto a estatura y pigmentación de la piel.

—¿Eres el príncipe Bongawah? —cuchicheó Fatty.

El muchacho asintió, mirando asombrado a aquel grueso muchacho desconocido.

—Entonces, ven conmigo —susurró Fatty—. He venido a salvarte. ¡Apresúrate!

El chico precipitóse a la puerta, hablando en un idioma extranjero.

—¡Silencio! —ordenó Fatty—. ¿Quieres alborotar toda la casa? ¡Sígueme y no hagas ruido!

El muchacho obedeció, súbitamente silencioso. Fatty cerró de nuevo la puerta con llave. Luego, con cautelosos movimientos y el corazón latiéndole locamente en el pecho, condujo al príncipe por el estrecho pasillo, a través del rellano de la escalera y a lo largo del

corredor que llevaba a la otra ala del edificio.

Entonces, abriendo la puerta de la habitación donde estaban encerrados sus compañeros, empujó al chico al interior. Todos miraron asombrados al sonriente Fatty y a aquel desconocido tan moreno y exótico.

—He encontrado al príncipe —declaró Fatty gozosamente—. Y he pensado que el lugar más seguro para esconderle, de momento es aquí. Que se meta en ese armario. A nadie se le ocurrirá buscarlo en la habitación donde «se supone» que estamos prisioneros.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets—. ¡Qué magníficas ideas tienes! ¡Pobre príncipe! Probablemente no sabe a qué atenerse.

Entonces el príncipe, dirigiéndoles una leve inclinación de cabeza, dijo en correctísimo inglés:

—Llevo muchos días prisionero. He pasado mucho miedo y angustia. ¿Sois amigos míos?

—¡Naturalmente! —asintió Bets con vehemencia—. ¡Ahora Fatty te pondrá a salvo!

—Encontré un teléfono y pude hablar con el jefe —explicó Fatty, incapaz de cesar de sonreír—. ¡Cáspita! ¡Qué sorpresa se llevarán estos desalmados cuando vean llegar a la policía al pantano dispuesta a rodear la alquería!

—No cabe duda, Fatty —barbotó el boquiabierto Ern—. Eres un genio. ¡Opino que deberías ser nombrado Inspector Jefe ahora mismo!

—¿Encontraste al señor Goon? —inquirió Daisy.

—No —replicó Fatty—, no he visto rastro de él. Empiezo a sospechar que, a lo mejor, no vino a este lugar.

—¡Menos mal que se nos ocurrió «pensar» que estaba aquí! —exclamó Bets—. ¡De lo contrario nos hubiésemos venido y nos habríamos perdido todo esto!

—¿Viste descender al helicóptero? —preguntó Daisy—. De repente, lo hemos visto aterrizar detrás de aquel hórreo.

—Sí, yo también… —empezó Fatty.

Pero al punto se interrumpió. Todos aguzaron los oídos.

Una sucesión de voces, portazos y corridas repercutían por toda la casa. ¿Qué sucedía?

—¡Han descubierto que el príncipe no está en su habitación! —

coligió Fatty, radiante de satisfacción—. ¡Qué susto se habrán llevado! ¡Menudo «alboroto» se armará! ¡El helicóptero a punto y el príncipe esfumado como el humo! Métete en ese armario —dijo al príncipe—, y estate quieto y callado.

El príncipe desapareció en el interior del armario en un abrir y cerrar de ojos. Bets cerró la puerta del mueble. Todos escucharon el bullicio reinante, sin articular una palabra.

De pronto percibiéronse unos rápidos pasos en el pasillo repercutiendo sonoramente en las tablazonas de madera que formaban el suelo. A poco, abrióse violentamente la puerta de la habitación.

Un hombre de tez oscura escudriñó el interior con mirada incendiaria.

—¡Es posible que esté aquí! —vociferó—. A lo mejor estos chicos han ido a buscarlo. ¡Registrad la habitación!

Capítulo XXV

Un final emocionante

Todos se quedaron sobrecogidos. Bets palideció. Fatty fue el único que conservó la sangre fría.

—¿Qué sucede? —inquirió—. ¿De qué está usted hablando? ¡Nos encerraron aquí a los seis, sabe Dios con qué fines y seguimos aquí los seis!

El hombre le gritó algo con tal furia, que Fatty decidió no decir nada más. Otros tres hombres irrumpieron en la estancia dispuestos a registrarla. Excuso decir que a los pocos momentos, descubrieron el escondrijo del príncipe.

El hombre de la cara morena abalanzóse sobre él y, zarandeándole brutalmente, le gritó algo en un idioma extranjero. El muchacho se agazapó, muerto de miedo. Los hombres lo arrastraron al pasillo.

—¡Eh, escuchen! —protestó Fatty, siguiéndoles—. ¡Un momento…!

El hombre de la cara morena volvióse a él, con la mano en alto, pero antes de que pudiera descargada sobre Fatty, una recia voz gritó desde el fondo del pasillo:

—¡La policía! ¡Viene la POLICÍA! Tom acaba de ver unos agentes avanzando por el pantano. ¡Alguien nos ha traicionado!

Sobrevino entonces tal algarabía y excitación, que nadie se entendía. Aprovechando la oportunidad. Fatty empujó al príncipe y a los demás muchachos al interior de la habitación. Luego, tomando la llave de la cerradura, volvió a introducirla en ésta por la parte de dentro y encerróse con los demás en el aposento.

—¡Vamos, ánimo, muchachos! —alentó, sonriendo a las seis

asustadas caras—. ¡No podrán apresarnos! ¡Esta vez estamos encerrados por dentro!

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets, llorando—. ¡Qué miedo me dio ese hombre! ¿Tú crees que estamos a salvo ahora? ¿No echarán la puerta abajo?

—No se molestarán en intentarlo —repuso Fatty—. Ahora sólo les interesa salvar el pellejo. Nosotros aguardaremos aquí hasta que renazca la calma. Entonces saldremos de nuestro refugio.

—¡Ya vuelve a oírse el zumbido del helicóptero! —exclamó Pip bruscamente.

A buen seguro, el aparato elevábase sobre el hórreo. Sin duda, alguien habíale dado orden de partir.

—¡Pero se va «sin mí»! —profirió el príncipe, triunfante.

Y empezó a hablar en su idioma, loco de contento.

Por la ventana apenas entrevieron una mínima parte de la refriega. Dos policías se precipitaron al edificio. A poco, un hombre atravesó el patio corriendo como un gamo, seguido de un corpulento policía. Voces y alaridos, golpes y porrazos, resonaban de vez en cuando por toda la casa.

—Siento en el alma no participar en todo ese jaleo —lamentóse Fatty.

—Pues a mí me ocurre lo contrario —farfulló Ern, visiblemente asustado—. No me parece en absoluto divertido ¡«Sorrible»!

Al cabo de media hora, sucedióse un gran silencio. ¿Habrían sido apresados todos los hombres? Fatty y sus amigos aplicaron el oído. De pronto oyeron una voz estentórea que gritaba:

—¡FEDERICO! ¿DÓNDE ESTÁS? ¡FEDERICO!

—¡El Inspector Jefe! —exclamó Fatty, aliviado.

Precipitándose a abrir la puerta contestó con todas sus fuerzas:

—¡AQUÍ, SEÑOR! ¡ESTAMOS TODOS SANOS Y SALVOS!

Luego, volviéndose a los demás, ordenó:

—Vamos, salgamos de aquí. Ahora, ya no hay peligro. ¿Qué te pasa, Ern? ¿Te tiemblan las piernas y no puedes andar?

—Sí, un poco —murmuró el pobre Ern, tambaleándose detrás de sus compañeros.



El inspector reunióse con todos ellos en lo más alto de la escalera.

—¿Estáis todos aquí? —preguntó el policía mirándoles ansiosamente—. ¿Quién es éste?

—El príncipe Bongawah, señor —respondió Fatty—. Logré libertarlo. ¿Los ha atrapado usted a todos, señor?

—Creo que sí —asintió el jefe.

Atrayendo al príncipe hacia sí, preguntóle:

—¿Estás bien? ¿No te hicieron nada esos hombres?

—No, señor —replicó el príncipe—. Fue mi tío el que me secuestró. Yo iba en…

—Ya nos contarás lo ocurrido más tarde —interrumpió el jefe—. Bien, Federico, has hecho una gran faena. Aunque no me explico cómo demonios te las arreglaste para descubrir este lugar y venir acá por tu cuenta, encontrar al príncipe y telefonearme en medio de todo el jaleo. Además, te trajiste a todos los Pesquisidores, excepto a «Buster». ¿En dónde está tu perro?

—Tuve que dejarlo en casa, señor —suspiró Fatty—. Temí que se cayera al pantano y preferí no traerlo. Lástima, porque «Buster» goza mucho cuando pasa algo emocionante.

—Tenemos varios coches en la orilla del pantano —declaró el jefe—. Al presente, dos de ellos proceden a trasladar a algunos de los detenidos al cuartel, pero volverán pronto, y entonces os llevaré a casa.

—Entretanto, ¿por qué no nos damos una vueltecita por aquí, señor? —propuso Fatty—. Es muy raro que alguien posea una alquería en medio de un pantano.

Fue un alivio para todos volver a respirar aire puro. Una mujer muy asustada les miró desde una puerta.

—¿Quién es? —preguntó Fatty, sorprendido.

—Una sirvienta —explicó el jefe—. De momento la dejamos aquí, porque alguien tiene que cuidar de las gallinas, los cerdos y los patos.

Tras recorrer el patio, dirigiéndose a la parte posterior del gran hórreo, esto es, al lugar donde había aterrizado el helicóptero. Efectivamente, una gran extensión llana de terreno había sido desbrozada para improvisar un campo de aterrizaje.

Después de reconocer el lugar, encaminándose todos a un grupo de cobertizos cercanos, comentando alegremente los recientes acontecimientos y congratulándose de que todo hubiera terminado.

Un ruido inesperado les detuvo en seco.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Larry—. Parece que ha sido en aquel cobertizo. ¿No habrá algún animal encerrado allí, un toro, por ejemplo?

El ruido se repitió, seguido de una serie de golpes. La puerta del cuarto trepidó.

—Será mejor que echemos un vistazo —decidió el jefe—. Parece un toro enfurecido.

Percibiéronse entonces una especie de gruñidos y resoplidos.

—No es un toro —infirió Fatty—. Parece una mezcla de toro y de persona. Me acercaré a mirar por la ventana, sin abrir la puerta, por si acaso.

La ventana del cobertizo estaba muy alta. Para subir hasta ella, Fatty tuvo que apoyar una escalera de mano en la pared. Al descender de lo alto, dijo sonriendo:

—Es un amigo suyo, señor.

Una vez en el suelo, Fatty descorrió el cerrojo de la puerta. Ésta abrióse de par en par, dando paso a un enorme, sucio, sudoriento y furioso personaje, con los puños en alto y los pelos de punta.

—¡«Goon»! —barbotó el jefe, casi cayéndose de espaldas de puro asombro—. ¡GOON! ¿Pero «es» usted? ¡GOON!

Era, en efecto, el señor Goon, y daba pena verle de tan sucio y desaseado. Resollaba como un perro y, entre su enmarañada cabellera, asomaban briznas de paja. El hombre contempló, estupefacto, al pequeño grupo surgido ante sus ojos, pero se apaciguó al punto al ver al Inspector Jefe.

—Buenos días, señor —farfulló el infeliz, tratando de atusarse el pelo.

—¿Por qué desapareció usted sin dejar ningún mensaje indicando su paradero? —interrogó el jefe—. Le hemos estado buscando por todas partes.

—Tuve el… presentimiento de que ocurría algo por aquí —tartamudeó el pobre Goon, aún jadeante—. Tomé el último tren, señor, y me perdí por estos pantanos. Al ver que me hundía en el lodo, pedí auxilio a grandes voces.

—¡Oh, señor Goon! —compadecióle la bondadosa Bets—. ¡Qué mal rato debió usted de pasar! ¿Acudió alguien a salvarle?

—¡A salvarme! —resopló el policía cobrando de nuevo el aspecto de un toro bravo—. ¡Lo que hicieron fue sacarme de allí y encerrarme en ese establo! ¿Y por qué? ¡Debieran ser detenidos, señor! ¡Atreverse a maltratar a la policía! ¡Me molieron la espalda a puñetazos!

—No se preocupe, Goon —tranquilizóle el jefe—. «Ya» están

todos detenidos. Se ha perdido usted el final.

—¡Cáscaras, qué facha tiene usted, tío! —exclamó Ern de pronto, soltando una sonora carcajada.

El señor Goon le miró como si hasta entonces no se hubiese percatado de su presencia.

—¡ERN! ¿Qué haces aquí? ¿Quién te manda meterte en lo que no te importa? ¡Me las pagarás por reírte de mí!

—Repórtate, Ern —reconvino Fatty, severamente, compadeciéndose del pobre Goon.

¡Qué lío se había armado con todo, a pesar de la copiosa información recibida de los muchachos!

—El señor Goon dio pruebas de mucha perspicacia al venir aquí —dijo Fatty al jefe, con aire inocente—. Es más, llegó a este lugar antes que nosotros. ¡Lástima que se cayera en el pantano! De no haber sido así, lo habría resuelto todo él.

El señor Goon pareció extremadamente complacido. De pronto, sintió una chispa de afecto por Fatty, diciéndose que, a fin de cuentas, tal vez aquel muchacho no era tan perverso como suponía.

—El talento es una gran cosa, el valor es excelente, la fertilidad de recursos es extraordinaria —murmuró el jefe, mirando a Fatty—. Pero la generosidad es lo más grande de todo, Federico. ¡Algún día, estaré orgulloso de ti!

Fatty se ruborizó. El señor Goon había oído también el pequeño discurso del jefe, pero no captó el alcance de aquellas palabras.

—Así, pues, ¿ya está todo listo? —inquirió el hombre, acercándose al grupo, al tiempo que intentaba sacudirse las brozas de su indumentaria—. ¿Qué ha sucedido, señor?

—Le aconsejo que primero vaya usted a lavarse —murmuró el Inspector Jefe, mirándole, compasivo—. No tiene usted idea del aspecto que presenta, Goon. Además, supongo que después de estar ahí encerrado toda la noche, debe de tener hambre y sed. Diga a la mujer de la alquería que le prepare algo de comer.

—Ha acertado usted, señor. No me vendría mal tomar un bocado. Si me necesita, ¿me llamará usted, jefe?

—Sí —asintió el inspector—. Estamos aguardando a que regresen los coches para marcharnos.

—Hasta luego, tío —le gritó Ern.

Pero Goon no se dignó contestar. Al punto, desapareció en dirección a la alquería, con su desaliñado y peculiar aspecto, pero sin sombra de abatimiento. Al fin y al cabo, decía el hombre, ¿no había llegado a los pantanos antes que Fatty? Y éste, ¿no acababa de admitir que así era? Pues entonces, ¿por qué preocuparse? ¡Al fin y al cabo, no había ido tan mal la cosa!

—Esta vez ha sido un misterio muy raro —comentó Bets, colgándose del brazo del jefe—. Al principio, no pudimos descubrir ninguna pista, y luego, de pronto, estalló todo como una bomba.

Todos se rieron.

—Bets ha gozado mucho con este misterio, ¿verdad, Bets? —inquirió Fatty—. Y conste que yo también lo he pasado muy bien.

—Y yo —intervino Ern, con convicción—. ¡Estupendamente! ¡«Esapena» que Sid y Perce no hayan podido disfrutar de este final!

—¡Oh, sí! —convinieron todos, cloqueando—. ¡ESAPENA!

El Inspector Jefe sonrió.

—Bien, vamos a ver —dijo—. ¿Cuándo volveréis a tener vacaciones? ¿Por Navidad? ¡Magnífico! En este caso, ¡hasta el próximo misterio! ¡Ojalá termine tan bien como éste!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] En inglés, ambas palabras, equivalen respectivamente a «margarine» y «butter». (N. de la T.) < <

[2] «Storm» significa «tormenta» en inglés. (N. de la T.) <<